

EL
TERROR

VIENE DE NOCHE



POL RUPES

El Terror
viene de Noche

Pol Rupes

Foto de la portada
por *Peter Linfoth*

LA VENGANZA DEL DUQUE



POL RUPES

Imagen por
Stefan Keller

La Venganza del Duque

La Venganza del Duque

Capítulo 1: El Asesino de Magos

Es complicado. ¿Cuánto tiempo tengo? Antes de hacer un cálculo mental, prefiero abrir el calendario clickeando sobre la hora en la esquina inferior derecha. 30 días. Número redondo. ¡Bueno! Como suelen decir: ¡Manos a la obra!

Pero nada surge. Es sólo un cuento. Pero un cuento de amor, Marcos, de esos que tanto te salvaron de pasar hambre. A la revista se le ocurrió que sería buena idea volver a publicarlos y a mí, la verdad, me vendría bien el ingreso extra. Últimamente la economía no ha ido bien. Debería ser más específico en mencionar a "mi" economía. Meterse en cuotas puede a uno complicarle la vida, pero digamos que todos necesitan una heladera, ¿verdad?.

Carajo. Una historia de amor. Un cuento de amor. ¿Por qué no me sale nada? Solía ser bueno escribiendo sobre ello. Después de todo, tres de seis editoriales se mostraron interesadas y una de ellas estaba dispuesta a solventar todos los gastos de edición. En ese entonces tenía mis desamores y la soledad que ello conlleva. Ahora amo a una mujer a la que convencí de vivir conmigo. Sí, ella trabaja, eso es bueno. Es bueno y suma, ¿verdad?

Sin embargo, desde que mi hermano tuvo ese "inconveniente" con sus fondos, tuve que ayudarlo como pude. Es decir, es, al fin y al cabo, mi hermano, ¿verdad? Mi sangre. Una sangre que necesita papeles con valor que le permitan comprarse una buena comida en estos crudos días de invierno que se avecinan.

Carajo. ¿A quién quiero engañar? Nunca fui bueno con los números y mi ayuda incondicional e impremeditada me provocó un apuro a mí mismo y, por ende, a mi rutina. Esperaba una separación por parte de mi señora; pero, sorprendentemente, no sucedió. Al contrario, como ella sí es buena con los números, ideó una serie de planes para poder llegar a fin de mes y, a decir verdad, estamos (íntimamente hablando) mejor que nunca.

Por ende, ni siquiera tengo problemas en mi relación, nada que me inspire a una trágica y complicada historia de amor.

Y yo que realmente quería tener el ingreso extra de la revista...

Pero bueno, aún me queda un mes. Tiempo suficiente, ¿verdad? Así que, para olvidar, durante algunas horas, mis improvisadas y catastróficas decisiones, voy a volver a introducirme en el mundo de fantasía que durante tantos años he ignorado.

Consiste en un programita liviano y sofisticado que aprendí a manejar sin ayuda de nadie. No es algo fácil de operar, ya que incluye códigos de diseño y variables que aún no comprendo del todo, pero la función del programa es la de editar una aventura fantástica. Me centraré en crear objetos de la nada para esta aventura; pues, parte de este proceso, incluye la historia del origen del objeto que estoy creando. A primera vista puede parecer aburrido, pero una vez que el proyecto esté finalizado, se puede ver, dependiendo de la creatividad del diseñador, algo increíble o simple. Y yo, con estos ánimos, tengo ganas de lograr algo increíble.

Pensé en las falencias de ciertas clases en las que uno habría de encarnar como personaje principal. Un mago siempre es una buena elección. Lo mismo que un clérigo o un paladín, ¿verdad? Y las sub-clases son también buenas. Y pensé en una sub-clase que no es tenida en cuenta. Hablando específicamente del Guerrero. La sub-clase llamada: El Asesino de Magos.

Entonces me dije: "¿Por qué no hacer un set de objetos que sólo pueda usar un Asesino de Magos?". Me felicité por la idea e inmediatamente me puse a trabajar.

¿Por qué un set de objetos? Porque la peor desventaja de un Asesino de Magos es que no pueda utilizar objetos mágicos, lo cual tiene sentido. Un Asesino de Magos no tendría especial cariño por las artes arcanas, ¿verdad? Pero utilizando el programa puedo torcer esas posibilidades y hacer que esta sub-clase sea más poderosa. Una armadura, capa, anillos, collar, yelmo y arma para dos manos. El "kit" perfecto.

Ahora bien, la base está armada. Siguen los detalles y propiedades extraordinarias que he de aplicar. Pero para ello debe existir una lógica y una historia de trasfondo... Una historia de trasfondo.

Tengo complicaciones para concentrarme a la hora de trabajar y, así y todo, pretendo crear una historia fantástica de la nada. Buen trabajo, Braganza.

No puedo engañarme a mí mismo. He pensado en esta historia desde hace años y estoy a punto de plasmarla en las descripciones de los objetos que he de crear. ¿Por qué no? El primer paso está en ponerle nombres a los personajes

que ya han estado rondando en mi mente durante tanto tiempo. Detalles. Sí, puedo sacar detalles de la nada. Usemos mi nombre: Marcos Braganza. Como es de esperarse, en la historia del Duque Benork (gran nombre, ¿verdad?) deberían existir magos. Pensé en uno bueno y en uno malo. El mago bueno: No precisamente será un mago, he de admitir. Pensaba en que debería tratarse del clérigo del castillo y sirviente fiel a su señor. El mago malo: Un nigromante. Nada más que añadir aquí. El clérigo será Aznagarb y el nigromante será Socram. Marcos Braganza invertido. A veces me sorprendo de mis propias ideas. Supongo que, si dijera algo así enfrente de mi mujer, ella diría que también se sorprendería de mis necesidades de poseer una calculadora a la hora de tratar asuntos económicos. En fin.

Como dije, la base está. Ahora, vamos a la historia:

El castillo del Duque Benork se ubica en las profundidades del Bosque de Espinas, costeando el Río Profundo y adornado por la Colina de Tréboles. El clima es templado y la región algo yerma.

Durante siglos la región ha vivido en paz, viviendo los humanos en armonía y singular prosperidad. Actualmente, la familia Benork reside en el castillo que precede a la ciénaga junto a su esposa y sus cinco hijos.

Pero como es de esperarse, algo ha de romper esa acostumbrada calma, ¿verdad? De lo contrario todo sería aburrido y nadie quiere eso.

La Orden nigromántica de Socram se ha aliado recientemente con el señor liche Anghaxx y el ritual de iniciación consiste en... Sí, este es un buen comienzo.

Púrpura. Todo era púrpura cuando el color se transformó a negro y luego en un azulado espectral. Una palabra desacostumbrada se desvaneció como un susurro inquietante, no logrando comprender su significado. La luz lunar iluminó su lecho.

- ¿Calia?

El Duque Nathan Benork miró a un costado y notó la ausencia de su esposa. El desconcierto fue socavado por una extraña sensación de entumecimiento en sus extremidades; incluso su mente estaba algo adormecida.

- Calia...

La luz se tornó traslúcida a causa de un ínfimo grupo de nubes que enfundó al imponente astro. El sueño combatió su voluntad, pero finalmente sus ansias de

develar el misterio se sobrepusieron. Con gran esfuerzo se incorporó y se vistió con sus túnicas.

- ¡Calia!

Bajo el espacio de la puerta avistó una tenue luz amarillenta, y a medida que se acercó, un hedor a humedad y putrefacción le anegó. Los latidos de su corazón aceleraron al punto de ser invadido por un terror desconocido. Su mente aún estaba confusa; mas su carácter perseverante le permitió arremeter contra la puerta de su alcoba.

Poco a poco la visión se tornó nítida y los candiles albergados en los receptáculos que sobresalían de la antigua roca de las columnas ardieron con una violencia inusual. Vio al fuego danzar silencioso y curiosamente su corazón se enfrió cuando se percató que, aún despierto, estaba viviendo una pesadilla: seis sombras formando un círculo, dándose la espalda, cada una de ellas con una persona delante de sí. Sus cinco hijos y su esposa. La figura que le miró de frente, de semblante pálido a la luz del fuego y encapuchado hasta sus ojos, sostenía a Calia, sollozante y atormentada, con un filo inerte, brillante y metálico que blandía en una mano casi esquelética.

Benork se paralizó por el espanto y su respiración se contuvo al notar que sus hijos no emitían ninguna señal de vida. Bajo sus mentones emanaba un río escarlata y centelleante, y la silueta sombría erigió el mismo afluente de sangre, exterminando la vida de su esposa frente a sus ojos.

Fue entonces que Nathan Benork profirió un grito que estremeció cada rincón de su fortaleza. El pánico rápidamente se convirtió en cólera y, perturbado, acometió contra los hombres de negros mantos.

El encapuchado que acababa de asesinar a su esposa dejó caer el cuerpo y con extasiada calma pronunció: "En el nombre del Sagrado Señor de la Cripta Olvidada tomamos tu vida." Levantó su cabeza y el fulgor de los candiles permitieron a Benork atisbar la horrible mirada del invasor. En ese instante, una intensa luz surgió desde el centro del círculo maligno que habían formado los encapuchados y el Duque perdió el conocimiento.

Mi mujer me preguntó cómo venía con mi cuento. Para ser sincero, tuve que mentirle. ¿Qué tenía que decir? ¿Qué pasé todo el día ideando una historia para un juego de fantasía y no hice absolutamente nada para el trabajo que me pidieron de la revista? No. No, señor. Aprecio demasiado a mi mujer como para comenzar una pelea, que sabía habría de conllevar, si dijera la verdad.

¿Cómo podría ella entender? Ella es una mujer lógica, y difícilmente entendería que una historia no surge porque sí. No era capaz de inventar un romance de la nada. No lo sentía.

En cambio, esto sí lo sentía: la venganza que habría de llevar a cabo el Duque Nathan Benork.

Creo que los muchachos del foro van a estar muy conformes cuando comparta los archivos que estoy generando para el juego. Los "gamers" sí aprecian algo creativo y metódico. Ellos sí entienden de buenas historias y sensatez en el desarrollo de un artefacto. Sí, estoy seguro de que les va a encantar.

Nunca falta el usuario que busca experimentar algo diferente en la experiencia que vive con una aventura, ¿verdad? Quizás le sirva como escape a algún problema que tenga en la realidad. Algo como... estar "ajustado" económicamente. Si esto es un escape para mí, ¿por qué no habría de serlo para alguien más?

El silencio se desvaneció y, como el susurro del ulular de un viento invernal, Benork logró escuchar la palabra "escape", como si alguien exhortara un incomprensible discurso del que se encontraba ajeno.

- Señor...

La voz resonó en la infinita oscuridad. Sintió cómo sus extremidades se movían con dificultad, pero a voluntad. Sin embargo, todo estaba tan oscuro.

- Señor...

Un tacto cálido y afable se posó en su frente. "Esa voz..." pensó el Duque. No podía tratarse de otro más que de su sabio sacerdote.

- ¿Aznagarb, eres tú?

- Así es, mi señor.

El Duque notó la aflicción en la voz del clérigo. Entonces, ¿lo que pasó antes no fue una pesadilla? Su familia...

- Mi familia... Aznagarb... mi familia...

Todo estaba tan oscuro. Luego de escuchar sus propias palabras, el silencio y una inminente desolación. Todo fue real. Todos fueron sacrificados enfrente de sus propios ojos. ¿Por qué?

- ¿Por qué...? - las débiles palabras se ahogaron en un lamento profundo que pudo concebir con amargas lágrimas que caminaron sobre su rostro. Estaba acostado en lo que pudo discernir como gramilla, y el aroma agreste y nostálgico le dio a pensar que el Bosque de las Espinas era su paraje actual.

De manera inconsciente prestó mayor atención a su alrededor: el canto de los pájaros, el céfiro grácil, las ramas danzantes de los espesos matorrales y los rayos de sol que chocaban contra su cuerpo. Pero todo estaba tan oscuro.

- Mi señor... pude sacarlo a tiempo... estaban por matarle... yo...

- Aznagarb, dime...

- ¿Señor?

- ¿Por qué todo está tan oscuro? Por alguna razón, siento que es de día.

No hubo respuesta por parte del clérigo. Benork pensó que algo le habría impresionado. En medio de la profunda negrura en la que se halló sumido, tanteó con sus manos hasta hallar las del sacerdote. Al notar que temblaban sutilmente, se percató que su respiración se tornó más pesada.

- Mi señor... ¿cómo es que no puede ver? Sus ojos... sus ojos están abiertos...

Muy bien. Gran parte de la historia ya está escrita. "El Duque Benork, luego de enterarse que había sido cegado a causa de algún oscuro conjuro-" Oscuro conjuro. Sos genial, Braganza. "...oscuro conjuro, encomendó al clérigo Aznagarb que averiguara quiénes habían sido los responsables de la muerte de su familia y el por qué. Y Aznagarb, hombre leal a su señor, obedeció."

Lo bueno de crear estas historias es que no tengo que poner diálogos. ¿Alguna vez se preguntaron cómo es escribir diálogos en una historia? Sumamente difícil. Aunque, he de admitir, es cierto que omito varios detalles. En mi mente imagino aquellas conversaciones. También imagino cómo es que lucen físicamente los personajes. Aunque, en este caso, prefiero que los usuarios de mis ítems sean los que lo imaginen.

Con lo que pueda escribir ahora podré, con seguridad, cerrar la idea del día.

La vieja campesina era muy agradable, pensó Benork. Habían efectuado un acuerdo con Aznagarb que consistía en mantener oculta su identidad, por lo que habría de hacerse pasar por un pobre bastardo que había nacido ciego. Durante muchos meses, la campesina, que vivía solitaria en la zona aledaña a las Colinas de Tréboles, cuidó de él como si se tratase de algún hijo propio. La sensación de calidez y tranquilidad de aquel humilde hogar le brindó una armonía que a menudo consideró peligrosa. El Duque, todos los días, pensaba en su familia. Todas las noches soñaba con ella. Y recordar aquella noche le era inevitable.

Finalmente, en un atardecer, regresó Aznagarb. Empleó la gran mayoría de las

riquezas que se mantenían abandonadas en el ahora desolado castillo y, durante meses de interrogatorios y sobornos a hoscos personajes, logró averiguar la identidad del misterioso grupo que invadió el Castillo Benork. Se trataba de una secta de nigromantes del Norte, liderados por el hechicero Socram. Se decía que Socram había viajado desde muy lejos, desde las tierras del Páramo Infecundo, con el objetivo de servir al Señor de la Muerte, el Rey de la Cripta Anghaxx, y obtener inmortalidad. Aparentemente, no era fácil dar con la ubicación exacta de la Cripta, por lo que Socram no tuvo otra opción más que emplear un método similar al de Aznagarb a la hora de averiguar lo que tanto anhelaba.

La perspicacia del clérigo de Benork conllevó a la conclusión de que Socram había hallado la Cripta del Rey Nigromante y, como era de esperarse, el lóbrego liche le habría solicitado un sacrificio importante. Un sacrificio de sangre.

- ¿Nigromantes...? - inquirió el Duque - ¿Usuarios de magia... negra?

- Así es, mi señor... me da a pensar que sólo necesitaban seis sacrificios humanos de sangre real... y que es por ello que no se esforzaron en buscarle luego de que pudimos huir del castillo.

Tenía sentido, pensó Benork.

- ¿Por qué dejarme ciego?

- He preguntado también a otros magos y clérigos respecto a eso. La mayoría llegó a la conclusión de que el nigromante tenía toda la intención de matarle, pero lo más probable es que usted haya resistido el conjuro. Puede que la magia negra no haya tenido su efecto completo debido a que usted se resistió mediante voluntad y fortaleza. ¿Deseos de venganza, quizás? Ninguno de nosotros pudo encontrar una lógica certera al por qué. Sin embargo, un pequeño grupo de veteranos aventureros dijo que lo más probable es que usted sea un Asesino de Magos.

- ¿Asesino de Magos?

- Una clase de guerreros cuyo único objetivo es el exterminio de los magos, mi señor. Estos veteranos están convencidos de que existen tales personas, aunque la mayoría están muertos o desaparecidos. Se dice que los Asesinos de Magos resisten naturalmente los conjuros de magia y que, además, tienen la capacidad de penetrar las protecciones arcanas de los hechiceros.

' Luego de meditarlo durante varios días, llegué a la conclusión de que eso es muy probable, mi señor. Socram es un nigromante de renombre y nadie fue

capaz de sobrevivir a un ataque directo de él y su secta. Los rumores indican que asesinó a incontable cantidad de jóvenes desventurados que osaban acercarse a su guarida. Siempre dejaba a un sobreviviente para que narrara el espectáculo horripilante y así extender su nombre por toda la región. Sin embargo, usted sobrevivió... aunque... aunque a un alto costo.

La ceguera, pensó el Duque, quien escuchó el relato de su clérigo con sorprendente calma. Durante todo este tiempo de reposo y armonía en aquella apartada casucha, Benork no se había percatado que en su interior había crecido un odio cáustico y letal, destinado sólo a pensamientos de dolor y sufrimiento a las víctimas que él imaginaba. E imaginaba infligir ese dolor y sufrimiento a los ahora manifiestos Nigromantes de Socram.

Bueno... finalmente he terminado. El set está listo.

Me ha llevado varias horas de trabajo, varios días. Buscarle la vuelta mediante una historia no fue nada fácil, pero creo que quedó bastante bien. Pude testearlo y la verdad es que ahora el Asesino de Magos es una clase a temer.

"El grupo de artefactos que habría de vestir el Duque Nathan Benork pudo ser obtenido mediante una combinación de oro y conjuros divinos. El metal de su armadura y los ornamentos de su arma por un lado, y las propiedades extraordinarias imbuidas mediante la fe del clérigo y el deseo vengativo del Duque por el otro.

La Esperanza de Benork es un amuleto que refuerza la resistencia a los conjuros ofensivos, y tal nombre es dado debido a las últimas esperanzas del Duque en obtener su venganza.

Protección de Aznagarb es una capa gris que fue bendecida por el Dios de la Guerra, Tesmar, la cual brinda una defensa extraordinaria contra los conjuros elementales.

Lamento de Calia es un anillo especial que representa el último recuerdo de su esposa agonizando en las manos del nigromante; tiene la habilidad de generar un ataque etéreo que penetra las protecciones mágicas del enemigo, al tiempo en que erige una defensa áurea alrededor del portador.

Camino de los Ancestros es la armadura completa de placas metálicas que vistió el Duque en el combate final contra los hechiceros. Además de poseer la insignia de la casa en el pecho (una estrella púrpura de ocho puntas) representa la ascendencia y descendencia de la familia Benork. Es el recuerdo

de sus padres y de sus hijos, el último vestigio de la familia del Duque. Las duras placas defienden físicamente al portador, además de poseer propiedades divinas y arcanas que le brindan resistencia mágica y lo hacen inmune al encantamiento y a los hechizos de parálisis. Fue encargada (mediante una gran cantidad de oro) a un famoso herrero de las Cavernas de Amatistas.

Aznagarb sabía que le sería imposible al Duque el llevar a cabo su venganza en su estado de ceguera, por lo que imploró a Tesmar, Dios de la Guerra, que bendijera el casco alado de Benork. El resultado fue la obtención del yelmo llamado Iris de Tesmar, el cual sería capaz de devolver la vista al portador siempre y cuando lo usara.

Finalmente, el arma definitiva fue creada: La Vengadora Real. El arma elegida por el Duque se trataba de una lanza común y corriente, la cual habría de ser imbuida de tres formas. La intervención divina de Tesmar habría de brindarle una fuerza colosal al portador mientras la blandiese. Los poderes de Aznagarb permitieron que la Vengadora fuera capaz de disipar las protecciones mágicas de la víctima, facilitando así el combate cuerpo a cuerpo. Posteriormente, la sangre real de Benork bañada en la punta metálica del arma como parte del ritual llevado a cabo en el Bosque de las Espinas habría de concebir en la lanza un daño letal de veneno; una aptitud generada gracias al odio corrosivo del Duque."

Todos los artefactos habrían de llevar la descripción de la historia sobre cómo partió hacia la Cripta Olvidada. Sí, sólo queda hacer una revisión general de lo que he creado y con esto podré irme a la cama.

El reino de los Nigromantes se hallaba más allá de lo que una vez supo ser el territorio de los Dragones Negros: El Páramo Desolado. Benork sabía que aquellas tierras eran inhóspitas y alejadas de toda zona civilizada. A medida que se adentraba en el Páramo, yendo hacia su corazón, el sonido agreste de las criaturas vivientes iba disminuyendo, dando lugar a un creciente silencio que sólo era socavado por el sonido metálico de sus grebas.

La planicie de tierra muerta era inundada por una niebla espesa y anómala. Pese a ello, el Duque Benork avanzaba imparable. La furia de su corazón generaba una luz perlina y perpetua en la ranura del casco, es decir, en la Iris de Tesmar, como si sus ojos ciegos exhalaran un albor sobrenatural.

¿Cuál habría sido el precio a pagar por el instrumento de su venganza? Su vida, su sangre, su alma. No le importaba. Había empleado todos sus recursos

materiales y sacrificado parte de su misma existencia a cambio de tener la oportunidad de vengar a su familia. Con cada paso dado en los zigzagueantes y profundos senderos, su alma se iba acostumbrando al dolor constante que lo atormentaba. Había derramado todas sus lágrimas, exhalado sus suspiros, aullado sus gritos. No sentía hambre. No sentía sueño. No sentía miedo. En la tierra donde no asomaba el sol y la vida era despreciada, en el país de los muertos, el Duque finalmente arribó a las álgidas murallas que cubrían la Cripta Olvidada, hogar del Rey Oscuro y de su ahora fiel sirviente, Socram.

Capítulo 2: Círculos de Fuego

Hoy me siento con ánimos de comenzar con la bendita historia de amor para la bendita revista y así conseguir el bendito ingreso que me permitiría reponer mis erróneos cálculos financieros. Fue una buena idea, a fin de cuentas, haber llevado a cabo ese pequeño proyecto del set de Asesino de Magos.

Ahora no tengo conexión a internet. Aparentemente, hay una caída general en el sistema o lo que sea que hayan dicho esos pibes de la central. No importa, lo subiré cuando vuelva.

Me quedé pensando en la historia del Duque, más específicamente en su combate final contra los nigromantes de Socram en la Cripta Olvidada. Decidí no brindar la historia completa, ya que prefiero que el lector y usuario de los ítems se lo vaya imaginando a medida que fuera recolectando las partes del set. Aunque, supongo, que podría poner una descripción diferente en el arma definitiva. Una especie de cierre a la historia. La lanza llamada Vengadora Real es realmente poderosa y es capaz de machacar a cualquier usuario de magia arcana o divina. Quizás se me fue la mano en darle tantos atributos, pero supongo que su creador, el Duque, estaba realmente decidido a cumplir su venganza. Por lo que me parece una buena idea plasmar una especie de relato final en la descripción de la misma:

"El Duque, último señor de la familia Benork, temerario y valiente, atravesó el umbral de la Cripta, encaminando los postreros pasos de un destino funesto. La refulgente luz de su yelmo alado mantuvo a raya a las criaturas infames y deformes, servidores del Rey liche. El antiguo camino de inerte piedra se extendía hasta una inconmensurable estructura gótica, el Mausoleo Arcaico, hogar del Trono de los No-Muertos. La enorme sala sostenida por poderosas columnas se encontraba en una oscuridad absoluta, mas el fuego del odio impulsaba el fulgor que se erigía desde la hendidura de Iris de Tesmar. Criaturas amorfas y que sólo existían en pesadillas se arrastraban en los más lejanos rincones, observando con recelo y avidez al invasor. Sonidos pavorosos, como quejidos, gruñidos y palabras ininteligibles, inundaron sutilmente el ambiente.

Un grito de furia colmó el salón y llamó a combate a la secta de Socram. Como respuesta, el Duque no obtuvo más que risas malignas que lo rodearon,

burlándose por su insolencia en acudir a un enfrentamiento suicida en las mismas tierras de la Muerte. Socram prometió brindar un espectáculo satisfactorio a su señor Anghaxx con lo que habría de hacerle al Duque, obteniendo como respuesta de éste último que acabaría también con el liche si le restan fuerzas.

El feroz combate comenzó y el Duque Benork abatió fácilmente a los esbirros del Nigromante, infligiendo una agonizante muerte a través del veneno pérfido de su lanza. Socram observó estupefacto la invulnerabilidad que cubría al Duque. Con rabia acometió con sus más terribles hechizos, pero resultaron inútiles ante el avance imperturbable del Duque. Lamento de Calia, el anillo que forjó con el recuerdo de su difunta esposa, inhabilitó los ataques del mago oscuro. Un temor inenarrable invadió el corazón del Nigromante, provocando que suplicara ayuda al Rey Liche. Benork vislumbró, a través de las llamas brillantes de su yelmo, las profundidades del salón. Al final de unos polvorientos escalones se hallaba un trono de huesos y sentado sobre él una horrenda sombra. El Rey Oscuro. Y observó, también, cómo el liche ignoró la súplica de su sirviente.

El Duque Benork sonrió de satisfacción al ver cómo los ojos de Socram se llenaron de amargas lágrimas. Su alma se regocijó al ver cómo las extremidades del vil mago temblaron de temor. Su corazón se hinchó cuando la punta de la Vengadora se incrustó en el pecho del Nigromante. Degustó cada segundo de agonía que sufrió hasta que éste finalmente sucumbió. Ahora debía encaminarse hacia el Rey Oscuro, hacia Anghaxx, la criatura que atemorizó las tierras desde tiempos inmemorables.

Pero sintió flaquear sus piernas. Su fuerza disminuyó y su visión, poco a poco, se oscureció. Cayó de rodillas, extenuado por el hambre, el sueño y la tristeza. Su corazón se aceleró y en su interior nació una desesperación espantosa. La sombra que lo observó serena desde su trono se incorporó y se acercó. Finalmente, la oscuridad cubrió al Duque y sólo pudo percibir, con sus oídos, los pesados pasos que se le acercaron."

Sí. Ese final es perfecto. No necesito aclarar que Anghaxx le desmembró y vendió las partes de su equipo al mejor postor. Después de todo, el maldito Liche es conocido por reunir una gran cantidad de artefactos mágicos y oro para así poder mantener su reinado de Oscuridad en el Páramo Desolado, ¿verdad? Los artefactos se separaron y se repartieron a lo largo del mundo, etcétera, etcétera. Con eso finalizo mi pequeño proyecto y ahora puedo

comenzar con la historia de romance. Mi mujer me va a adorar.

"Adorar..."

La voz se extinguió en lo profundo de su mente como el tímido cantar de una cigarra. La excelsa sensación por haber derrotado a Socram y sus esbirros se desvaneció rápidamente para dar lugar a una aflicción abisal. Abatido, entre delirios y alucinaciones, la conciencia flanqueó sus pensamientos hasta finalmente asestar un golpe certero en el centro de su mente: el Rey Oscuro estaba frente a él y percibió, con el resto de sus sentidos, la cercanía de las untuosas y pútridas criaturas de la noche que venían a alimentarse de su carne. No supo desenmarañar el misterio de su temor; ¿acaso era provocado por la certeza de morir devorado o en realidad la razón se debía a la mera presencia del rey Anghaxx?

Los murmullos amorfos se reanudaron. Sonidos como lamentos constantes, gruñidos indignados y mugidos lúgubres se entremezclaron en su cabeza, logrando una mezcla caótica con la impresión provocada por el hedor a humedad y fetidez de la muerte. Poco a poco se abalanzaron sobre él, y en sus extremidades sintió una frialdad y viscosidad que helaron su espíritu. En ese instante, como el susurro del viento, una voz invadió su mente.

- ¿Siente miedo, Duque?

Fue una voz débil, árida, pero clara.

- ¿Siente miedo al saber que morirá devorado?, ¿es usted un cordero? Atado y listo, a la espera interminable del sacrificio, en donde todo habrá de culminar con su sangre regada en la oscuridad eterna de este recinto.

- ¿Quién habla?

Su cuerpo se sentía oprimido, inmóvil por el repentino peso de la armadura y por la fuerza opresora de las criaturas nocturnas. Con esfuerzo levantó su cabeza y con el último destello de Iris de Tesmar atisbó la impresionante figura del Rey Oscuro.

- ¿Anghaxx?

- Tengo entendido que quiere destruirme, ¿no es así?

- ¿Hablas dentro de mi mente? Sí, monstruo, he venido a matarte...

- ¿Matarme...?, ¿cómo puede matar algo que ya está muerto, Duque? He visto el combate y he sido capaz de comprender la naturaleza de sus artefactos.

Fueron útiles mientras en su mente y alma se mantuvieron impregnadas la marca de la venganza. Cuando usted atravesó el corazón de mi discípulo con

la lanza, la marca rápidamente se desvaneció.

Tras percibir la última palabra del libre, experimentó la más poderosa sensación de dolor que jamás hubo sentido. Cada fibra de su ser padeció el efecto devastador de un poder similar y fugaz al rayo de una tormenta, mas imperceptible como el vacío del silencio.

Durante tres eternos segundos, Nathan Benork deseó la muerte a seguir sufriendo la agonía provocada por aquel nefasto poder. Cuando ese tiempo se sucedió, todo pareció cambiar. Poco a poco, en la ausencia de toda sensación negativa, recuperó sus sentidos; sus ojos fueron capaces de volver a ver. Aún permanecía en el Mausoleo Arcaico, pero se sentía tranquilo, sereno ante toda amenaza. Si bien el ambiente estaba sumido en tinieblas, Nathan Benork pudo discernir, con claridad absoluta, la apariencia del Rey Oscuro.

Su mera presencia irradiaba un poder extraordinario. Las leyendas que tanto le aterrorizaron cuando niño eran certeras: el liche fue una vez un poderoso mago que, para obtener la inmortalidad, encadenó su alma a un cadáver. A pesar de seguir descomponiéndose con el tiempo, éste último habría de mantener todo su poder, así como sus recuerdos y conciencia. Se decía que Anghaxx era una de las criaturas más ancianas de la creación, siendo su origen tan misterioso como los mismos Dioses. Su cuerpo estaba desprovisto de toda célula viviente y, debajo de sus ilustres túnicas reales, las cuales estaban adornadas con oro y diamante, se exhibían, límpidos, los huesos humanos que le servían de recipiente. Las órbitas que una vez portaron los ojos de un hombre ahora contenían dos esferas de color fuego, las cuales refulgían constantemente. Por encima de su cráneo, el cual portaba una corona dorada con un gran ópalo incrustado en su centro, danzaban sutilmente largos cabellos blancos y grises, de apariencia mustia y espantosa, que se extendían por los costados y hasta la mandíbula, formando una larga barba. Poseía aún todos sus dientes. Aquella mandíbula cerrada daba la impresión de formar una sonrisa malévolamente y perpetua.

- Es usted una criatura única, Duque. Creado a partir de un simple pensamiento, cargando a costas una proeza que pocos han logrado. Y pensar que la sola razón de su existencia es la de brindar satisfacción a un ser patético e invisible a nosotros. La satisfacción de brindar un espectáculo en el que usted inflige represalia a los autores de un simple crimen.

- ¿Simple crimen? ¡Mi familia ha sido asesinada! Mi legado ha desaparecido... soy el último Benork sobre la tierra... Mi linaje se ha extinguido... Mi

descendencia... Mis hijos... ¡Y todo por los demonios que usted envió a mi hogar!

Las palabras del Duque se desvanecieron entre los horrores del recinto oscuro, para nacer desde las sombras una siniestra carcajada que retumbó, como un extenso trueno, hasta los más recónditos escondrijos del Páramo Desolado.

Por primera vez desde que dejó atrás ese dolor físico, Nathan Benork sintió a su alma enfriarse por los escalofríos que provocó la risa de Anghaxx.

- ¿Usted piensa que he sido yo el responsable? Mortales... tan poca es su comprensión de la creación que se necesitarían milenios enteros para que apenas puedan comprender una pequeña fracción de la verdad que asoma en esta aterradora realidad en la que hemos nacido.

' Mi estimado Duque... ¿sabe usted qué ha sido de su familia? Es decir, claro, fueron asesinados como un sacrificio de iniciación que todo nigromante requiere para poder ser mi sirviente. Pero, ¿cree usted que la vida termina en la muerte? La magia es un poder arcano que pocos pueden comprender. Más aún para el arte de la Nigromancia. ¿Cree usted que su familia descansa en paz ahora que usted los ha... "vengado"?

Un inquietante silencio los absorbió.

- No comprende... - continuó Anghaxx - Si existe un plano celestial en donde las almas pueden descansar después de sufrir las penas de la mortalidad, le aseguro que su familia no está allí...

' Así es, Duque... su esposa Calia y sus cinco retoños se retuercen en la Condena Eterna de un infierno que personalmente creé. Un erial extenso como un mar en donde las almas que fueron aprisionadas por mí y mis sirvientes sufren eternamente y están atadas a mi voluntad, dispuestas a seguir mis órdenes, como esclavos, hasta su total destrucción o hasta que yo decida lo contrario. Tal es mi poder, Duque... ¿lo comprende ahora? Oh... no intente atacarme... usted también es esclavo de mi voluntad... ¿Sintió dolor cuando su alma fue arrancada de su cuerpo? Imagino que sí... Desvíe su mirada hacia el suelo, por favor...

Inundado de un terror indescriptible por las palabras del liche, Nathan Benork miró hacia abajo y se llevó un espectáculo atroz: Se vio a sí mismo, tirado en el frío cemento en donde se desmoronó hacía tan sólo unos minutos, siendo devorado ávidamente por criaturas no-muertas, despojado de su armadura y armas por sombras oscuras que se retiraron al exterior del recinto.

- ¿Qué... qué está pasando...?

- Duque... usted ha muerto... Ahora no es más que una especie de espectro errante, aún provisto de voluntad y conciencia sólo porque así lo deseo... Mas no puede atacarme porque mi influjo es infinitamente superior al suyo.

Digamos... que usted no es más que un mosquito al lado de mi poder.

Desprovisto de toda esperanza, Benork miró a esos horripilantes círculos llenos de fuego, que eran los ojos de Anghaxx.

- Destruyame, liche... y envíeme con mi familia.

- No hay mayor satisfacción que la de sentir la desesperación del enemigo... pero yo no soy su enemigo, Duque. ¿No le da curiosidad saber?

El liche dio un paso más cerca, quedándose frente al ya irreconocible cadáver del Duque.

- El saber: ¿por qué no le he enviado aún al Infierno? - expuso Anghaxx - Aún necesitamos... hablar.

- No me tome a la ligera, liche... Da más vueltas que un gato cazando a un ratón. Comprendo perfectamente que si necesitara algo de mí ya lo habría hecho mediante su "inmenso" poder. De lo contrario, no estaría aún aquí dando explicaciones. Usted quiere algo de mí y lo obtendrá sólo si yo accedo voluntariamente, ¿no es así?

Los orbes en su cráneo centellearon durante unos segundos al tiempo en que emitió una tenebrosa carcajada.

- Ciertamente... ciertamente está en lo cierto, Duque...

Capítulo Final: La Puerta del Infinito

Tuve un sueño extraño. Creo que, más bien, fue una pesadilla. ¿Alguna vez soñaron que eran... devorados? Por Dios, ¡qué horrible! En el momento en que sentí ese escalofrío en mi pierna, desperté, todo transpirado. Miré a un costado: mi señora dormía tranquilamente. Y sí, si duerme como una morsa. A ésa no la despierta ni un terremoto. En cambio, yo, cada vez que percibo el más mínimo sonido, me despabilo fácilmente. Pero esta pesadilla fue... diferente. Así que me levanté a tomar un vaso de agua y de paso me quedé despierto.

Me senté en la computadora. Como aún no había internet, estaba imposibilitado a subir mi pequeño proyecto al foro. Por lo que no vi otra opción más que ponerme a trabajar en la historia de amor para la revista. Se me ocurrió escribir sobre dos desconocidos que se cruzan en la calle. Él pasa por una profunda depresión porque su matrimonio se derrumbó, lo que le conllevó a perder su trabajo y así...

¿Qué fue eso? La ventana se abrió sola. Carajo, esto pasa por vivir en un edificio tan viejo. La noche está tranquila. La luna está llena. El frío me tranquiliza. Purifica mis pulmones.

Con la ventana ya cerrada me vuelvo al escritorio.

Como decía, él se cruza con una chica que está prometida a un idiota y, obviamente, no quiere casarse con él. O al menos eso es lo que ella percibe a las semanas de haberse comprometido. Tiene una marea de confusión en su cabeza. Como es de suponer, no sabe lo que quiere. Y bueno, ella se cruza con este pibe en la calle mediante un pequeño accidente en que ellos se chocan y... ¿es demasiado cliché, verdad? Quizás deba pensar en otra cosa.

No. ¡Qué va! Escribo esta historia que estoy pensando. Después de todo, me publican cualquier cosa en la revista.

¿Por qué me duele tanto la cabeza? Siento que mis orejas hierven. Mi sien... No quiero "empastillarme" de nuevo con analgésicos... esas cosas me destrozan el estómago... Pero tengo que tomar algo... siento que veo dos luces brillantes cada vez que cierro los ojos. Debo estar volando de fiebre...

- Él ha descrito que has muerto en cuerpo, pero no en alma... Aún estamos a

tiempo...

- ¿Qué está murmurando, demonio?

Apenas quedaron algunos huesos por encima de toda la sangre derramada del cuerpo de Nathan Benork. El equipo que forjó junto a Aznagarb y el dios Tesmar desapareció entre las sombras. Sólo quedaron ellos dos; él, sintiéndose tan ligero como el viento y traslúcido como el agua, una especie de abominable aparición en medio de un macabro escenario y el otro, el liche Anghaxx, tan ilustre y lúgubre al mismo tiempo, criatura hondamente anciana, procedente de los albores de la creación.

- Estimado Duque... no tenemos tiempo que perder... Falta poco para que los Grilletes del Tiempo y del Espacio se cierren.

- ¿De qué diantres está hablando?

- Muy bien, Duque... supongo que se ha ganado... la verdad.

- ¿La verdad? El paso de las eras le ha deteriorado la mente, liche. Es una criatura ingenua si piensa que he de ayudarle voluntariamente.

- ¿Y qué me diría si le dijera que puedo liberar a su familia de mi voluntad?

- ¿Q-Qué...?

- Tengo el poder suficiente para liberarlos del Infierno en que ahora se encuentran y enviarlos al descanso eterno de algún plano celestial. Lo haré... si usted está dispuesto a escucharme sin interrupción...

- Le... le escucho.

El liche dio un paso atrás, extendiendo sus brazos esqueléticos a un costado. En ese instante, el ambiente se inundó en un profundo silencio.

- Como sabrá, - comenzó a narrar - existen muchos dioses en esta era, incluyendo a Tesmar, el Dios de la Guerra, aquel que empleó sus poderes divinos para ayudarle en su cruzada. A ellos los llamo Dioses Primarios. ' Pero... existen otros dioses... Los verdaderos responsables de que este universo y, por ende, nosotros existamos. Están ocultos a nuestros sentidos y son similares a las criaturas ilícidas. ¿Ha oído hablar de esas criaturas? Los ilícidos son criaturas de la Infraoscuridad que poseen la capacidad de matar con el pensamiento. Pero estos dioses que le he mencionado son aún más poderosos... Ellos no sólo pueden destruir universos enteros con un mero pensamiento; también pueden crearlos. Requieren de tan sólo unos segundos para que una galaxia, con sus planetas y habitantes, surjan de una explosión caótica en el oceánico mar de algún flamante cosmos.

' Imagino que no me cree. No se preocupe. ¿Quién, en su sano juicio, habría de

creer tal fantasía? A mí, con todo el tiempo acumulado en mi mente inmortal, me ha tomado siglos descifrarlo. Pero al final lo comprendí, Duque. He descubierto a los culpables de nuestra existencia... No conozco sus verdaderos nombres, por eso he llegado a llamarles: Los Secundarios. Y he llegado a la conclusión de que hemos sido creados a su semejanza. Sólo que, aparentemente, viven en un plano considerablemente inferior al nuestro. Más allá de su excelsa capacidad de crear y destruir con la mente, muchos de ellos no están conscientes de su poder. Depositán todos sus sueños, miedos y esperanzas en sus creaciones mentales. En sus mundos. Y es así que son capaces de crear universos infinitos, sólo para destinar un pequeño fragmento de la línea del tiempo a mover los hilos de unos pocos.

' ¿Creía usted que éramos dueños de nuestras acciones? ¿De nuestros destinos? Nuestra voluntad está atada a su voluntad. Mas no así nuestra existencia (al menos en algunos casos). La capacidad que ellos poseen de conocer todo en cuanto a nuestro ser se llama omnisciencia y, a pesar de ser dioses, en los Secundarios es limitada. Tienen la influencia de manejarnos como simples marionetas, pero escapamos a su influjo cuando no hay perfección en sus "mentes". Esa es la razón por la que usted y yo estamos teniendo esta... conversación.

' Lo que trato de decir es que este encuentro, estos sucesos que acaecieron sobre nuestra existencia, no fue una simple casualidad. Hemos sido manipulados para el placer de una sola entidad.

La voz de Anghaxx era serena, pero no menos imponente que un trueno. Aún así, penetró por completo en los pensamientos del Duque.

- Anghaxx... ¿conoce al Secundario que fue el responsable de todo lo que nos pasó?

- Tengo una idea del Secundario que fue responsable de lo que le pasó a usted, Duque. Me temo que no soy el protagonista de esa historia. Simplemente soy... un elemento necesario.

Nathan Benork comenzó a encontrarle sentido a la complicada explicación del liche. Después de todo, podría haberle enviado fácilmente a un plano infernal o simplemente hacerlo su esclavo. ¿Qué obtendría con inventar tremenda teoría sobre lo que realmente estaba pasando? Anghaxx ya se había hecho con sus últimas pertenencias: La armadura, los Iris de Tesmar y la Vengadora Real. Incluso ya le había "matado".

En su etérea mente sólo rondaba una interrogante:

- ¿Por qué me cuenta esto? Usted destruyó mi cuerpo y se adueñó de mis artefactos. Incluso mi familia está en su poder. ¿Qué es lo que necesita de mí? Los orbes de fuego del liche centellearon ante el silencio que prosiguió a la pregunta.

- Lo que deseo, Duque... O mejor dicho, lo que usted y yo deseamos... es que lleve a cabo su venganza contra el verdadero culpable... Si lo hace, su familia podrá descansar en paz...

Fue en vano intentar escribir algo. Resultó ser que volaba de fiebre. ¿Pero saben qué fue lo más curioso de todo? Que el malparido del médico de guardia me dijo que no tenía nada. Me tomó la temperatura y daba lo normal, pero para mí que sacó el termómetro antes de tiempo. Lo único que me recetó es una pastilla que no puedo ni pronunciar y algo de reposo. Reposo. Hace ya como dos semanas que vengo "reposando", sin hacer algo productivo en casa. Lo raro es que mi mujer no me dice nada, porque supongo que cree que estuve trabajando en esa maldita historia de amor que tanto prometí que iba a entregar. Pero, ¿cómo puedo escribir con este dolor de cabeza? Este calor me sofoca y eso que estos días han estado bien fríos. Al final, me he accedido a tomar esos analgésicos. Y sirven. Hacen que el dolor, la molestia, se vaya por unas horas. Eso me permite sentarme a escribir la historia que les describí antes. Sólo que... sólo que, a veces, esas dos luces amarillentas aparecen de la nada. Es sólo un segundo. Menos quizás. El problema es que quedan vestigios en mi visión, como la chispa en la llama de un encendedor. Lo verdaderamente molesto es que interrumpe mi trabajo. Necesito concentrarme. La concentración lo es todo en esta profesión, ¿verdad?

La Cripta Olvidada resultó ser una necrópolis tan extensa como un mar. Una tétrica neblina cubría la tierra que rodeaba las lápidas y flanqueaba los grandes panteones y mausoleos. A medida que el liche avanzaba por los serpentinos senderos, el espectro del Duque le seguía cual fiel perro a su amo, sobrecogido por el lóbrego paisaje que era iluminado por la fantasmagórica luz de la luna. A los costados de algunos de los más colosales monumentos, se exhibía una luz astral de un color cerúleo y radiante. Al cabo de un largo trecho, ambos arribaron a una inmensa torre, abrumadora y macilenta. Las enormes puertas de oxidado hierro se abrieron con la mera presencia del liche y ambos comenzaron el ascenso por una gran escalera espiral de roca.

Finalmente, llegaron a la cima, teniendo al cielo de la noche como techo sobre sus cabezas. Las nubes pasaban lánguidamente y entre el espacio de ellas, las estrellas fulguraban misteriosas.

- Llegó la hora del capítulo final de su destino, Duque. - sentenció Anghaxx.

- Estoy preparado, demonio. Ahora manifieste la última etapa de su plan.

El Rey Oscuro extendió sus manos, irradiando un relampagueante y casi imperceptible poder desde sus falanges. Las negras nubes comenzaron a alejarse dejando, así, entrever una cantidad infinita de estrellas. Poco a poco, una especie de remolino fantasmagórico nació de las extremidades del liche. La luna pareció sangrar desde sus extremos, quedando toda su faceta en un rojo turbio. En ese momento, los furiosos orbes de Anghaxx se centraron en Benork.

- Recuerde, Duque: No somos más que el resultado de un pensamiento, concebidos en la eterna oscuridad de la noche. En el extenso paralelismo del tiempo y del espacio difícilmente pueda materializarse en el universo al que he de enviarle, pero usted mantiene una innegable conexión con su creador. Podrá manifestarse ante él como una fuerza incorpórea, capaz de crear un vínculo con su mente y su alma. Si es capaz de lograrlo, lo único que tiene que hacer es llevar a cabo lo que tanto ha anhelado: quitarle lo mismo que él le ha quitado a usted. Cuando lo haga, podré capturar el alma de la víctima que usted exterminó y utilizar su poder divino para escapar de la voluntad de los Secundarios. Cuando destruya a su creador, Duque... habrá cumplido con su parte y yo haré la mía.

- ¡¿Qué es lo que se nos está apareciendo?!

Como un tiránico tornado incontrolable, una oscura energía surgió del cielo hasta formar una especie de ciclón negro enfrente de ellos.

- He creado una Puerta del Infinito. Entrar allí supondrá un prolongado viaje hacia lo desconocido. Su actual forma espectral lo convierte en un ser inmortal y su capacidad innata de ser un Asesino de Magos le supondrá mantener todos sus recuerdos, incluyendo la completa razón de su viaje hacia el plano de su creador.

- ¿Cómo sé que cumplirá con la parte de su trato?

Los orbes del liche se incendiaron, llegando sus llamas hasta el cielo.

- ¡He dado mi palabra, insignificante mosquito! Cuando tenga el alma de algún Secundario en mi poder podré viajar a su universo y extender mi poder a galaxias enteras. Liberaré las almas que ahora son mis esclavas y, como

prometí, su familia descansará en el eterno regocijo. Cumpla con su parte, Duque, o vagará eternamente en un cosmos desconocido y su familia, su sangre, ¡sufrirá eternamente en el peor de mis Infiernos!

Nathan Benork se paralizó por el terror que le provocaron aquellas palabras; sin embargo, estaba decidido a seguir con el plan. ¿Qué sería de él? No le importaba. No guardaba esperanza alguna. Elevó su espíritu en lo alto, hasta que fue absorbido por el temible ciclón negro, la llamada Puerta del Infinito.

¡No puedo dormir! Me acosa una sombra desconocida y esas luces de fuego me perturban cada vez que cierro los ojos. Cuando estoy solo escucho un zumbido constante, como si un grillo cantara continuamente dentro de mi oído, tocando sus largas patas la corteza de mi cerebro. Pero eso no es lo peor... No, no lo es... A veces, cuando estoy en completa soledad, una voz nace de algún lugar desconocido. Suena como un susurro y me cuesta descifrar lo que me canta. Lo curioso es que siento nostalgia y temor a la vez.

Mi mujer se preocupó cuando empecé a gritar de la nada. Ya no era durante las noches; a veces era mientras almorzábamos o cuando me encontraba en la calle. Una vez vi algo extraño cuando tomé el ascensor: Abstraído en mis pensamientos y trastornado por la migraña, abrí, distraídamente, las puertas... y ahí lo vi... una gran sombra con forma de hombre, y en donde habrían de estar sus ojos, dos círculos de luz azul resplandeciente. El fluorescente del ascensor se mostró intermitente y, cuando quedó la iluminación fija, la sombra desapareció.

No sabía qué hacer. Necesitaba descansar, despejar mi mente. Me tomé unas dos pastillas de Diazepam, bajándolas con un vaso entero de whiskey.

Funcionó. Mis párpados se tornaron pesados y quedé prácticamente desmayado en la cama.

Pero fue peor... ahí fue cuando tuve esa pesadilla... Mi mujer siendo perseguida por aquella temible sombra, desgarrando su carne y extrayendo su alma para destinarla a una condena perpetua, semejante a un infierno de fuego y azufre.

Las fauces de aquella criatura que destrozó a mi esposa me despertó y en mi completa desesperación, escuché una voz que retumbó en mi cráneo como un trueno eterno. Me dijo que si permitía que la sombra alcanzara a mi esposa, ella habría de sufrir eternamente junto a los condenados en un infierno en el que agonizan constantemente.

En ese instante, ella entró a la alcoba. Se detuvo en el umbral, paralizada, quizás, por el aspecto que portaba mi rostro. Y fue cuando lo vi: la sombra gigantesca y esos ojos de luz espectral, situadas a la espalda de mi mujer. Tenía que salvarla. Debía hacer algo. Tenía que salvarla.

No era la primera vez que frecuentaba una escena en donde se llevó a cabo un femicidio. Pero, ciertamente, este caso era algo especial. La pareja no tenía conflictos entre sí. No había golpes, ni sospechas de cuernos, ni siquiera maltrato psicológico. De todas formas, basta sólo un empujoncito para llevar a alguien a la locura.

Si bien mi compañero insistió en acompañarme, le dije que no hacía falta. Después de todo, él está más metido en homicidios por tráfico de drogas que en problemas de cariz doméstico.

Al fin llegué; ese destartalado ascensor parecía balancearse como una hamaca y su fluorescente pestañeaba más que un bizco.

El doctor Farrugia me esperaba en el umbral. Él era un forense con una notable cabellera de rulos y ojos, que algunas colegas llamarían, tiernos.

- Ah, hola, sargento. ¿Cómo dice que le va?

- Hola, Farrugia. ¿Qué tenemos?

Se mantuvo en silencio un instante. Aparentemente, mi pregunta le trajo a su memoria algo que lo perturbó.

- ¿No habló con los oficiales que custodian la entrada en el hall?

- Vamos, Miguel... ¿te creés que hablarían con una mujer?

- Pero sos sargento...

- ¿Y qué tiene que ver? Los que están allá abajo son unos viejos babosos, moldeados a la vieja escuela. Así que directamente me vine a hablar con vos.

¿Eso te molesta?

Me puse un poco seria y acerqué mi rostro al de él. ¡Cómo me encanta ponerlo incómodo al rulado! Y esta vez no fue la excepción. Se puso rojo como un tomate.

- Vamos, sargento Lindgren. ¿Qué le hace pensar que hablaron conmigo?

- Lo pienso porque sospecho que le habrás preguntado, "Farnochi".

- ¡Che! Mi apellido es Farrugia. Y estás equivocada... hice algo mejor: escuché el testimonio del marido.

- ¿Cómo pasó eso? – pregunté, con suma curiosidad.

- Bueno, verás... el marido, Marcos Braganza, llamó por teléfono, con

tonalidad tranquila e indicó que su mujer estaba muerta. O eso entendió la operadora.

Mientras me narraba, deambulé por el departamento. Era de dos habitaciones, acogedor, pero bien decorado. Pasando el umbral del dormitorio estaba el cuerpo sin vida de la mujer, el cual estaba siendo procesado por el resto del equipo forense.

- Creo que la operadora escuchó bien, Miguel... ella está muerta.

- Sí, - continuó Farrugia - pero la operadora pensó que, al oír la calma en la voz de Braganza, se trataba de un fallecimiento natural de alguien mayor. Y, sin embargo, se trata de un asesinato. Casualmente, yo estaba en la estación cuando los viejos babosos que mencionaste hace un rato que, dicho sea de paso, son conocidos míos, me comunicaron del deceso. Como esto sucedió en mi barrio, decidí acompañarlos para ver si podía servir de algo. Y cuando llegamos nos encontramos con este tipo... sentado a un costado del cuerpo, con un cinto de cuero negro en su mano derecha.

- ¿La ahorcó?

- Sí... pero va más allá de eso. El tipo se hallaba muy tranquilo. Nos narró lo siguiente: "Una sombra de otra dimensión intentó devorar a mi mujer. No sólo quería comérsela, sino que también quería apresar su alma para condenarla a una existencia de sufrimiento en un infierno que habría de consumir su misma esencia y así permitir el paso, mediante su espíritu, de criaturas monstruosas a nuestro mundo."

- Me estás jodiendo...

- Eso no es todo, - continuó Farrugia, sumamente interesado por las palabras del sospechoso - porque después de terminar esto que acabo de contarte, demostró una sonrisa de satisfacción. Y dijo que no tuvo otra opción más que hacer lo que hizo. De esa forma, ella (su esposa) habría de descansar eternamente en los brazos de su Señor.

El relato de Miguel me estremeció. A fin de cuentas, no tenía mucho que hacer. El tipo se había confesado y había admitido el crimen. Y con un relato así, lo más probable es que termine internado. Cuando pretendí irme, Farrugia me habló:

- Celeste... ¿no quieres saber cómo terminó la "entrevista"?

En realidad, no quería saberlo. Pero voltee sólo por respeto al forense.

- ¿Cómo terminó?

Se acercó a mí, mientras sacó una etiqueta de cigarrillos de su bolsillo.

- Cuando él nos expuso lo de los monstruos y ese tipo de cuestiones, nos contó que la solución más rápida que se le vino a la cabeza era estrangularla con su cinto. Parecía estar poseído por una furia demoníaca y, debido a su complexión, no le costó mucho el ahorcar a la pobre mujer. Los oficiales no podían creer lo que escuchaban. Supongo que no ejercieron violencia física contra él en ese momento porque yo estaba presente. Inmediatamente lo esposaron y se lo llevaron. Y lo que dijo al último, antes de atravesar la entrada del departamento, me quedó impregnado como un sello en mis oídos.

- ¿Qué dijo?

- "¡La salvé!" gritó. Largó varias carcajadas y volvió a gritar lo mismo una y otra vez. "¡Salvé a mi mujer de la Condena Eterna!".

The image is a vertical composition. The left side features a close-up of a human skull, with the eye sockets, nasal cavity, and upper jaw visible. The skull is rendered in a golden-brown, metallic or stone-like texture. The right side of the image shows the surface of the moon, characterized by its cratered and cratered terrain, also in a golden-brown hue. The two elements are merged together, with the skull appearing to be superimposed on or emerging from the lunar surface. The overall color palette is warm, dominated by shades of gold, brown, and red.

ALMA IMPENITENTE

POL RUPES

Imagen por Donna Kirby

Alma Impenitente

*En memoria de
Juan Luis López.-*

Alma Impenitente

- I -

Al terminar de escuchar la grabación de voz, se dirigió al comisario de la comuna.

- Entonces... ¿ya tenemos el testimonio del viejo del hotel?

Pese a la tempestad pampeana, Filippetti transpiraba a borbotones. Sacó un grácil pañuelo en el que empampó varias gotas de sudor.

- Esperemos que con esta lluvia refresque... - comentó el comisario - Sí, teniente, aquí lo tengo.

Sacó de su bolsillo un diminuto papel doblado, el cual entregó a Filippetti.

- Creí que ustedes, los de la Científica, andaban siempre de a dos.

- Mi compañera está ocupada con un caso en Sinergia. - respondió, escueto, Filippetti. Escudriñó con sus ojos y leyó.: - "El periodista salió corriendo del hotel, luego de robarse el hacha de la vitrina." ¿En serio? ¿Esto es todo?

El comisario largó una árida carcajada.

- Bueno, creo que el viejo Josefino se estaba echando una siesta cuando sucedió todo.

- No me digas. - ironizó Filippetti - Por suerte, tenemos el diario de Ratner. El pibe tuvo la delicadeza de aclarar los últimos detalles.

- ¿Lo va a leer de nuevo?

- ¿Tiene algo mejor que hacer, comisario?

- Son casi las cuatro y media de la mañana, teniente. Usted arribó hará una hora. ¿No está cansado? Sé que el viaje le habrá durado varias horas. Mire, me parece que no hay mucho más para hacer aquí. Creo que sería mejor dejar trabajar a los forenses que, dicho sea de paso, estarían llegando al amanecer. Está más que claro que Ratner es el asesino. Mató al sereno y desapareció. Seguro que usted está pensando en ese diario y en ese último mensaje de voz que dejó en el celular, pero es obvio que es todo un piantado. Él mismo lo ha admitido: "Estoy enloqueciendo" sentenció. Incluso nos guió hacia Craviotto. De seguro eran cómplices: algo salió mal, y la cosa terminó como terminó. En cuanto a Licho, si es que estuvo involucrado, será cuestión de tiempo hasta que le agarremos.

- ¿Usted conoció a Licho?

- Sí. Yo apenas era cabo cuando él ya era un agente reconocido.

- ¿Puede usted identificar su voz en el clamor que se oye en la grabación?

El comisario quedó un instante pensativo mientras, de fondo, rugía un trueno en el firmamento.

- Teniente... hace décadas que no sé nada de él. De seguro...

- No podrá reconocer su voz. - interrumpió Filippetti - Está bien, comisario. Usted vaya a dormir. Yo esperaré paciente a los forenses.

- Haga lo que usted quiera, - comentó con desdén - creo que pierde el tiempo. Los asesinatos ya se han resuelto, pues ya hemos descubierto quienes eran los culpables. Me parece, teniente, que vino a palpar moscas.

' Si necesita algo, - agregó - pídaselo al oficial que dejo a su cargo.

Exhalando algunos suspiros, el comisario atravesó el umbral y desapareció en la oscuridad de la tormenta.

Filippetti quedó un momento en soledad, admirando, con un aire de tristeza, el cadáver despedazado del sereno. Sólo una bestia habría sido capaz de hacer algo así. Pensó en los diarios que leyó. En el de Ratner y Craviotto. Se imaginó a Licho como un viejo linyera. Y, por último, se imaginó al monstruo de los sueños. "El sueño de un loco." Murmuró.

En ese instante, ingresó un joven policía, el cual no habría tenido más de veinticinco años. Sus ojos se desorbitaron al ver el cuerpo destruido y tapó su boca y nariz con la mano al no poder soportar el hedor a putrefacción que llenaba la caseta. Pese a ello, hizo un esfuerzo tremendo para recomponerse. Filippetti, al verlo, casi se compadeció de él.

- ¿Primer cadáver? - inquirió, de reojo.

El muchacho quedó hipnotizado con la macabra escena en la que se encontraba. Suspiró profundamente y luego inhaló para acostumbrarse al hedor a muerte que lo rodeaba.

- De hecho, - contestó con voz retraída y triste - es el segundo... El primero fue Boiero.

- Ya veo... soy el teniente Filippetti. - estrechó su mano al joven - Podés decirme Alonso, ¿vos sos?

- Videla... Fabio Videla... trabajo, más que nada, con papelerío en la estación. Filippetti se mostró interesado.

- Ajá... entonces, fuiste una de las últimas personas que interactuó con Ratner. Videla pareció sorprendido.

- ¿Cómo lo supo?

- Bueno, asumo que habrás sido vos quien recibió la información del periodista. De seguro estás en el turno noche porque, a diferencia del pelmazo de tu jefe, no tenés ojeras ni lagañas. Pero, lo más importante, es que te ofreciste a venir porque la curiosidad te carcomió, ¿no?

Videla no abandonó su asombro y esbozó una ligera sonrisa al escuchar la palabra "pelmazo".

- Decíme, pibe. ¿Creés que el comisario tiene razón? Sobre Ratner.

- Bueno... - dijo, dubitativo - No tenía la pinta de ser un carnicero despiadado, pero no sería el primero en engañar con las apariencias. Mi instinto, sin embargo... me atrevo a decir que no tendría lógica en que él fuese el Cuzco.

- ¡Cuzco! - exclamó Filippetti, largando una fuerte risotada - Sería igual de lógico creer que monstruos mitológicos vienen a comernos.

' No, es una locura... - quedó un instante en silencio, con una mueca socarrona en el rostro. Murmuró: - Aunque la locura parecer ser el pan de cada día en estos últimos tiempos.

- ¿Usted qué cree? - preguntó, con honda curiosidad, Videla.

- ¿Qué creo? - Filippetti señaló el cadáver del desdichado sereno - Creo que se necesita una fuerza sobrenatural para hacer lo que le hicieron a este pobre infeliz. Sí, quizás habría sido más factible con la ayuda de un arma cortante, pero aún para ello se requiere de un ímpetu brutal y me parece que el periodista no disponía de una complexión acorde a ello, ¿verdad?

Videla asintió con la cabeza.

- Ratner, supongo, te entregó parte de la evidencia cuando fue esta noche a la estación. ¿Leíste algo?

- Me temo que no, teniente. Apenas hube recibido aquella información, lo primero que hice fue dar aviso a mi superior.

Al término de la declaración, ambos quedaron en silencio, oyendo cómo la lluvia arreciaba la tierra.

- La verdad nunca me pregunté cómo sería la vida de alguien que vive en un cementerio. Podría pensar que sería una experiencia tranquila, la de convivir con los muertos. Aparentemente, - echó otra mirada, esta vez melancólica, al sereno - no lo es... ¿lo conocías?

- Sí, - contestó Videla - conocí a las tres víctimas de Perro Muerto, teniente. Al menos de vista. Creo que Perro Muerto ha dejado de ser una comuna para evolucionar a pueblo, pero el alma persiste, por lo que es natural que todos,

cuando menos, nos conozcamos de pasada.

Filippetti cerró los ojos en señal de acuerdo.

- Creo que lo que Ratner ha hecho puede esclarecer estos casos, obviando, naturalmente, lo fantástico de su narración.

' He leído este diario personal dos veces. El cabeza dura de tu jefe no me ha servido de inspiración, pero quizás vos sí. Tenés suerte de que yo sea un excelente orador, pibe. ¿Qué te parece si comenzamos la lectura?

Videla, atiborrado de curiosidad, asintió.

- II -

1 de Diciembre de 2017.-

Mi nombre es Diego Ratner y soy un redactor que vino de la ciudad hasta el lejano pueblo de Perro Muerto con el propósito de investigar un asesinato. Tengo 31 años y este es el acontecimiento más importante que me tocó cubrir desde que empecé a trabajar en el diario. A decir verdad... yo solicité ser enviado, con considerable insistencia, para así tener la oportunidad de demostrar mi valía en asuntos tan complejos como éste.

Arribé en la mañana del 30 de noviembre, siendo depositado por un transporte "lechero" que realizaba varias paradas a lo largo de la ruta que conectaba con la capital de La Pampa. Los días calurosos se hacían notar con la imponente humedad que se tejía en el aire silvestre. Hubiera querido resaltar la hospitalidad de la gente del campo, pero la desconfianza se denotaba en sus ojos. Y no era para menos: un hombre de 27 años había sido asesinado en lo que algunos llamarían un "ritual satánico".

De tanto en tanto, este tipo de sucesos se dejaban leer en las secciones policiales de los periódicos y noticiarios; pero, por pedidos eclesiásticos, se trataban de obviar las menciones diabólicas, evitando así, supongo, el pavor en las masas. El homicidio de una persona ciertamente toma una connotación diferente si su carácter incluye rituales oscuros. Pero el caso que vine a investigar trasciende lo que acabo de explicar.

Según la fuente policial que contactó a mi editor, este hecho era muy similar a los llevados a cabo hace, aproximadamente, treinta años por el asesino serial: el Cuzco. Hoy en día no muchos lo recuerdan, pero es inevitable para los habitantes de Perro Muerto no estremecerse con su sola mención. El llamado Cuzco (nombrado así por haber realizado sus fechorías en el poblado en el que ahora me encontraba) fue responsable del espiral de asesinatos que abrumaron a todos, no sólo por la cantidad de muertos que ocasionó, sino por el método que empleó.

Allá por 1984, en una noche de verano, se halló el primer cuerpo mutilado, el cual tenía un corte vertical que iba del ombligo hasta el pescuezo y cruzaba con una línea que era perpendicular a la primera, la cual iba de un pezón a

otro. De esa forma, se veía una especie de cruz cristiana en el pecho de la víctima. Según los forenses, el corte había sido realizado, en profundidad, con un cuchillo cocinero. Sin embargo, lo más espeluznante no era la aparente cruz cristiana "dibujada" en el torso, sino la mutilación que llevaba a cabo a continuación: la lengua de la víctima era extirpada, supuestamente, con el mismo cuchillo mediante la tirantez que era realizada con unas pinzas. La cantidad de muertes ascendió a 15 hasta que un día, de súbito, se detuvieron. Durante semanas no se hallaron pistas, hasta que, finalmente, después de siete meses, lograron acabar con el presunto culpable. Los informes en ese entonces indicaron que la fuerza policial de la provincia le propinó una muerte fulminante mediante una descarga de al menos veinte disparos repartidos en todo su cuerpo. El supuesto asesino era Eugenio Eliseo Giampietro, un campesino solitario de unos 40 años, sin familiares y, aparentemente, sin cómplices.

Con el paso de los años y el ciclo de la restauración de la democracia en el país, el caso se fue difuminando en la memoria de los habitantes. Incluso en Perro Muerto se convirtió en una especie de cuento de terror que los adultos narraban a sus hijos. Pero treinta y tres años después, tras la desaparición de Braian Boiero y sus consecuentes investigaciones, culminaron en el hallazgo de su cuerpo en un viejo granero, con su corpulento cuerpo desnudo y la cruz cristiana dibujada en su pecho; su semblante, de la nariz para abajo, bañada en sangre por la extirpación de su lengua.

Las autoridades locales intentaron ocultar los detalles del asesinato y acudieron a las fuerzas de Santa Rosa; pero era inevitable ocultar un crimen de tal calibre en una comunidad tan pequeña. El pánico invadió al poblado, e incluso ocasionó que muchos se mudaran, momentáneamente, a la capital. Las noticias llegaron como primicia a nuestra ciudad e inmediatamente solicité la asignación del caso a mis manos. Ahora bien, nuestro diario es modesto, por lo que mi jefe estaba dispuesto, de mala gana, a enviar sólo su flamante recurso (quien les escribe) a trabajar en el macabro hecho.

Mi primera tarea consistió en dirigirme a la comisaría y allí indagar a los oficiales directamente involucrados en el caso. Para mi sorpresa, muchos eran demasiado jóvenes, totalmente atónitos al tener que lidiar con un suceso de este calibre. Apenas podía obtener una frase coherente de ellos en relación a lo que habían visto. Incluso tuve que "pagar honorarios" a uno para que me mostrara una foto del cuerpo en la escena del crimen, ya que habían derivado

el cadáver a los forenses de Santa Rosa. Tuve la idea de viajar allí, pero no sin antes limpiar por completo el terreno en el que me encontraba.

A continuación, se me ocurrió entrevistar a algún oficial que hubiera trabajado en 1984; pero, para mi desgracia, la gran mayoría se había jubilado y se habían retirado a comunas tranquilas o a ciudades de otra provincia. Sólo quedaba una persona, jubilada, por supuesto, en Perro Muerto.

El ex comisario, Delfin Hernández, estaba a tan sólo unas cuadras de la estación. Vivía en una sencilla, pero elegante, casucha adornada por abetos y flores. Tras pasar el umbral de la insignificante reja, fui recibido por su mujer. Me presenté como un famoso periodista de la ciudad de Sinergia (después de todo, asumí que no era una asidua lectora de nuestro diario) y le dije que estaba interesado en entrevistar a su marido. Desafortunadamente, el viejo padecía alguna enfermedad mental que apenas le permitía interactuar con las personas. Incluso me hizo pasar a su morada, invitándome unos mates, para que pudiera atestiguar el estado actual del ex comisario. En efecto, el viejo estaba sentado en una silla mecedora, con la mirada perdida en un cuadro torcido que retrataba un atardecer sobre un campo con árboles de pinos.

Me despedí amablemente, dejándole un autógrafo sobre una foto mía (la que solía utilizar en los currículos) diciéndole que algún día eso valdría mucho, e incluso podría venderlo por internet. ¡Caramba! A fin de cuentas, cuando me haga famoso, eso terminará valiendo mucho. De todas formas, esperaba que aquel gesto de cortesía me fuera útil en algún futuro cercano.

Sin tener mucho más que hacer, había decidido prestar una pronta visita al cementerio, en pos de atestiguar la lápida del Cuzco. Los oficiales me habían informado en dónde podía hallar la tumba de Giampietro, ya que, teniendo en cuenta que era un asesino serial, no habrían de poner su nombre en el epitafio que habría de destinarse al cementerio público. Lo último que necesitaba Perro Muerto era un escándalo por profanaciones de sepulcros.

Pero la noche estaba próxima. Una virtud que tenemos los periodistas (que en ocasiones puede tornarse en maldición) es la celeridad en el accionar.

Ejecutamos rápidamente nuestros planes para tener toda la información disponible para el público. Servidores de la verdad. Me gustaba pensar eso. Ahora no tanto. La verdad puede ser... fatal.

Sea como fuere, con los últimos minutos del atardecer, llegué al cementerio y comencé con la búsqueda de la tumba. Para mi sorpresa, el cementerio era

bastante extenso. Aparentemente, allí realizaban también los entierros de los fallecidos de las comunas aledañas. Encontrar la tumba señalada sería complicado, y el arribo inminente de la noche no sería propicio. Podría haberme ido. Podría haber evitado todo lo que habría de desencadenarse. Podrían haber pasado tantas cosas mejores... Pero mi testarudez innata fue mi condena.

Seguí vagando por los pasillos de los panteones, paseando en soledad frente aquellas criptas y mausoleos. Finalmente, con los últimos rayos del sol, hallé lo que buscaba: una fosa con una decadente lápida de piedra, cuyas inscripciones rezaban:

"C."

1944-1984

Que su alma halle la Eternidad.

Algo tan simple. Escueto. Inquietante. Sólo una letra revelaba sutilmente el dueño de ese foso. Un alma que provocó una muerte lenta y dolorosa a más de una docena de personas. Había tenido la estúpida idea de fotografiar aquella lápida, pero decidí no hacerlo. Entonces, ¿cuál fue mi objetivo en visitar el cementerio? En ese momento creí que era porque quería involucrarme. Sentirme parte de la historia. Son tácticas que sirven para avanzar en el caso; pero caí en la cuenta de que aquella situación era siniestra, diabólica. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando la oscuridad me cubrió. Pero esa sensación no se podía comparar con la horripilante conjetura de estar siendo observado por alguien. Fue cuando me percaté de algo que había ignorado esa tarde. Algo que cayó sobre mi mente como el estruendo de una puerta cerrada por el viento de una tormenta. Alguien me estaba siguiendo en el cementerio.

Intenté calmarme, convenciéndome de que podría ser el sereno, quien sólo habría de estar haciendo su guardia. Pero luego recordé lo que el policía me dijo cuando me indicó sobre la tumba: "No vas a tener problemas con el viejo sereno, lo único que hace es pasarse las noches echado, escuchando sus programas de radio mientras se toma un par de mate cocidos."

Una sola pregunta invadió mi mente: ¿Quién podría estar tan interesado en mis pesquisas? La única respuesta lógica me aterrorizó, puesto a que, ¿quién más, sino el mismo asesino, habría de interesarse en la persona que podría

descubrirle?

"No, Dieguito, estás siendo engreído." Me repetí. A fin de cuentas, no había descubierto nada. Simplemente estaba "explorando el terreno". Recuerdo sonreír nerviosamente, mientras aceleraba mis pasos hacia la salida. La noche recién comenzaba, pero parecía tan oscura, absoluta, silenciosa. Y fue en medio de ese silencio que se rompió cuando creí escuchar unos pasos pesados detrás de mí.

Me detuve, paralizado por el temor, intentando atisbar en las sombras, deseando que se tratara del sereno. Pero los sonidos se detuvieron. O quizás nunca se sucedieron. Mi mente me jugaba una mala pasada. ¿Qué me pasó por la cabeza cuando decidí ir al cementerio? Y por nada. Ni siquiera tomé esa bendita fotografía del epitafio.

De repente, el silencio se reanudó, lo que conllevó una ligera calma a mi corazón. Reanudé la caminata. Y fue en ese momento, en que una raquíica sombra enlazó mi cuello y me arrastró a la oscuridad de un mausoleo.

- III -

El terror impidió que pudiera reaccionar de alguna manera. La fuerza que ejercía aquel brazo sobre mi cuello era suficiente para reprimir cualquier intento de huir.

- ¡¿Quién carajo sos?! - inquirió en un susurro austero y frívolo.

- Nadie, no soy nadie. - contesté. Tenía la absurda idea de que podría salvarme si no decía mi nombre. Obviamente estaba equivocado.

La fuerza que me aprisionaba aumentó, pero lo que me aterró, aún más si se puede, fue el frío acero de un filo que sentí en la piel de mi cuello. Muchas cosas pasaron en mi mente, una cascada de imágenes que fluían sin cesar, pero más que nada la terrible idea de que el cómplice del Cuzco finalmente me había capturado, y que yo era la siguiente víctima. Lo que voy a decir trataré de justificarlo con haber tomado una botella de gaseosa de cola como merienda antes de ir al cementerio. Pues, aquel acto del acosador desconocido no sólo provocó que cantara como un loro todas mis verdades, sino también que... me orinara encima.

A fin de cuentas, no tengo de qué avergonzarme. Esos segundos de... sinceridad, provocó que mi agresor aflojara y se alejara de mí.

"¿Qué averiguaste, pibe?" preguntó con voz siniestra. Mi respuesta no pareció complacerlo, pero aún así siguió preguntando. "¿Cómo llegaste a la tumba de Giampietro?" Como si lo hubiera previsto, mi respuesta no le sorprendió.

El interrogatorio era en un rancio mausoleo, cubierto de polvo y telarañas, sumidos en la oscuridad. Preso de un modesto pánico, me fui liberando de a poco, recuperando la compostura cuando la misteriosa sombra comenzó a retirarse.

- ¿Quién es usted? - pregunté. Y en mi cabeza, cuando la luz de la luna iluminó su silueta, ya comenzaba a formarme ideas.

- Nadie. - respondió.

Mientras se alejaba, tomé coraje y le encaré.

- Usted conoció al Cuzco, ¿no? Por eso estaba aquí, custodiando su tumba, esperando que alguien en particular se acerque.

Detuvo su andar. De espaldas a mí, respondió: "No conocí al Cuzco, ni tampoco al hombre que yace en esa fosa."

Su declaración me confundió. ¿Quién era este tipo? El temor comenzaba a diluirse, y ese extraño coraje encendió una llama en mi pecho. Finalmente, había encontrado mi primera pista.

- Puedo ayudarle. - declaré - Usted se mueve en las sombras por alguna razón. Pero no es un asesino, pues yo ya estaría con la lengua perdida a estas alturas. No, no lo es. - me gusta pensar que tengo carisma para las entrevistas y, posiblemente, habría estado más certero si le hubiera visto en pleno día para poder examinar sus expresiones, pero, a fin de cuentas, decidí arriesgarme otra vez: - Usted busca al asesino para hacer justicia a mano propia, ¿no es así? Para vengarse...

Dio media vuelta y finalmente pude ver su rostro. Se trataba de un hombre maduro, con barba recortada y canosa, con pelo largo y ondulado, como la melena plateada y astrosa de un viejo león albino. Sus ojos estaban ocultos por las sombras de la noche, como dos grandes ciénagas negras.

- Como usted, quiero la verdad. - respondió.

Con esas simples palabras mi corazón se estremeció. Había más de lo que mi mente podía comprender, y un rincón furtivo de mi alma me advirtió de los peligros a los que habría de exponerme. Pero no lo escuché. Simplemente asentí, y le seguí, subiéndome a un destartado automóvil, encaminándome a un destino ominoso e incomprensible, algo que, de sobrevivir, habría de tenerme interminables noches en vela.

- IV -

Condujo durante media hora hacia un recóndito lugar en las afueras de Perro Muerto. Llegamos a una humilde casucha que apenas mantenía contacto con la civilización mediante una extensión de cable de un lejano poste de luz. La casita de adobe y techos de chapa irradiaba una sencillez que era contrastada por la negrura de la noche nublada.

El viejo tomó un grupo de ramas que tiró en un horno y encendió con un fósforo. Puso la pava y me invitó unas chipacas que se hallaban en la mesa. Sin embargo, el ofrecimiento que más me alegró fueron los pantalones bombachos y secos que me regaló (a cambio les dejé los míos, aunque hasta este mismo momento dudo que los fuera a usar alguna vez).

Mientras cebó unos mates, le conté todo lo que sabía, hasta incluso le conté de mi trabajo en la ciudad. Caramba, le conté toda mi vida, y el viejo lo único que hizo fue escuchar, inmutable, todo mi parloteo. Finalmente, cuando no tuve más nada qué decir, le pregunté:

- Creo que usted sabe todo de mí... pero yo ni siquiera sé su nombre.

- Isidro Montenegro. - contestó gélidamente. Un momento de silencio prosiguió y en sus ojos vi una especie de brillo nostálgico - Me dicen "Licho" por mi segundo nombre.

- Licho. - murmuré - ¿Qué hacía en el cementerio?

A pesar del poco tiempo que compartimos juntos, cada vez que Licho me miraba a los ojos, no podía evitar sentirme intimidado, como si estuviera prendiendo un encendedor mientras me balanceaba en un tacho de petróleo.

- Quiero encontrar al asesino.

- ¿Conocía a Braian Boiero?

- No, no le conocía. Pero vos, pibe, estuviste certero en tu suposición: No conocí al Cuzco, pero vivía en Perro Muerto en esa época. Yo era... era policía.

Interesante descubrimiento, ¿eh? Supuse, en ese entonces, que habría de acercarme a la verdad. Pero sólo me sumí en una nebulosa aún más profunda. Licho me relató sobre cómo el pueblo vivió bajo el horror del Cuzco. Sobre cómo los vecinos se mudaban y de cómo la policía local y provincial quedaba atónita ante un hombre tan escurridizo. Muchos comenzaron a creer que se

trataba de un demonio que buscaba sesgar la fe católica. Que Satanás caminaba entre ellos. Que el pueblo estaba maldito. Fue así durante varios meses, hasta que la policía finalmente dio con él en un paraje desolado y lo abatió a tiros.

Cuando me narró esta última parte, no pude evitar notar un dejo de escepticismo en él.

- ¿Usted no estuvo entre los policías que lo atraparon? - pregunté.

Meneó la cabeza. Finalmente comprendí por qué había dicho la frase: "No conocí al Cuzco, ni tampoco al hombre que yace en esa fosa." Licho me dijo que los oficiales que habían acabado con el asesino serial eran policías corruptos que habían plantado pruebas sobre el pobre desgraciado que terminaron tirando en la fosa del cementerio. Hizo alusión al cese de los asesinatos de un momento a otro, del retorno de la paz a Perro Muerto y del posterior olvido de los terribles sucesos.

A pesar de todo lo que estaba descubriendo, no podía evitar pensar en todos los cabos sueltos en la historia que acababa de escuchar y que, en ese momento, no pude atar, porque Licho, con severa contemplación, me preguntó cómo un periodista tan pibe como yo podía ayudarlo.

Mi humilde lector habrá de pensar que a este muchacho no le quedaban excusas qué inventar, pero bajo la morada de un hombre que no tenía pensado matarme y con el estómago lleno, es más fácil "cartearse". Con todo lo que me había contado pude deducir que Licho no tenía fácil acceso a la investigación policial actual y, además, como última instancia, podíamos entrevistar al viejo y retirado comisario.

Cuando mencioné esta última idea, se mostró interesado.

"Le voy a preparar el lecho, Dieguito. Mañana va a ser un largo día." Me dijo. En efecto, ese día, el segundo del último mes, habría de ser uno de los más largos de mi vida.

Mentiría si dijera que dormí esa noche. Durante horas no pude evitar imaginar al Cuzco. ¿Habría muerto allá en 1985? ¿Habría sido Giampietro el verdadero culpable? Intentaba armar el endeble rompecabezas, aunando frágiles piezas mediante una apesadumbrada suposición. ¿Estaría relacionada la "desaparición" de los policías de ese entonces? ¿Por qué sólo quedaron un comisario, Delfín Hernández, retirado (y con problemas mentales) y Licho Montenegro, un viejo renegado, en lo más profundo del campo? Mi corazón tembló con la idea de que el verdadero Cuzco siguiera con vida. Pero intentaba calmarme con otras incógnitas: Si siempre estuvo con vida, ¿por qué, repentinamente, detuvo sus matanzas? A eso le agregaba la indefectible lógica de que el asesino, suponiendo que siguiera con vida, tendría 33 años más. La fuerza de la juventud no seguiría con él; ante esta idea, nuevamente, me alarmé ante otra deducción. Y era que, probablemente, tuviese un aprendiz y no un imitador. Si lo que intuía era cierto, eso significaba una nueva oleada de asesinatos con tinte satánico y la consecuente desesperación que habría de desatar.

En medio de la oscuridad de la casucha de Licho, me sentí atrapado en el centro de un delirante huracán. Debía huir. Tenía que irme. No soy ningún héroe. Después de todo, el trabajo le correspondía a la policía, ¿verdad? La responsabilidad era de ellos.

En medio de la negrura del ambiente, me incorporé, sólo para darme cuenta de que alguien más se hallaba levantado. Era Licho.

- Entiendo tu miedo. - sentenció, sentado en una de sus viejas sillas, en medio de la oscuridad - Yo lo tuve, hace treinta años.

' Cuando se cometió el primer asesinato, todos se horrorizaron. Excepto yo. En ese entonces no sentí miedo. No lo sentí porque asumí que se trataba de un hecho aislado. Algo grotesco por parte de alguien grotesco. Quizás un ajuste de cuentas.

' Cuando sucedió el segundo asesinato en tan sólo un par de noches, allí sentí temor. Y entendí... entendí que nos estábamos enfrentando a algo que no íbamos a ser capaces de comprender. Entendí que para poder sobrellevar algo tan maligno, debíamos estar preparados para sentir impotencia, porque

estábamos ante algo que no podíamos considerar humano. Y yo fui humano... Muy humano... Pensé en mi familia. Mi vieja, mi viejo, mi mujer y mi hermano. Quería seguir con vida, para que así me recibieran en sus brazos cada vez que volviera a casa. Por lo que decidí retirarme de las investigaciones; mantenerme a la retaguardia, desoyendo las pesquisas, malogrando los patrullajes nocturnos. No quería cruzarme con ese monstruo. Ninguno de nosotros quería.

' Y así fue. Las víctimas se siguieron acumulando. El éxodo del pueblo comenzó. El silencio se acrecentó. El silencio... el silencio se rompió cuando la octava víctima resultó ser mi hermano. Él estaba cansado de vivir encerrado durante las noches de verano, cansado de la monotonía de la reclusión, cansado de vivir con miedo. Mis viejos creyeron que escapó una noche y que fue por ello que fue atrapado por el Cuzco. Yo... yo no podía pensar, no podía creer, no podía asumir. Desde ese día tomé el mando de la investigación y fui implacable. Perseguí, interrogué y torturé a cualquiera que pareciera sospechoso. No derramé ninguna lágrima por mi hermano. No podía hacerlo. No tenía tiempo. Tenía que encontrar y matar al hijo de puta que lo mató.

' Luego de la víctima quince, se detuvo. Quizás había muerto. Quizás se había satisfecho. Quizás se había ido. No encontramos explicación lógica. Con el paso de las semanas, el caso perdió fuerza y los recursos se achicaron. Me volví belicoso e indisciplinado. En otras palabras, una espina en el culo de mis superiores. Realicé investigaciones por mi propia cuenta durante mis tiempos de descanso. En algún punto, mi mujer me dejó, aunque no sé cuándo, ni cómo. Simplemente se fue a Santa Rosa.

' Pasaron siete meses, y algunos oficiales provinciales dieron con Eugenio Giampietro en un rancho abandonado. Y caso cerrado. El Cuzco, el demonio de Perro Muerto, había sido abatido por los tres oficiales que se convirtieron en héroes de La Pampa. Todo se acabó. Al cabo de unos meses, presenté mi renuncia. Durante años hundí mi hocico en vino y licor. Y la vida se me fue. Mis amigos, mis viejos. Todo se fue.

' Veinte años de una vivencia borrosa y confusa, para reivindicarme de la decadencia en que había caído. Quizás lo hice por cansancio. Aún hoy no lo sé. Viví en relativa paz durante diez años. Hasta la noche en que la sombra del Cuzco reapareció.

' No soy un buen hombre, Dieguito. Soy cruel y desalmado. Si hubiera

sospechado que usted era cómplice del Cuzco, lo habría degollado sin pestañear. Pero me percaté que es buen pibe. Cobarde, pero bueno. Pero como dije... no soy un buen hombre, y no crea que he de dejarle ir tranquilamente. Comenzó un camino que no va a abandonar y le aseguro que habrá de llegar, con mi ayuda, hasta el mismísimo final.

Aparentemente, no tenía escapatoria. Tenía que mantenerme junto a Licho hasta que pudiera completar su venganza. Lo único que deseé en ese momento, fue salir en una sola pieza cuando decidiera abandonar Perro Muerto.

- VI -

2 de Diciembre de 2017.-

Al amanecer del día siguiente, Licho me dio un puñado de billetes arrugados de \$100 para que le comprara "ropa de periodista". Supuse que una camisa, un pantalón de vestir y un par de zapatos habrían de alcanzar. Para cuando terminó de prepararse, la pinta de linyera había sido reemplazada por la de un viejo empresario, con el pelo mojado, peinado hacia atrás y recogido.

Lo primero que hicimos fue dirigirnos a la escena del crimen. Apenas habían postrados dos oficiales, uno de los cuales ya conocía. Presenté a Licho como un importante redactor del diario de Santa Rosa y le permitieron trabajar conmigo en la escena. Al ingresar, nos encontramos con varios periodistas de la competencia e investigadores. Apenas repararon en nuestra presencia, pero al estar zumbando como moscas sobre la sangre seca de Braian Boiero, iba a ser muy complicado encontrar pistas que nos ayudaran en las pesquisas. Pese a esto, Licho, con calma semblante, analizó cada recodo del granero.

En vanos intentos traté de sacar información a mis "colegas", sólo para que me respondieran con insolentes silencios o algún sarcasmo por los pantalones bombachos que estaba usando. Decidí fotografiar la escena con mi celular (mi diario no tenía pensado gastar en una cámara fotográfica para un redactor novato como el que les escribe) y volver a insistir con los médicos forenses de Santa Rosa. Mientras me encontraba hablando con uno de ellos, vi que Licho ya se estaba retirando de la escena, lo que me llevó a seguirle.

- ¿Qué pasó? - inquirí - ¿Descubrió algo que nos va a ayudar?

Caminó con presteza mientras un viento norte se elevaba hacia el cielo. A una distancia lejana, un grupo de nubes grises amenazaba con una tormenta que habría de calmar la terrible humedad que nos rodeaba.

- Vamos a almorzar. - contestó.

Nos dirigimos al hotel en el que me hospedaba y allí pedimos la comida.

- No parece cosa de principiante. - declaró.

Me detuve, expectante a lo que habría de decirme.

- En 1984, - comenzó a relatar - cuando hallamos el primer cuerpo, también en verano, nos encontramos con un... enchastre. El Cuzco había sido muy

descuidado con el pobre diablo que mutiló y la escena era... un espectáculo de sangre. Con el sumar de los cuerpos, se volvió cada vez más... prolijo. Las últimas seis víctimas en situaciones similares a la de nuestro amigo, Braian Boiero. ¿Eso te dice algo?

Recordé mis vaticinios nocturnos, y con un extraño orgullo declaré:

- ¿Un aprendiz? Alguien que está muy conectado con el Cuzco... Pensé en el paso de las décadas. Ciertamente, si el asesino estuviese con vida, sería un anciano (sin ánimos de ofender) y le sería muy difícil tratar con una víctima tan voluptuosa como Boiero. Lo que me lleva a pensar... que quizás se trate de algún "alumno" suyo.

- Probablemente. - coincidió Licho - ¿Averiguaste algo de la gente que estaba también en la escena?

- Le pregunté a los forenses si habían encontrado algún rastro de drogas en el sistema de la víctima. Pero me dijeron que, quizás, tendrían los primeros resultados de toxicología para la semana siguiente.

Un momento de silencio prosiguió.

- Seguimos sin avanzar... - murmuré.

- No, pibe... nos queda el comisario... estoy seguro de que estará feliz de vernos...

En esta ocasión, luego del almuerzo, nos quedamos en el hotel. Pedí una habitación para Licho y quedamos de encontrarnos en el lobby luego de que descansáramos un par de horas; la verdad estaba exhausto a causa de los últimos acontecimientos vividos. Y, a pesar de que pude dormir esas "algunas horas", soñé toda clase de pesadillas.

Con la tarde en el firmamento, me encontré en ese granero. Lo curioso es que ya no había sangre. La puerta frontal estaba abierta y me vi cubierto por la luz del sol. Hacía calor y sentí cómo algunas gotas de sudor corrían sobre mi cuerpo. Repentinamente, noté un fuerte viento norte que azotó la puerta y provocó que se cerrara con violencia. Lo extraño fue que no percibí estruendo alguno. Todo estaba tan silencioso como una cripta. La luminosidad abundaba de tal manera que se filtraba por las cavidades de las paredes y del techo.

Luminosidad que me llevó a encontrarme con el más horrible de los espectáculos: enfrente de mí, de la nada, me hallé con Braian Boiero, desnudo y mutilado, parado y con vida. Intenté moverme. Intenté huir. Pero mis pies parecían estar clavados en la tierra. Boiero tampoco se movía. Lo único que hacía era... sangrar. Sangrar por la herida en forma de cruz de su pecho.

Sangrar a borbotones por su boca abierta. Comenzó a mover su mandíbula, realizando un banal esfuerzo por hablar. Pero todo estaba en silencio. Sus ojos estaban cerrados, y mi pánico aumentó cuando, al abrirlos, los noté completamente blancos. De súbito, la sangre dejó de emanar, y sus heridas parecieron abrirse, dejando ver una oscuridad absoluta. Intenté gritar. Negar a los cuatro vientos que lo que atestiguaba era real. Y en ese instante, del interior de ese cadáver viviente, surgieron decenas de serpientes rojas, cuyos colmillos estaban bañados en sangre. Aquellas sierpes infernales, sin ojos, movieron frenéticamente sus mandíbulas, retorciendo sus cuerpos en una danza demoníaca. En ese momento desperté, empapado completamente en sudor, iluminado por el sol de la tarde que penetraba por la persiana de mi habitación.

- VII -

Al arribar al lobby me encontré con Licho. Mi mente aún estaba perturbada por el sueño (o, mejor dicho, pesadilla) cuando noté que Licho tampoco había dormido apropiadamente. Lo noté, a pesar de su estoico rostro.

- ¿Algún problema? - inquirió.

- No, no. Perdón por quedármele mirando fijo. No tuve una buena siesta. No pegué un ojo.

Curiosamente, me escudriñó con la mirada.

- Somos dos. - contestó - ¿Está listo para ver al comisario?

Por primera vez noté algo de ansias en su voz.

- Ex comisario, querrá decir. Está jubilado, ¿recuerda?

- Para mí sigue siendo comisario. El viejo "Nené", con todos los años encima, sigue siendo mejor policía que el comisario impresentable que está ahora.

No me atreví a contestarle. ¿Acaso Licho no sabía que Hernández sufría de una enfermedad mental? Intenté decirle, pero minimizó mis advertencias con algunos gruñidos. Sólo cuando estuvimos frente a él en su casa se percató.

Mientras yo me hallaba charlando en la habitación contigua con la mujer del ex comisario, pude ver el rostro de Licho, afligido por el asombro de atestiguar el estado deplorable de quien una vez fuera su superior décadas atrás. Intenté ver de reojo aquella particular reunión mientras charlaba con la doña. Parecía ser que el viejo balbuceaba algo que, a mi distancia, era incoherente. Lo notable fue que la aflicción en el semblante de Licho se tornó en una cólera serena. ¿Qué le estaría diciendo? En mi primera visita, lo único que hizo el Hernández fue chorrear baba desde la comisura de sus labios.

Licho se incorporó y se acercó a nosotros. Le preguntó a la doña del ex comisario si éste supo llevar algún diario personal donde realizara anotaciones sobre los casos importantes. Ella afirmó, con notable preocupación, que llevaba sus las investigaciones en una libreta que llevaba todos los días a la comisaría. Cuando Licho solicitó "ojear" esa libreta, la doña se estremeció de punta a punta.

- Oh, Nené no dejaba que nadie revisara su libreta. - dijo.

Ante aquella respuesta, Licho retrucó, con amabilidad y elocuencia, que Hernández podría tener información vital sobre el caso en el que estábamos trabajando. También mintió sobre estar trabajando en conjunto con la policía

de Santa Rosa para apresar al asesino. Y, por último, agregó que ella podría ser la clave para acabar, de una vez por todas, con el terror del Cuzco. Honestamente creí que no habría de convencerla. ¿Una señora pueblerina arriesgándose a una "aventura peligrosa" violando la privacidad de su postrado marido? No lo creo. Y aún así me sorprendió cuando, luego de meditarlo unos segundos, la doña terminó accediendo a la petición de mi compañero.

Cuando retornamos al hotel, lo primero que hice fue tirarme en uno de esos confortables sillones del lobby; pero, con la palma de su mano, Licho me dio un golpe en la cabeza e hizo un ademán para que lo siguiera. Nos dirigimos a su cuarto, cerró la puerta y se cercioró, espionando por la ventana, que no hubiera nadie cerca.

- Lo que voy a decirte, pibe, no tiene que salir de acá.

- ¿Tiene que ver con lo que te dijo Hernández? - pregunté.

En silencio, asintió con su cabeza.

- "Rolando Rubio."

- ¿Eso te dijo? No me digás que ése es... el nombre del asesino...

- Sí y no...

Recuerdo quedarme boquiabierto, expectante a lo que Licho habría de revelar.

- Hace muchos años, alguien de Sinergia vino a dar un curso de ciertos procedimientos que realizaban allá, en la gran ciudad. No sé de qué trató, porque era para oficiales, pero lo que sí recuerdo era un detalle. Cada vez que eran incapaces de resolver un homicidio, utilizaban un nombre genérico para llamar, de alguna forma, al asesino que nunca pudieron atrapar. En nuestro caso, en Perro Muerto, el nombre era Rolando Rubio.

' Y eso fue lo que Nené me dijo, entre saliva y balbuceos, cuando le dije quién era y a quién buscaba. ¿Entendés lo que quiero decir con esto?

Por supuesto que lo sabía. Las viejas sospechas de Licho resultaron certeras: el Cuzco nunca fue atrapado.

Ahora bien, todo esto significaría que la policía asesinó a un hombre inocente, 30 años atrás, con el objetivo de traer tranquilidad al pueblo. Bomba de noticia, ¿no? A pesar de que le prometí a Licho no decir nada (porque, seamos sinceros, algo así habría de impulsar mi carrera), la verdad era que no teníamos pruebas certeras. Sólo disponíamos del testimonio de un viejo con Alzheimer y, sin algo tangible, sería peligroso ponerme a lanzar declaraciones acusatorias a los cuatro vientos.

Cuando desperté de estos pensamientos, no pude evitar pensar en que aún

estábamos lejos de acercarnos a la verdad, por lo que, de inmediato, nos pusimos a leer las anotaciones de la libreta del ex comisario.

- VIII -

Lamentablemente, el viejo Hernández era bastante escueto en sus observaciones. ¿Creen que los médicos tienen letra ininteligible? Ciertamente no trataron con la caligrafía apresurada de un auto-glorificado comisario de comuna. Nunca pude entender cómo es que Licho podía leerlo de forma fluida. De mi parte, mientras mi compañero leía con voz precavida las pesquisas de Hernández, revisé algunos mapas y planos sueltos que "Nené" tenía entre las hojas de la libreta. También se hallaban fotos y recortes de diario, y uno de los recortes coincidía con una foto (original) que allí se encontraba: la de Eugenio Eliseo Giampietro, el "falso Cuzco". Sin embargo, en la fotografía original, la cual se hallaba en poder del retirado Hernández, se encontraba otra persona.

- Licho, - le interrumpí - ¿quién es el pibito que se encuentra al lado de Giampietro en esta foto?

Licho detuvo su lectura y miró, interesado, la fotografía. Luego me miró, con curiosa sorpresa.

- No tengo ni idea... creí que Giampietro no tenía familiares... Quizás acá diga. - comentó, señalando la libreta.

No tardamos mucho en hallar la identidad del muchacho (el cual aparentaba tener unos 14 o 15 años). Al parecer, el mismo Hernández tuvo trato, alguna vez, con el pibe, quien resultó ser el medio hermano de Giampietro. Su nombre era Guillermo Craviotto. En las anotaciones (creo haber mencionado que eran escuetas) sólo se mencionaba que la madre de Giampietro se juntó con un acaudalado empresario de Santa Rosa. Un incendio acabó con la vida de los padres de Craviotto en el '82, lo que provocó que viviera con Giampietro en el campo.

- ¿Creés que este hermano sepa algo? - inquirí.

- Es probable. - respondió pensativo - Puedo averiguarlo...

Sin permiso, tomó mi celular y realizó una llamada. Con un ademán, me indicó que le aguardara en la habitación, mientras salió, con mi móvil, al pasillo del hotel. Al cabo de unos minutos, regresó.

- ¿Y bien? - dije, algo molesto por su osadía - ¿Me fundiste el crédito?

- Dejá de llorar, pibe, y esperá un mensaje con la información que necesitamos.

- ¿Qué hiciste?
- Cobrar favores...

La noche estaba sobre nuestras cabezas cuando el esperado mensaje llegó. Sólo decía: "Llamame". Cuando lo leí, volvió a quitarme el celular y llamó, esta vez, en la misma habitación. Entretanto, tomó una birome y la libreta de Hernández. Cuando oyó la voz del otro lado, preguntó:

- ¿Qué conseguiste? - y al cabo de unos segundos, comenzó a escribir al pie de una página.

Al finalizar la llamada, Licho sentenció: "Vamos a descubrir la verdad."

Mi curiosidad se reavivó al querer saber con quién hablaba, pero ahora lo más importante era lo que iba a decir a continuación:

- Guillermo Craviotto se cambió el nombre a Guillermo Cravero en el 2013. Renunció a su trabajo ese mismo año y se separó de su mujer. Desapareció. Vivía en Venado Tuerto.

Comenzaron a surgir decenas de preguntas en mi mente, pero Licho posó su mano derecha sobre mi hombro y dijo:

- Te toca a vos, pibe. Tenemos los números móviles de Craviotto y de su ex-mujer. Tengo entendido que algunos diarios pueden ubicar a las personas mediante contactos pagos en las empresas telefónicas.

Tenía razón. Pero yo era un novato y el trabajo habría de costarme un buen dineral (sin mencionar que lo que estábamos por hacer era ilegal). Le mencioné el posible inconveniente con el dinero, pero me dijo que eso no iba a ser problema. No tan convencido, terminé accediendo.

- IX -

3 de Diciembre de 2017.-

Craviotto no sólo cambió su apellido. Como era de esperarse, también cambió el número móvil. Así que, cuando obtuve esta información, se me ocurrió actuar por mi cuenta y desembolsar gran parte de mis ahorros para solicitar al agente de la telefónica que me enviara el registro de actividades móviles de la ex-esposa de Craviotto.

Como supuse, había una considerable interacción con un número prepago, cuya característica pertenecía a Bahía Blanca... y dicho número tenía sus últimas conexiones a una antena de... "redoble de tambores"... ¡Perro Muerto! El principal sospechoso se encontraba entre nosotros. Y debió ser cuando realizábamos este descubrimiento, que se sucedió el segundo asesinato, a sólo unas cuerdas del hotel.

Había dejado un contacto pago en la policía para que nos avisara ante cualquier eventualidad. Nos apresuramos en partir y en cuestión de minutos ya arribábamos a un oscuro descampado que se hallaba en las afueras de una estancia abandonada. El aire parecía denso y el olor a sangre y putrefacción rondaba el lugar como la bruma en un lago pantanoso.

La víctima era Daniel Depetris, un bombero fornido de un metro setenta. El médico estimó que, si bien murió en aquella escena, había sido arrastrado en contra de su voluntad y con gran fuerza, al aire libre. Finalmente, en la oscuridad de la noche y sobre la gramilla muerta, el asesino arrancó su lengua. ¿Creen que esa es la parte espeluznante? Lamentablemente no. El forense nos indicó que la extirpación no se realizó con un elemento afilado, sino que se llevó a cabo con dientes, ejerciendo una fuerza bruta que excedía lo humano. Además, no había ninguna cruz tallada en el tórax.

Cruzamos miradas con Licho y llegamos a la misma conclusión que todos los que estaban presentes en aquel mortuorio escenario: el asesino serial cambió su modus operandi o, Dios nos libre, se trató de la obra de un nuevo ejecutor, quizás uno no humano. Pero, ¿qué clase de bestias rondaban en la Pampa? Era difícil creer que un puma o un coyote rabioso fueran los responsables de aquel asesinato. No, no era posible. Lo más probable es que el desquiciado

empleara algún arma nueva que (y mi imaginación vuela lo más alto posible) estuviera constituida por dientes humanos. Me estremezco de tan sólo pensarlo...

A diferencia de todos los casos efectuados en los '80, había un testigo que oyó los gritos desesperados del bombero. La mujer, trémula al recordar la horripilante situación, denotó la particular forma de hablar de Depetris, quien pronunciaba la letra "s" como una "z". La frase que oyó, la cual resultó ser la final, fue: "¡No, no me matez! ¡No me matez!" seguido de un espeluznante alarido que se extinguió en el silencio de la noche.

Tengo la particularidad de no poder mantenerme callado cuando estoy nervioso, por lo que parloteaba como una cotorra cuando manejábamos de regreso al hotel. De hecho, ahora que lo pienso, parloteé durante casi todo el tiempo mientras estuve con Licho. El hombre tenía un temple de acero.

- El cadáver es diferente al de Boiero. Le falta la cruz. ¿Habrá descartado hacérsela luego de que supuso que alguien los escuchaba? ¿Por qué lo arrastró hacia un descampado? Eso también fue diferente. El Cuzco siempre asesinó "bajo techo". ¿Estaremos tratando con alguien diferente?

En medio de mis propias incógnitas, una repulsión anegó mis pulmones: la expresión de terror en el bombero.

- El terror en Depetris... Creo que nunca voy a olvidar la expresión que tenía en su rostro.

' Tiene que haber sido alguien diferente, Licho. La idea de que exista más de un asesino... no logro entender. ¿Estamos ante una secta de psicópatas? Ni siquiera el testimonio del primer testigo en treinta años nos sirve de pista...

' Y aún queda el misterio del hermano de Giampietro. ¿Qué hará en Perro Muerto?

De todo lo que dije, esto último hizo reaccionar a Licho, quien, con mirada perdida en el cristal de la ventana del hotel, volteó a mirarme.

- Craviotto. - murmuró.

- El mismo. - contesté, mientras adiviné que iba a pedirme otra cosa.

- X -

Antes de comenzar las pesquisas sobre el paradero de Craviotto, debíamos tener una idea de cómo era su aspecto actual. Gracias a los perfiles públicos de las redes sociales de su ex-esposa (porque, como era de esperarse, él no tenía cuenta alguna) pudimos encontrarnos con un gringo cuarentón de mirada triste y profunda. Imprimimos una foto en donde se discernía con claridad su rostro.

Licho repartió las zonas que habríamos de investigar. Teniendo en cuenta el terreno a cubrir (creo haber mencionado que Perro Muerto es una comuna, tirando a pueblo), para la noche ya teníamos una pista clara: una persona de características físicas similares a Craviotto, se acercó a un viejo alfarero que vivía en las afueras. El foráneo se presentó como un topógrafo de Santa Fe que necesitaba establecer un perímetro en el terreno circundante para poder realizar un trabajo para una multinacional. Lo que llevó a preguntarle sobre campos y estancias que hubieran sido abandonadas.

Como podrán adivinar, teníamos la primera pista clara sobre el paradero de Craviotto.

Nos dirigimos al campo que supo pertenecer a la familia Medina. Eran pocas las hectáreas lindantes y el lugar se hallaba muy descuidado. Había sido abandonado en los '80 cuando comenzaron los asesinatos del Cuzco. Los Medina nunca volvieron y su casa y terreno jamás fueron reclamados.

No teníamos la certeza de que Craviotto se encontrara allí, y mi recomendación de aguardar a la luz diurna fue rechazada rotundamente por un Licho que aseguraba que el sospechoso habría de desaparecer si le dábamos un mínimo lapso de ventaja. También agregó que no me necesitaba y que podría abandonarme en el camino si seguía "jodiendo" con mis "recomendaciones".

Tenía que intentarlo, ¿verdad? Licho era una mula porfiada y sabía que habría de seguir con su cruzada personal hasta el mismísimo Infierno. Así que decidí quedarme y llegar a esa inesperada conclusión.

El motor de la camioneta era el único sonido en el lóbrego ambiente. Las luces de los reflectores parecían ser absorbidas por la pesada oscuridad de una noche que, inesperadamente, se había vuelto fría y desolada. Tuve la horrible

sensación de que el tiempo se había parado y de que el camino de tierra y barro que recorriamos se extendía como una descomunal serpiente que reptaba delante de nosotros. Al cabo de unos minutos, finalmente, avistamos un vehículo blanco, cubierto de polvo, a un costado de una rústica casa. Apenas nos percatamos de esto, Licho apagó las luces y el motor del auto, sumiéndonos al silencio fantasmal de una noche enigmática.

Deseé tanto desistir de la investigación, que casi di media vuelta para retornar por ese horrendo camino. Pero lo cierto es que allí me encontraba: en un campo abandonado en donde podría hallar al asesino serial que tanto buscábamos.

- ¿Te quedás? - inquirió Licho, mientras pude percatarme, para mi horror, que sacaba del interior de su saco un revólver.

Quedé unos segundos en silencio. Intenté meterme en los pensamientos del viejo. Pero, ¿cómo podría hacerlo? El tipo había visto cosas de las que yo sólo he leído en diarios o libros policiales. Habíamos llegado lejos, ¿no? Me dije a mí mismo que iba a llegar hasta el final.

- Voy con vos. - declaré - Pero si algo sale mal, Licho, llamo a la policía...

Al terminar de decir esto, creí escuchar una árida carcajada.

- Como quieras, pibe.

Más tarde comprendí. Mi celular estaba sin batería y, por ende, nos encontrábamos incomunicados. Si hubiera visto mi maldito celular, quizás no habría entrado... Pero lo cierto es que, lentamente, nos acercamos a aquella casucha, hundida, tanto como nosotros, en una tétrica y honda oscuridad. Sentí que me hallaba en un inmenso erial de silencio, en el que sólo podía oír mi respiración y los latidos de mi corazón: la tranquilidad era tal que ni el viento, ni los bichos nocturnos se percibían. Por primera vez en mi vida, pude experimentar una sensación de soledad ante un mal abisal e ignoto.

Licho, con una calma casi sobrenatural, sacó una pequeña linterna del bolsillo interior del saco y, posicionándola en la parte superior de su arma como una especie de complemento, pateó con fiereza la vieja puerta de madera, la cual, prácticamente, voló en pedazos.

- ¡Quieto! - rugió, como una bestia hambrienta.

Al tiempo en que la luz entró por el umbral, también por éste salió un hedor nauseabundo y casi pútrido, el cual anegó nuestros pulmones.

Hubiera vomitado si hubiera tenido algo de comida en mi estómago, pero sólo me limité a toser con violencia para sacar ese horrendo olor de mi pecho.

Licho, resistiendo aquella etérea inmundicia, dio un par de pasos hacia adelante y se detuvo.

La curiosidad fue la fuerza que impulsó a mis pies para que le siguiera, sólo para presenciar, con horror indescriptible, el cadáver de Guillermo Craviotto.

- XI -

Se suponía que sería el fin del misterio. Se suponía que todo debía terminar en esa solitaria casa. Se suponía... pero no...

Aquella decepción fue un extraño contraste que ambos compartimos con la sangrienta sorpresa de encontrar al principal sospechoso asesinado de una manera casi idéntica a la que sufrió el bombero Depetris.

Licho, precavido, exploró con su linterna la casa, mientras yo aún estaba petrificado por nuestro hallazgo. Dio unos decididos pasos y sacó un encendedor a kerosene de uno de sus bolsillos, el cual utilizó para encender algunas velas y candelabros alrededor de la habitación. Al cabo de unos segundos, ésta quedó iluminada.

Ante la luz del fuego, hubo algo que nos dejó más impactados que el cadáver destrozado de Craviotto: Símbolos arcanos pintados sobre el suelo, velas negras y dibujos extraños sobre enormes papiros. Estábamos parados sobre un escenario en el que se había practicado alguna especie de ritual secreto.

- Licho... ¿qué... qué es todo esto?

El viejo quedó tan anonadado como yo, lo cual no era buena señal.

- Yo... mejor veamos qué podemos descubrir de acá, pibe. - sentenció al cabo de unos segundos.

Lejana la idea de examinar el cadáver de Craviotto, pues dejé ese trabajo a Licho, me dirigí hacia la pila de papeles que se hallaba en una vieja mesa de algarrobo. Me encontré con libros antiguos y cuadernos personales. Los mencionados libros estaban, algunos en inglés, otros en alemán; ambos idiomas me son desconocidos. Los cuadernos, en cambio, parecían ser las anotaciones íntimas de Craviotto.

El primero que tomé parecía estar lleno de indicaciones, anotadas por Craviotto (o al menos eso supuse). A medida que iba leyendo, caí en la cuenta de que mi suposición no era errónea: Craviotto estaba llevando a cabo un ritual.

Si bien creí que se trataba de una ceremonia satánica, ninguno de los símbolos coincidía remotamente con algo que conociera. Algunas runas estaban también representadas en el cuaderno, con una pequeña aclaración al pie de la página que decía "Portal". Las siguientes páginas estaban escritas en un idioma

extraño para mí, y el sólo hecho de intentar leerlo con la vista me produjo un profundo malestar interior. Cerré el cuaderno con violencia y lo dejé de nuevo en la mesa. Fijé la mirada en Licho, quien tampoco estaba teniendo éxito en sus pesquisas.

Quería irme. Quería irme de ahí. Me sentí extenuado y con ardientes deseo de dejar ese pueblo maldito.

- ¿Encontraste algo útil en ese papelerío? - interrogó, rompiendo el silencio, Licho.

- No, no. - dije, mientras meneé la cabeza. Cuando volví la mirada hacia el escritorio, me percaté que al pie, en el piso, se hallaba tirada una especie de bitácora negra. La misma parecía haber sufrido, colateralmente, el daño de la muerte violenta que azotó a Craviotto. Pese a todo, el interior de sus hojas parecía estar intacto.

Las primeras líneas llamaron poderosamente mi atención. Y toda mi intuición indicó lo siguiente: tenía en mis manos una de las pistas principales de los asesinatos del Cuzco.

- Licho... este es el diario de Craviotto.

Con la total atención de mi compañero, procedí a leerlo.

- XII -

30 de Noviembre de 2017.-

Mi nombre es Guillermo Craviotto. Quizás ese nombre les sea desconocido porque hace muchos años cambié mi apellido a Cravero, pero no soy estúpido. Sé que con los crímenes que he de cometer, el nombre Craviotto saldrá de nuevo a la luz. Por lo que, señores de la autoridad, mis posibles verdugos, si han de estar leyendo esto, probablemente ya me habrán atrapado o habrán acabado con mi vida. En caso de lo segundo, pierdan el cuidado: sé que es factible el hecho de que harán desaparecer las pruebas, por lo que he de aclararles que tengo un plan de contingencia para que el mundo conozca mi historia. Mi caída. Mi victoria.

Intentaré ser conciso en mi origen. Mis padres murieron en 1982 en un accidente automovilístico. Yo sobreviví. Poco puede un hecho así importar cuando la nación atraviesa una guerra perdida. Pero yo sobreviví. Vi a mis

padres consumirse en llamas, en medio de gritos sordos que el viento otoñal se llevó. Pero yo sobreviví.

Mi padre era un hombre inteligente. Un empresario. Fue una sorpresa para mí enterarme que tenía un hijo bastardo, resultado de una de sus aventuras de juventud. Giampietro era mi hermanastro mayor y, créanme, para él también fue una sorpresa, aunque no como lo esperaría. Él se crió con su madre en un campo pampeano, llevando la vida de un arriero. Su madre biológica había muerto en los '70. No sé muchos más detalles al respecto.

¿Cómo describir a mi hermano? Él se alegró de conocerme. Todo lo que sé sobre llevar adelante una hacienda fue gracias a él. Yo tenía bastante dinero, gracias a un abogado amigo de mi padre, quien hizo algunos arreglos para que cobrara por adelantado una pequeña parte de mi herencia. Decidí compartirlo a medias con Giampietro, quien, como lo sospechaba, no se encontraba en el testamento de mi padre. Pero Giampietro no comprendía el concepto del dinero, por lo que, realmente, no le importaba.

Mi hermano no era alguien, digamos, inteligente. Con más de 30 años no sabía leer ni escribir y apenas se podía manejar con operaciones aritméticas básicas. Pero su corazón... su corazón era enorme. Él era amable con los animales del campo y ellos, en cambio, le devolvían su amor. Por las noches tomábamos mate y esperaba que yo le relatara alguna de las historias que aprendí de los libros de mitología griega que siempre me acompañaban. Él me enseñó el oficio de arriero y también a respetar a los animales y a la naturaleza. Debido a su condición y a su problema de la interacción con la "gente común", no tenía amigos. Ahora que lo pienso, yo tampoco los tenía. Él era mi amigo. Yo era su amigo. Él era mi hermano, la única familia que me quedaba.

Durante tres años viví con él, tiempo en el que me convencí de que podría llegar a vivir en paz. Lo convencí para que aprendiese a leer y a escribir, y donde otros habían fracasado, quizás por falta de paciencia, quizás por falta de tacto, yo estaba teniendo éxito.

Luego del primer año, el gobierno me ofreció vivir con una familia de Santa Rosa que estaba dispuesta a adoptarme. En mi mente debatí convencerlos para que mi hermano fuera conmigo, pero sabía que no habrían de acceder. Tuve que pagar con una gran parte de mi herencia a mi abogado para que "convenciera" a los Asistentes Sociales de que mi hermano estaba en óptimas condiciones para ser mi tutor.

No me importaba vivir con pocos recursos monetarios, puesto a que cuando fuera capaz de estudiar alguna carrera, la elegida sería Ingeniería Agrícola. En una provincia pampeana, ello sería ventajoso y el dinero no sería un problema. Estaba totalmente convencido de mis capacidades y habría de estudiar a distancia, ya que no quería dejar mi hogar. En el proceso, habría de seguir con las clases de mi hermano y, quizás, en un par de años, lograríamos obtener el título de primaria y, con esperanza, un título de secundaria. Hasta había imaginado que podríamos vivir en alguna ciudad o en otra provincia. Las posibilidades eran variadas y cuando planeaba esto con él, nos emocionábamos.

Sin embargo, todo se acabó en 1985. En Perro Muerto habían comenzado una serie de asesinatos a finales del año anterior y el nombre del Cuzco le quitaba el sueño a más de uno. Por sobretodo, aquella comuna estaba cerca de nuestra hacienda. Recuerdo haber sido interrogado por el comisario Hernández. Parecía un oficial bastante competente y preocupado por nuestro bienestar. Decidí ocultar aquellos sucesos a Giampietro, poniendo excusas para que nuestro trabajo no nos llevara a Perro Muerto hasta que la policía atrapara al asesino.

Pero el tiempo pasó y los cadáveres aumentaron... Temí por nuestras vidas, así que resolví adelantar los planes de mudanza. Lamentablemente... lamentablemente no fui lo suficientemente rápido.

El 8 de Julio tuve que realizar unos mandados en una comuna cercana, buscando materiales para las chacras e intentando conseguir libros de mitología, tareas que me conllevaría toda la mañana. Cuando regresé a casa, entrada la tarde, a varios metros avisté los móviles policiales. Y... es curioso... pero algunos detalles escapan de mi memoria... Los oficiales intentaron tranquilizarme... no sabía aún de qué... hasta que vi que habían acribillado a tiros a mi hermano. Recuerdo el silencio. El silencio. La soledad. La negrura. La oscuridad en mis ojos se disipaba para ver a uno de los oficiales, cuyos labios se movían. Algunas palabras puedo recordar. Decían que debía acompañarlos a declarar, porque, según ellos, mi hermano era el asesino despiadado que durante tantos meses buscaron. "Declarar". "Cómplice". Muchas veces repitieron aquellas palabras. Es curioso que no pueda recordar con mayor precisión aquella charla. Pero sí recuerdo algo que, incluso el día de hoy, después de décadas, eriza la piel de mis brazos. El miedo. Miedo en esos policías.

En ese momento, me percaté de que ellos sabían que habían matado a un inocente. Necesitaban un chivo expiatorio, ¿no? Mi hermano era perfecto. Alguien que no sería capaz de poder defenderse cuando le acusaran de esos cargos. Pero algo había salido mal... y lo mataron.

Recuerdo tomar una yegua y huir hacia lo más profundo del monte. Durante un tiempo me buscaron, pero al cabo de unos años, desistieron. Olvidé lo que pasó. Lo enterré en lo más profundo de mi ser. Formé una familia. Fui... feliz: La vida de un cobarde.

Fue hace algunos años, como un acto de la Providencia, que conocí... el otro lado. Hasta este punto, muy probablemente el lector no comprenda a qué me refiero; bastará con decir que encontré la respuesta en una historia. Los símbolos, las runas de esos viejos tomos... Cuando investigué aquellos relatos, resultaron ser una ficción fantástica que narraba sobre otro mundo. Y, sin embargo, por alguna razón ignota, me obsesioné. Quizás el hecho de que el autor original de este planeta ficticio fuera anónimo. Quizás por la amplia descripción de su globo o por el idioma foráneo en que se encontraba. Nunca en mi vida tuve sueños tan vívidos como aquellos: criaturas aberrantes, salidas de un infierno, atravesando un portal invisible al ojo humano. Venían a conquistarnos. Venían a devorarnos. Venían a alimentarse de nuestra esencia divina. Me despertaba gritando en medio de la noche, bañado en sudor frío. Y luego reía, como un desquiciado, porque todo era a raíz de un cuento de terror escrito por algún demente.

Ignoré aquellas historias y seguí con mi vida rutinaria. Y entonces sucedió: un extraño caso en Alemania. Se trató de la captura de un asesino que había ofrecido a su víctima en un ritual satánico. Al menos eso decía el artículo pobremente traducido a nuestro idioma. Las fotografías indicaban algo totalmente diferente.

El alemán había pintado, alrededor del altar sangriento (y sobre el cadáver de la víctima) runas que me eran conocidas. Perteneían al mundo que antes les hube, tan precariamente, descrito. Busqué la noticia en las fuentes originales, en idioma alemán, inglés; mas ninguno mencionaba el origen de aquellos terribles símbolos. No lo comprendí, pues estas obras anónimas están al alcance de todo el mundo. Hay películas, videojuegos, fan fictions que están inspirados en ellas. Sin embargo, nadie parecía mencionar nada al respecto. Aquella incógnita no hizo más que germinar en mi conciencia, como un virus que afecta a las neuronas y se expande a todo el cuerpo. El poco tiempo libre

que tenía lo dedicaba a buscar casos similares, logrando toparme con varios sucesos en países escandinavos. Estudiaba, también, aquellas runas y sus diferentes significados.

Llegué a la conclusión de que aquellos rituales eran en nombre de Hagga-muth, una criatura divina de gran poder, capaz de alcanzar con su aura los confines del Universo conocido, extendiendo su fulgurosa mano a través de los albores del tiempo y del espacio, escapando a los grilletes de la Muerte, quien, se dice, es su aliada.

Cada vez que pienso en ese nombre, siento como si su influencia etérea tomara la forma de la gran bestia demoníaca Urgof, el campeón genocida de Hagga-muth, cuya forma es similar a la de un gorila, pero de tamaño ciclópeo, y con el hambre insaciable del wendigo de la mitología algonquina.

Todos los asesinos que fueron capturados cometieron suicidio al cabo de unos días. Todos. Sin excepción.

Esto no hizo más que alimentar mi obsesión por desentrañar el misterio de por qué estos hombres hicieron lo que hicieron. Indagué lo más que pude y logré dilucidar algunos manuales codificados en runas arcanas. Un sacrificio y un ritual correctamente realizado a Hagga-muth, en teoría, permitiría, al emisor, obtener un poder increíble: la transformación en uno de los seres infernales del Dios del Fuego. Muchas de estas criaturas se asemejan a leyendas y mitos de nuestro mundo, extraídas de varios folklores y cantos antiguos. El precio sería perder, para siempre, la forma humana, además de pasar a ser un esclavo eterno, en cuerpo y alma, de Hagga-muth.

Luego de reflexionarlo durante días, me decidí a tomar ese camino, sólo que mi vehículo sería diferente. No me seducía la idea de transformar mi cuerpo y esclavizar mi alma a una deidad maligna, sino, más bien, brindar mis servicios a otro dios. Anghaxx, el señor de la Muerte Viviente, poseía rituales similares, pero con un objetivo heterogéneo: traer a nuestro mundo una criatura inmortal que habría de cumplir con mis designios. La criatura llamada Skelmord fue mi elección. En vano es describirla aquí, pues, el mundo que anhelo destruir, será testigo de su impiedad.

Durante días seguí a mi víctima, Brian Boiero, un idiota local. Necesitaba acabar con alguien solitario y así sembrar la confusión a través del modus operandi del Cuzco. Tajé en su cuerpo una cruz cristiana y corté metódicamente su lengua, un ingrediente vital para abrir el portal y traer a mi vengador.

Todas las personas que fueron cómplices del asesinato de mi hermano habrán de pagar, no sólo con sus vidas, sino con sus almas, condenados a servir, eternamente, al cuerpo inmortal de un asesino impenitente.
El ritual comienza ahora...

- XIII -

3 de Diciembre de 2017.-

Sentí un escalofrío agudo en mi columna vertebral al terminar de leer los últimos párrafos. Asumí que Licho debió de sentir lo mismo debido al silencio sepulcral que precedió. Inmediatamente, comencé a revolver los libros y cuadernos.

- ¿Qué buscás? - inquirió Licho.

Finalmente, mientras pasé varias páginas de un tomo en inglés, lo encontré. Nunca antes sentí tanto temor al ver una ilustración: la efigie maldita que amenazaba con salir de la página, una criatura esquelética cuya cavidad ocular reflejaba una oscuridad horrenda y maligna.

¿Las pesadillas se convierten en realidad? Era la criatura de mis sueños, aquella que surgía del cadáver de Boiero. De su tórax, zigzagueantes, decenas de serpientes sin ojos y con dientes como agujas. Debajo del dibujo, el cual había sido retratado de forma exquisita, figuraba el nombre "Skelmord".

Con la mandíbula trémula, mostré el dibujo a Licho. Sus pupilas se dilataron al verlo, al tiempo en que su piel palideció a la luz de las velas. Nuestras miradas se encontraron.

- Licho... también soñaste con esto.

Con un temor inefable, el viejo asintió lentamente. En ese momento, un gélido ventarrón azotó las resquebrajadas ventanas de la casucha. El estremecimiento de ambos dio lugar a una extraña curiosidad.

- Decime que sabés inglés, pibe...

- Algo sé... de igual manera, podríamos llevarlo para que algún profesor lo traduzca. Pero veo que estás algo impaciente, así que veo que te puedo decir...

- procedí a leerlo con detenimiento.

' Aparentemente, esto es una especie de manual de criaturas... monstruos de un plano diferente al nuestro. Según lo indica, este Skelmord pertenece al Plano de la Muerte. La descripción de la misma dice que se trata de un muerto viviente... ¿Has visto películas de zombies? Pues, creo que se trata de algo así... pero esto es diferente... El Skelmord posee una inteligencia notable a la hora de... a la hora de cazar... ¿Cazar? No entiendo mucho lo siguiente, pero

creo que hace referencia a que mata por placer, extrayendo la lengua de su víctima con su... mandíbula. Se alimenta de ella. Luego... habla de una transformación o incorporación (quizá ambas) del alimento hacia una... no puedo entender la palabra debido a la sangre en las páginas, pero creo que hace referencia a las serpientes que salen de la caja torácica del Skelmord. Licho comenzó a menear la cabeza como un desquiciado, incrédulo de lo que oía.

- Entiendo cada vez menos, pibe. ¿Qué está pasando, eh? El cadáver de Craviotto, estos símbolos, el sueño que compartimos... Siento que está todo relacionado y esa mierda que estás leyendo implica todo un mundo de fantasía sin sentido. ¿Qué está pasando, Diego?

El terror en mi interior sólo incrementó al oír las palabras nerviosas del viejo. Antes de cerrar el libro leí algo que me llamó la atención. Sobre las criaturas que salían del pecho del tal Skelmord. Aparentemente, las lenguas que consume la criatura, terminan convirtiéndose en sus vástagos. La narración termina en una especie de salmo, el cual no fui capaz de traducir.

- ¿Y ahora qué? - pregunté, luego de quedar meditabundo ante la terrorífica lectura del arcano manual.

El cariz habitual de Licho reapareció, lo que provocó un descenso en mi ansiedad.

- Agarremos algunos libros, incluyendo la confesión de Craviotto. Ya es hora de ir a la estación.

Nunca creí que una frase tan simple fuera un alivio tan anhelado.

Ambos dimos un último vistazo al cadáver del desdichado; tuve la intención de cubrir el cuerpo con una vieja cortina, pero desistí, ya que no quería contaminar aún más la escena en la que habrían de trabajar los forenses.

Estaba casi convencido de que ese tipo, si es que fuera Craviotto, había sido víctima de algún rencor profundo. Un crimen terrenal. Un crimen humano.

Estaba casi convencido de ello. Casi.

Antes de atravesar el umbral, me percaté de que Licho levantó su guardia y apuntó con el arma hacia el frente. En ese momento, caí en la cuenta de que el viejo presentía que estábamos en peligro mortal por lo que acabábamos de descubrir, un hecho que ciertamente puso a mis nervios de punta. El ambiente exterior seguía tan luctuoso como cuando habíamos llegado: silencio envolvente y oscuridad absoluta. Lentamente, arribamos al vehículo. Licho encendió el motor, no sin dejar de estar alerta ante cualquier eventualidad.

A medida que nos alejábamos de aquel lugar maldito, nuestra calma retornó. Al instante, una sensación de pesadumbre nos invadió, pero lo más perturbador era el recuerdo reciente del silencio ciñendo el cadáver de Craviotto.

- No puede ser... - dije - no puede ser... estamos lejos de la verdad. Cada vez que descubrimos algo, diez interrogantes más aparecen... pero esto...

' Nada de esto tiene sentido. ¿Quién mató a Craviotto? El cadáver comparte muchas similitudes con Depetris, pero no así con Boiero. Además, está el asunto de los libros y las runas... y el sueño... oh, el sueño, Licho... ¿soñaste lo mismo que yo? Por eso es que tenías esa expresión esta tarde...

Ante mi palpitante verborragia, Licho pareció estar sumido en un profundo pensamiento. Sus ojos se mantenían fijos en el camino, prácticamente sin parpadear.

- El cadáver de Boiero, - comenzó a relatar - de pie, como si estuviera con vida, su piel derriéndose para dar lugar a un esqueleto bañado en su sangre... de su tórax, decenas de víboras sin ojos. Toda esta escena envuelta en un-

- Silencio absoluto. - completé.

Quedé horrorizado ante la narración del viejo; pero sé que él lo entendió en el momento en que vi a esa criatura retratada en los libros de Craviotto.

- ¿Creés... creés que es posible lo que él quería hacer? Me refiero a... invocar a un asesino de otro plano... la criatura que vimos en esos viejos tomos.

Por primera vez, desde que subimos al vehículo, Licho me miró a los ojos. Podría jurar que durante los primeros dos segundos, denoté un terror inconmensurable en su mirada; pero luego, su faz indicó una extraña arrogancia.

- ¿En serio me preguntás? He visto muchas cosas, pero me estás preguntando sobre algo imposible, Dieguito. Poné los pies en la tierra y no te pongas a pensar en sonseras.

Aquellas palabras transformaron mis ansias en un ligero enojo.

- ¿Y qué me decís del sueño? ¿Cómo explicás que hayamos visto a Boiero transformándose en esa criatura?

- Casualidad: ambos vimos el cadáver del pobre infeliz, víctima del Cuzco o quien carajo haya sido en realidad.

- Pero, ¿cómo explicás al Skelmord?

- ¿Al qué?

- ¡A la criatura!

Quedó un instante en silencio, su faz transformándose en piedra.

- No lo sé... - contestó débilmente. Luego, con desdén, elevó el tono de voz - Mejor fijate en esos libros a ver si encontrás algo útil y dejá de molestarme con películas de terror.

Recuerdo haber refunfuñado ante su desprecio. Ciertamente, era preferible seguir investigando las bitácoras y anotaciones de Craviotto a seguir discutiendo con una vieja mula.

Mientras releía el diario de Craviotto, mi mente vagaba sobre algo en particular. Algo que me molestaba: el hedor a putrefacción en la casucha. Un hedor que había sentido antes.

El vehículo avanzaba por el oscuro camino de tierra, topándonos, de tanto en tanto, con baches que zamarreaban nuestros asientos y rompían con el sonido monótono del motor.

- ¿No te parece raro? - pregunté.

- ¿El qué?

- El hedor en la casucha...

- ¿A qué te referís? El cadáver de Craviotto estaba despedazado... es natural que expele olores desagradables.

- Pero, ¿cuánto tiempo creés que llevaba muerto? Ese hedor se pudo percibir en el cadáver de Depetris, pero no así en el granero en donde se halló el cadáver de Boiero.

Licho quedó pensativo ante mi declaración, y su cara reveló algo que pude adivinar y que decidí exponer a continuación:

- ¿Sabés en qué lugar se percibe un hedor así? En un cementerio, cuando el calor del sol de verano es excesivo y se percibe esa misma pestilencia en el aire.

La mirada de Licho indicó que comprendía mi punto.

- Te felicito, pibe. Pero, ¿eso de qué nos sirve?

- Al pensar en estas anotaciones, en este diario personal, me ha llamado la atención lo siguiente: "uno de los ingredientes vitales de convocación".

' Esto hace referencia a la lengua que Craviotto extrajo de Boiero. Pero, ¿cuáles son los otros ingredientes? Lo que me ha llevado a pensar en... el Skelmord. Los viejos tomos indican que es un muerto viviente. ¿Qué tal si otro ingrediente vital fuera el cadáver de la persona que tiene que ser vengada?

' Pensalo, Licho... estamos tratando con un demente. ¿Por qué no pensar como

uno para intentar comprenderlo?

Las órbitas en los ojos de Licho se mantenían, aún, fijas en el camino.

- Es ridículo... pero lo que mencionás del hedor del cementerio es verdad. Si pensamos de forma creíble, no existen tales cosas como monstruos o muertos que caminan... pero puede que Craviotto haya tenido ayuda... o quizás alguien que estuvo en el cementerio le siguió y lo mató; alguien tan loco como él...

Lo que el viejo decía parecía tener más cordura, y decidí creerle. ¿Muertos vivos? ¿Criaturas convocadas de otro plano? Esas cosas no existen más que en las pesadillas. Pesadillas. Sueños. Mi sueño: lo único a lo que no he podido hallar explicación. Elegí, también, encerrar tras una gruesa cortina aquel detalle, ignorando lo ignoto, lo arcano, lo maléfico, en pos de una "lógica" bajo el concepto de que los humanos son los verdaderos monstruos. Oculté los únicos vestigios de la verdad, una advertencia sutil y etérea sobre los peligros que nos acechaban.

Finalmente, arribamos a Perro Muerto.

Licho detuvo el vehículo a unas cuadras de la comisaría.

- Llévales todo, pibe... y decíles que vayan a por el cuerpo de Craviotto.

- ¿Qué vas a hacer vos, Licho?

El viejo largó un suspiro y, con la mirada cansada, dijo:

- Voy al cementerio... presiento que la clave de todo este misterio está ahí...

Un pensamiento curioso cruzó por mi mente: Sabía que Licho sabía que las posibilidades de vengarse del Cuzco se desvanecían; mas pretendía llegar al fondo del asunto y desenmarañar el misterio del asesinato de Craviotto y Depetris. Quizás, algo de policía aún quedaba en él.

Sonreí y estreché su mano.

- Tengo tu número. Cuando todo esto acabe, Dieguito, voy a llamarte para que tengas la primicia, ¿*capisce*?

No pude evitar sonreír.

- Preferiría que sea una reunión para matear, ¿no te parece?

Un ligero arqueado de sus labios esbozó una forzada sonrisa.

- Sí, pibe. Sí...

Arrancó el auto y se encaminó al cementerio, el cual quedaba en las afueras de la comuna. Mientras camino, termino de anotar los sucesos vividos y no puedo evitar registrar, con profunda y misteriosa tristeza, lo siguiente sobre Licho:

Una parte de mí decía que no lo volvería a ver.

- XIV -

4 de Diciembre de 2017.-

Si la Fortuna me abandona, esta podría ser la última anotación en esta especie de diario que llevé a cabo con la esperanza de que fuera a hacerme famoso como investigador. Quiero pedir perdón a mi familia, mis amigos y admiradores por lo que estoy a punto de acometer. Si estoy equivocado, seré tildado de loco, pero eso querría decir que, al menos, el mundo estaría a salvo. Si estoy en lo cierto, ruego por el éxito de mi empresa, el cual pondría fin al asesino impenitente que asola nuestro planeta. Si muero en el intento, espero que este diario personal, que dejo en el hotel, junto al resto de las pruebas, sea de utilidad para la captura y destrucción de mi verdugo. Que la justicia humana y divina ilumine sus almas y corazones. Procederé a narrar desde la última anotación del día anterior:

Camino al hall de la comisaría pensé en que si entregaba todo el material, difícilmente tendría pruebas físicas para llevar al diario en el que trabajo. Así que, inmediatamente, tuve la idea de fotocopiar todo. Estos pensamientos culminaron cuando, finalmente, pude ver la hora en un reloj de pared que colgaba detrás del mostrador de recepción en la estación: las once y media de la noche.

El oficial que estaba en servicio tenía los ojos rojos, posiblemente porque se había dormitado antes de mi ingreso o por la falta de sueño a causa de los horripilantes crímenes que se llevaron a cabo los últimos días.

- ¿Señor Ratner?

Me sorprendió enormemente que alguien que no recordaba me reconociera. Usualmente, me habría sentido orgulloso al respecto, pero el horror y el cansancio pesaban en los hombros y la mente. El muchacho pareció notarlo.

- ¿Necesita ayuda?

- Nosotros... - recordé al instante que no sería de lo más prudente mencionar a Licho - Yo... mientras investigaba los asesinatos, me topé con un sospechoso, según mis deducciones... Su nombre es... su nombre era Craviotto... y hace unos minutos encontré su cadáver en una casa abandonada.

Las pupilas del muchacho se dilataron, mientras anotaba, nervioso, en un

pequeño bloc.

- Van a encontrar la casa por un camino de tierra en el oeste, en un campo que supo pertenecer a los Medina... Yo... hubiera llamado antes, pero asumo que no hay señal en ese lugar y, además, mi móvil se quedó sin batería.

- Bien. - ratificó el oficial - Ya le informo al capitán, caballero. ¿Nos va a acompañar?

Suspiré de cansancio.

- Ah, - dijo el oficial, percatándose - supongo que bien podría dormir unas horas y sumárenos en la madrugada. ¿Quiere que lo escolten al hotel?

- Eso me gustaría...

El oficial miró los libros y carpetas que llevaba bajo el brazo.

- Estos son mis apuntes. Siempre los llevo conmigo y me han ayudado a llegar hasta Craviotto. - mentí - Mañana los compartiré con el comisario; ahora sólo quiero pegarle una releída antes de dormir.

El muchacho asintió. Los escoltas me dejaron en el hotel y, ya en mi habitación, sumido en el silencio interrumpido, de tanto en tanto, por el zumbido de la lámpara, me sumergí en los libros oscuros de Craviotto. Lo primero que hice, ya con el celular cargado y la señal restablecida, fue traducir esa frase que tanto me intrigaba. La misma hacía una referencia final sobre la criatura llamada Skelmord. La enigmática frase recitaba:

"...Y las palabras postreras resonarán como ecos eternos en la noche abisal..."

¿Cuál era el significado? ¿Cuáles serían esas últimas palabras? ¿Noche abisal? Había una cierta belleza en ese misterio, pero era opacada por el origen maléfico del libro del que provenía y aún más tétrico teniendo en cuenta que mantenía una relación directa con el monstruo de mis sueños. Sorpresivamente, me percaté de que la frase continuaba bajo una mancha de sangre seca. Con ayuda de la luz de la lámpara, pude transcribirla, para así traducirla. Si hubo alguna clase de sentimiento de beldad sobre aquellas palabras, las mismas fueron erradicadas al leer la frase completa:

*" Y las palabras postreras
resonarán como ecos
eternos en la noche abisal
mientras siga de caza
el asesino impenitente."*

Finalmente comprendí el fragmento final del diario de Craviotto. El Skelmord

no sólo mata físicamente a su víctima, sino que esclaviza, eternamente, al alma divina. Susurré aquella frase, inconscientemente, en la soledad de mi habitación y, por un momento, tuve la horripilante sensación de que estaba siendo observado. Me levanté con espanto y me cercioré de que las persianas estuvieran cerradas y la puerta con llave. Faltaba un cuarto de hora para las dos en punto. Nunca antes me pareció tan lejano el amanecer.

Al cabo de unos minutos de respirar agitado, decidí calmarme, basándome en la lógica. Los monstruos no existen, ni mucho menos puede el alma, de existir, ser esclavizada. Comencé a reírme nerviosamente, tomando mi mano la sien, al punto de contener algunas lágrimas.

- Necesito dormir. - me dije.

Apagué la luz y la oscuridad fue absoluta. Comencé a revolverme en la cama, incómodo, inquieto. Una persona ocupó mis pensamientos, al punto de convencerme de que el demonio del insomnio no habría de dejarme en paz. Esa persona era Licho.

Apenas conocía al viejo, pero debo admitir que temí por él. Y mi mente divagó sobre una incógnita que heló mi corazón: ¿Qué pasaría si fuese el Skelmord el autor de los últimos dos asesinatos? Por un momento me permití creer en fantasías, y esa creencia logró que las piezas del rompecabezas encajen perfectamente en lo que sería un cuadro mortuario y grotesco: Perro Muerto siendo manipulada por una criatura inmortal de otra dimensión.

Sentí que me lanzaba hacia un abismo de terror y locura, y mis sentidos se paralizaron cuando, en el rincón más alejado de mi habitación, pude entrever la silueta de un hombre escuálido y alto en medio de las sombras. Estaba estático, a excepción de la altura de su estómago, por el cual, a sus costados, parecían salir oscuras serpientes que danzaban lentamente en el aire. Quise gritar, pero no pude. Sólo atiné a tomar el celular y encender la linterna.

Cuando apunté hacia aquel rincón, me encontré con una esquina vacía.

Estaba enloqueciendo. Los monstruos no existen. Los muertos no caminan. No existen serpientes demoníacas hambrientas de carne humana. Skelmord es producto de la fantasía de un demente. Pero... ¿estaba yo enloqueciendo?

En ese momento, encendí la luz de la lámpara, y con la iluminación de la electricidad arribó mi determinación. Decidí extraer toda la información posible sobre el Skelmord. Sus habilidades. Sus debilidades. Si Craviotto estaba en lo cierto, hallaría la información faltante en la red, en sitios poco frecuentados, en idiomas ignotos para mí, pero usando todo mi conocimiento,

sería capaz de averiguar lo que querría en cuestión de minutos e ir en auxilio de Licho.

Al cabo de una hora o menos, descubrí lo siguiente:

Aparentemente, el Skelmord es casi invencible. Sólo fui capaz de hallar dos formas en las que la criatura podría ser destruida. Una consistía en extirpar la fuente de energía negativa que permitía al muerto el "seguir con vida". Tal conexión proviene de un ser llamado Anghaxx, el creador de la Nigromancia en dicha dimensión. ¿Cómo destruir a una criatura que, supuestamente, vive en otro plano de existencia? El cerebro me dolía de sólo pensarlo.

La otra solución era destruir su cabeza. La "vida" nigromántica del Skelmord radica en su cráneo, por lo que, al acabar con él, automáticamente se terminaría la conexión negativa.

Abrasado en el fulgor de mi locura, llegué a la determinación de convertirme en el matador del monstruo, cuya mortífera sombra nos tenía cubiertos desde que descubrimos el cuerpo del bombero.

Mi instrumento de batalla: un hacha. Hay una en el pasillo del hotel, resguardada por una vitrina que reza la frase "Romper en caso de incendio".

Debo actuar con celeridad. Todo está planeado.

El final estaba cerca. Podía sentirlo.

4 de Diciembre de 2017.-

Alonzo Filippetti ingresaba con su Mazda Miata a Perro Muerto. Eran las 3 A.M. y el teniente de la Policía Científica olió en el aire esa electricidad refrescante que precede la lluvia. Pensó que en cuestión de minutos la zona sería aplacada de la terrible humedad estival. Los relámpagos dibujaban indescifrables siluetas en el siniestro firmamento cuando descendió del coche e ingresó a la estación. Para su sorpresa, el comisario se hallaba allí, en el hall. Cruzaron miradas y se presentaron formalmente. Filippetti explicó que su presencia se debía a una petición de un contacto que tenía en la Policía Federal. Poca importancia le dio el comisario, ya que parecía sufrir el peso de una tediosa vigilia y el cansancio físico por un trabajo del que parecía volver hacía tan sólo un momento. Le comentó que acababan de descubrir otra víctima del Cuzco, o bien podría tratarse de un cómplice que terminó mal y fue "limpiado" en consecuencia, en las afueras de la comuna. Señaló con desdén el mostrador, en el que se encontraba un grupo de libros viejos y polvorientos. El recepcionista, un joven oficial, le dijo a Filippetti que la información fue provista por un periodista de Sinergia, un tal Diego Ratner. El joven oficial también le informó que habían recibido una llamada, hacía no más de media hora, del hotel en el que se alojaba, en la que avisaban que el susodicho periodista había roto una vitrina y robado un hacha. Cuando terminó de decir esto, el recepcionista extrajo una especie de agenda, diciendo que la misma pertenecía a Ratner. Filippetti preguntó si la habían leído, a lo que el comisario se apresuró a responder, diciendo que no eran más que desvaríos de un muchacho, muerto de ganas de llamar la atención. Inmediatamente, añadió que, debido a los disturbios que había causado en el hotel, ya había emitido una orden de arresto en contra del periodista. Justo cuando Filippetti se disponía a pedir el diario personal en discusión, el teléfono de recepción, un viejo y ruidoso aparato que pertenecía a la vieja tecnología de los '90, comenzó a sonar. El joven oficial atendió, y sus ojos se dilataron cuando oyó la voz en el otro lado.

- Por favor, tranquilícese. Dígame, ¿dónde se encuentra?

Filippetti y el comisario esperaron, expectantes, a que el recepcionista les diera algo de información.

- ¿En el cementerio? Vamos para allá. Señor Ratner, dígame, ¿qué está pasando?

' ¿Hola?... ¿Hola?

El recepcionista quedó un instante anonadado, hasta que recibió un reto por parte de su superior. En ese instante pareció despertar y con cierto susto dijo que Ratner los llamaba para que fueran en su auxilio. Que la bestia rondaba en el cementerio, buscándolo a él, porque sabía que quería destruirla. Dijo que él mismo se había encerrado en la caseta y que alguien más había sido asesinado. No llegó a dar más información porque la llamada comenzó a entrecortarse (hasta que finalmente se cortó). En ese instante, el comisario y Filippetti, se encaminaron al cementerio.

Cuando arribaron, la tormenta ya se había desatado. Se dirigieron a la única caseta del lugar, iluminando su camino con linternas. La puerta, una precaria estructura de madera, se hallaba entreabierta. Con horror, notaron que la parte frontal de la misma parecía estar rasguñada y salpicada con sangre. Los truenos inundaron los cielos y aturdieron el ambiente cuando, al ingresar, encontraron el cadáver destrozado del sereno.

- XVI -

4 de Diciembre de 2017.-

Filippetti había terminado de leer el diario de Ratner, el cual tenía, también, las hojas arrancadas de lo que, asumió, serían del diario personal de Craviotto en donde narraban de las razones que le llevaron a cometer el asesinato de Boiero. El teniente sacó una petaca de whisky y bebió un trago.

Videla aún no se reponía de lo que acababa de escuchar.

- Te ofrecería un trago, pibe, - dijo Filippetti con una mueca socarrona en su rostro - pero algo me dice que no sería conveniente darte alcohol teniendo en cuenta el ambiente en que nos encontramos.

- Gracias, igual. - contestó tímidamente - No comprendo cómo es que usted se mantiene inmutable.

Filippetti entrecerró sus ojos y emitió un leve suspiro.

- No es la primera vez que trato con este grado de locura, Flavio.
- Es Fabio.
- Como sea... ¿Ves esto? - expuso un celular, el cual, asumió, sería el de Ratner - El periodista debió de guardarlo en ese cajón de allá, ese que está abierto, para que nosotros lo encontráramos. Dejó un mensaje de voz. Algo muy interesante de escuchar. Según tu jefe fue todo preparado. Pero si fuera así, mierda, este tipo Ratner debería haberse dedicado a la actuación y no al periodismo.

' ¿Todo lo que te leí te pareció horripilante? Esperá a saborear la cereza del postre, pibe. Porque esto, si es real, significa que acá se libró algo bien jodido...

Abrió una aplicación de sonido y reprodujo el último mensaje de voz que se hubo guardado.

<< ¡Dios mío, Dios mío! - la voz pertenecía a Ratner, según pudo identificar Videla. En ella, se denotaba una desesperación contagiosa mezclada con una honda incertidumbre que provocaba el bajo tono que narraba - ¡Ha matado al sereno! No... no lo pude ver, porque cuando llegué al cementerio, vi que la caseta estaba abierta... y me encontré... me encontré con el cadáver del sereno... y fue cuando escuché ese sonido... ¡Estaba detrás de mí!

" ¡Dios mío! No sé cuánto irá a soportar la cerradura... moví mesas, sillas y cuanto mueble pudiera mover con mis brazos... pero no creo que resista mucho tiempo... Ya he llamado a la policía... pero no creo que lleguen a tiempo... Así que dejo este mensaje de voz... y espero que me perdonen, mis seres queridos, por haber actuado irresponsablemente... Mi peor pecado fue la avaricia... y ahora estoy por pagarlo... Lo vi... lo vi... El monstruo existe... >>

La grabación continúa: Sólo se escucha la respiración agitada de Ratner. De fondo, se escucha una especie de golpe. Un golpe uniforme y continuo. Ratner, con voz tímida y precavida, vuelve a hablar:

<< Ecos eternos... los escucho... las lenguas... las serpientes... las voces... ¿escuchan? >>

Se percibe un sonido seco en el que Ratner toma, con violencia, el instrumento de grabación: Los sonidos de los aparentes zarpazos se acrecientan.

Lo que llamó la atención de los oyentes, ahora, no fueron los zarpazos, sino las múltiples voces que parecían provenir detrás de la puerta que protegía a

Ratner.

<< ¿Lo oyen? Habla con zetas... habla como dijeron que hablaba el bombero.
>>

Cuando Ratner calló, Filippetti subió el volumen al máximo y, claramente, se pudieron oír, al menos, tres voces diferentes. Una de ellas decía: "¡Me traicionas, monstruo; yo, que te he traído a este mundo!", seguido del ahogo repentino de la misma. La segunda decía: "¡Dios me libre!", seguido de un alarido sofocado por una garganta seca. Y la última voz que, con horror, el joven Videla oyó, decía: "¡No me matez, por favor, no me matez!", seguido de un grito agudo que parecía extinguirse en una especie de gorgoteo. Las voces, monótonas, parecían repetir dichos mensajes, una y otra vez.

<< ¿Lo entienden ahora? Ecos eternos... Palabras postreras... son las últimas palabras de las víctimas de la bestia... las últimas palabras que hubieran dicho antes de... antes de ser asesinadas... Son... son los esclavos del Skelmord... ¡Dios, dame fuerzas!>>

Los sonidos de los zarpazos incrementan, a tal punto en que un terrible estruendo azota la grabación y, de súbito, la misma termina.

Ambos quedaron en silencio, con sólo el bullicio de la tormenta en el ambiente.

- Dios mío... - dijo Videla.

Filippetti emitió una ligera carcajada. Tomó, despreocupado, la calavera que se encontraba en el piso. El muchacho le miró asustado.

- Tranquilo, pibe... tengo los guantes puestos, ¿no? Además, según tu jefe, la misma pertenece a alguno de los muertos del cementerio... ¿Creés que Ratner va a ser tan tonto como para no dejar el "pequeño" detalle de su victoria en la escena del crimen?

Examinó, con cuidado, la evidencia. El cráneo, ensangrentado, parecía emitir una mirada vacía desde la cavidad que supo portar ojos humanos.

- ¿Cómo dice la frase? "Ser o no ser." - recitó, cínico, Filippetti.

Videla le miró de reojo, denotando una severa prudencia.

- Sabés... yo le habría creído a este tipo... a este Diego Ratner, ¿no? - declaró el teniente - Sí, ya sé... esa mirada descreída es la misma que yo tendría...

Pero, dirás: "¿Cómo vas a creer en monstruos?". Recitabas a Dios hace un rato... Vivimos en un mundo tan extraño, que no me parecería tan raro que los muertos se levanten de un día para el otro e intenten arrebatar nos nuestro dominio planetario... Como te dije... le habría creído a Ratner, de no ser

porque sólo tengo esta parte del cuerpo del "Skelmord". ¿Qué pasó con el hacha que robó del hotel?, ¿qué pasó con el cuerpo esquelético?, ¿con las serpientes ciegas y bañadas de sangre? Serpientes parlanchinas... - Emitió una risa falsa que acompañó con un movimiento en la mano que sostenía el cráneo, como simulando una carcajeo fatídico en ella. Videla fingió divertirse.

- Por lo pronto, - prosiguió Filippetti - creo que la orden de arresto de Ratner y Licho está más que correcta. Creo que sería muy interesante escuchar lo que tienen para decir... Aunque, a estas alturas, imagino que será muy difícil dar con ellos... Si no están camino a Chile, le pego en el palo.

Videla, sumido en sus propios pensamientos, quedó con la mirada perdida en la oscuridad de la noche, la cual, de tanto en tanto, era rasgada por luces relampagueantes.

- XVII -

22 de Diciembre de 2017.-

Filippetti retornaba de las compras navideñas del microcentro. Siempre se lamentaba, en esta altura del año, el no haber sido precavido y haberse alistado a tiempo antes de que los negocios se atestaran de gente apurada por tener todo preparado para las Fiestas de Fin de Año.

Exhausto, se echó en su sillón y ojeó las noticias en la televisión. Para su sorpresa, daban novedades respecto al caso del Cuzco en la provincia de la Pampa. Subió el volumen y concentró toda su atención.

- Pasaron más de 18 días desde que se detuvieran los llamados "Nuevos Asesinatos del Cuzco" en Perro Muerto. Los análisis forenses indicaron que el cráneo hallado en la caseta del cementerio, en el cual se produjo el último asesinato, pertenece a Eugenio Eliseo Giampietro, quien fuera el autor original de los asesinatos que comenzaron en Diciembre de 1984. Como recordarán,

Giampietro era el medio hermano de Guillermo Cravero, quien, originalmente, era Guillermo Craviotto, sospechoso de ser cómplice en los Nuevos Asesinatos y de ser el asesino de Brian Boiero, según fuentes policiales.

' Se desconoce la razón por la cual desenterraron el cadáver del asesino serial. Aún continúa siendo un misterio en dónde se halla el resto del cuerpo. La policía espera obtener dichas respuestas cuando den con los paraderos de Isidro Luis Montenegro y Diego Ratner. Los mismos siguen prófugos desde el 4 de Diciembre.

Filippetti quedó pensativo, y sus recuerdos se remontaron a dicho caso. Pensó en la criatura llamada Skelmord y en todo lo que movió al asesino de Boiero el realizar dichos actos. Conmovido por una persistente curiosidad, se sentó en la computadora y comenzó a investigar.

Con la ayuda de los traductores de idiomas, pudo llegar a las mismas conclusiones que hubo llegado Ratner. Pero descubrió algo que ni el diario de Ratner, ni el de Craviotto, aclaraba.

"Lograr la hazaña de decapitar a un Skelmord conlleva a liberar las almas que éste hubiera apresado durante su tiempo de caza. El espíritu del Skelmord habría de volver a su amo, el Señor de la Muerte, a través de océanos de tiempo y galaxias, desintegrando su cuerpo por completo, a excepción de su cráneo, el cual habría de servir de monumento victorioso al campeón que fuera capaz de vencer a tan terrible adversario."

Días más tarde, los análisis forenses dieron con una nueva muestra de sangre ajena a la de Ratner y al sereno en la escena del último crimen. La sangre pertenecía a Licho.



**LA AGUJA
SOLITARIA**

POL RUPES

*Imagen por
Enrique Meseguer*

La Aguja Solitaria

*En memoria de
Ricardo “Corazón de León” Ramos.-*

La Aguja Solitaria

- Entrada 1 -

Una terrible noticia...

<https://brunildo-blog.blogspot.com/2019/04/una-terrible-noticia.html>

10 de Abril de 2019.-

Las autoridades han preferido ignorar mis advertencias. Lucía me dijo que exagero, pero es porque ella no ha tenido que ver lo que yo he visto. Por si fuera poco, la policía del Limo perdió rápidamente el interés.

Por supuesto. ¿A quién ha de importarle el asesinato de un pobre perro? Pero no era un perro cualquiera. Era mi perro. Era nuestro perro. Brunildo no sólo fue mi fiel compañero durante años, sino que sirvió en el cuartel de bomberos del Limo y sus actos fueron reconocidos en toda la provincia. Era mi amigo... y hace unas noches fue... despedazado por una bestia en el bosque.

De seguro estarán, como yo, descorazonados por lo que pasó. Nuestro héroe, quien salvó a cinco personas en un incendio, fue asesinado por una bestia del monte... y a nadie, más que a nosotros, parece importarle.

- Entrada 2 -

Un héroe en medio del caos

<https://brunildo-blog.blogspot.com/2019/08/un-heroe-en-medio-del-caos.html>

11 de Abril de 2019.-

(Extracto del Diario El Litoraleño)

29 de Octubre de 2017

<< Después de una década de servicio activo en el Cuartel de Bomberos de la ciudad del Limo, Brunildo inicia una nueva etapa en su vida canina junto a su dueño, Nicolás Mestrallet, quien se trasladará junto a su familia a los montes de Finbar.

Allá por el 15 de Julio del 2015, por razones aún desconocidas, el incendio de uno de los depósitos más grandes de la familia Carrera conmovió a todo el pueblo. Gracias a los ladridos de Brunildo, cinco personas fueron ubicadas bajo unos escombros en llamas. Con presteza, los bomberos lograron rescatarlas, sufriendo sólo quemaduras leves. Pese a la destrucción provocada por el fuego, ninguna vida se perdió ese día.

Brunildo, tu gallardía unió los corazones de este humilde pueblo y, por ello, siempre serás recordado. >>

No puedo evitar emocionarme al recordar este artículo, mis queridos amigos. En medio de este dolor, al no contar con el apoyo de la policía local y, además, siguiendo los consejos que dejaron algunos de ustedes a modo de comentarios en la anterior publicación, he decidido iniciar una campaña para rastrear y capturar a la bestia salvaje que ha hecho esto. Hablé con el cuartel de bomberos y dos de sus mejores miembros han decidido colaborar. También se nos unirá el reconocido guardaparques: Federico Cosentino.

Que algo así haya ocurrido en un bosque relativamente cerca del poblado - en los montes de Finbar, para ser más preciso - debería ser alarmante, por lo que dependerá de nosotros el hacer algo al respecto. No puedo dejarlos exentos de esta cruzada en busca de justicia, mis queridos amigos de Bruno-blog, por lo

que abriré una colecta.

Al finalizar esta publicación, detallaré cómo podrán realizar dichos depósitos. Esto servirá para solventar los gastos de la investigación. Y no se preocupen por las novedades, puesto a que les iré informando vía este medio sobre cómo irán avanzando nuestras pesquisas.

Entre todos lograremos atrapar a la bestia que cometió este terrible asesinato.

Contáctame en: <https://brunildo-blog.blogspot.com/>

- Entrada 3 -

El hecho fatídico

<https://brunildo-blog.blogspot.com/2019/08/el-hecho-fatidico.html>

16 de Abril de 2019.-

Uno de los bomberos, el más joven, Fernando Algarbe, me ha hecho una recomendación que ha sido muy certera. Me dijo que debería compartir lo que sé sobre el caso, yendo parte por parte en mi narración, para ver si alguno de mis lectores logra ver algo que nadie más pudo ver. En cambio, su viejo compañero, Pedro Suppi - más conocido como el Pepi - , dice que es en vano, puesto que “este tipo de cuestiones no pueden resolverse estando detrás de un computador.”

No lo culpen, estimados amigos, puesto a que el viejo Pepi es un cascarrabias anti-tecnología. ¿Qué les parece si le demostramos lo contrario?

¡De acuerdo! Pasaré a narrar lo sucedido, tratando de ser lo más preciso posible.

Como sabrán, Brunildo fue asesinado la noche del martes 9 de Abril. A Bruni siempre le gustaba salir a pasear, tanto a la mañana, como a la noche. Nuestra casa está al final de un camino de tierra, el cual atraviesa perpendicularmente la ruta que lleva a Limo. Son unos dieciséis kilómetros del poblado. El camino de tierra que anteriormente mencioné, está a unos once kilómetros de la ruta.

Al final, no sólo verán que se encuentra nuestro humilde hogar, sino también una divergencia del camino, el cual llega a viejas estancias, distanciadas entre sí por varios kilómetros. Detrás de nuestro hogar se halla el monte y varios bosques entre las duras mesetas. En algún lugar de la altiplanicie se halla la abandonada capilla irlandesa - la cual, confieso, he visto sólo de lejos -.

El bosque en el que solíamos pasear con Brunildo está a tan sólo tres kilómetros de nuestro hogar. Pese a haber tenido diez años de edad, Bruni era muy energético, por lo que a diario hacíamos unos doce kilómetros. Seis a la mañana, seis a la noche. Nunca en nuestros dos años viviendo en la intemperie

nos cruzamos con otros animales que fueran más grandes que un zorro o una comadreja.

Descarté que hubiese peligro de depredadores. Terrible error de mi parte. Un error que cometí y fue pagado con un alto precio: Mi fiel compañero. Pero debo sobreponerme y seguir con la narración.

Esa noche nos estábamos volviendo. Como verán, las noches a cielo abierto suelen ser mucho más frías que en la ciudad, pero esa noche era cálida, como lo habían sido las anteriores. Habrán sido las 22:00 horas cuando la temperatura descendió casi de golpe. Incluso veía mi propio hálito, como si estuviese fumando un habano. Decidí emprender el regreso con paso acelerado; pero me percaté que Brunildo ya no estaba conmigo. Me volví justo cuando escuché unos ladridos a la distancia, en lo profundo del bosque. Corrí desesperado hacia él, clamando su nombre en la oscuridad, para que viniera hacia mí. Cuando creí que me estaba acercando, los ladridos y gruñidos cesaron. Me encontraba rodeado de la negrura de las sombras que nacían de la luz de mi celular y, ahora que lo pienso, el silencio era absoluto, pues podía escuchar mi propio jadeo.

Ello no me detuvo, y seguí buscando. Busqué y busqué durante horas, hasta que, finalmente, desistí y preferí buscar al amanecer. Naturalmente, no pude dormir. Sólo atiné a preparar mi equipo, incluyendo una carabina, puesto a que imaginaba que podría llegar a enfrentarme con algún animal grande que hubiese arribado recientemente a la zona boscosa de Finbar. Pese a esta suposición, mi esposa, Lucía, se ofreció a acompañarme.

Con la primera luz del alba nos dirigimos al bosque... y al cabo de varios minutos de búsqueda y con ayuda de la claridad del día, finalmente lo encontramos.

Narrar esta parte es realmente difícil para mí... pero si quiero acercarme a la verdad, es entonces un malestar que debo soportar. Encontramos el cadáver de Brunildo desgarrado por una bestia. No sé mucho de caza o de la depredación de los animales salvajes, pero acorde a Cosentino, puede haberse tratado de un gran puma, o quizás de un jaguar. Lo extraño es que parece que ninguna... parte... de nuestro perro fue devorada. Cosentino indicó que el animal pudo haber huido al percibir mis gritos de llamado hacia Bruni.

Tomamos con cuidado sus restos, envueltos en una sábana, y lo enterramos frente a nuestro hogar.

Mañana comenzaremos la exploración con el grupo que reunimos. Por hoy, ya

no puedo seguir escribiendo.

- Entrada 4 -

Una ayuda inesperada

<https://brunildo-blog.blogspot.com/2019/08/una-ayuda-inesperada.html>

17 de Abril de 2019.-

Falta poco para la medianoche, pero siento que tengo un deber para con ustedes, amigos de Bruno-blog, al narrarles lo que ha acontecido hoy. Gracias a los comentarios en mis entradas anteriores, he llegado a considerar que el sospechoso no sólo debería limitarse al factor animal, sino también al factor humano. Si bien es de opinión de Cosentino y del viejo Pepi que lo segundo es poco probable, Algarbe ha estado de acuerdo conmigo. Entonces decidí contratar a un investigador privado. ¿No les parece una idea acertada? Hace unas horas pude conseguir el teléfono del mejor de ellos. Estoy seguro de que habrán oído de él en las noticias: ¡Alberto Di Santo! El mismo que acabó con el asesino serial apodado “El Carnicero”. Gracias a ustedes - y a que desembolsé gran parte de mis ahorros - pude convencerlo para que se nos una en la cruzada por hallar justicia por Brunildo. Dijo que sólo aceptaría el pago si el caso lograba resolverse, por lo que de fracasar, me encargaría de utilizar lo recolectado para devolvérselos a ustedes o a donarlo a alguna causa para los perros callejeros. Llegado a ese supuesto, lo decidiremos mediante una votación en este mismo blog. Pero, ¡no decaigan corazones! Les juro que haremos lo posible para llegar al fondo del asunto, aún si debemos recorrer hasta el último escondrijo de este vasto monte.

**- Entrada 5 -
Reporte del día**

<https://brunildo-blog.blogspot.com/2019/08/reporte-del-dia.html>

18 de Abril de 2019.-

El día de hoy no ha sido fructífero. Recorrimos los mismos parajes que ayer, e incluso fuimos más allá, por el norte de mi hogar. Según Cosentino, es necesario explorar varios kilómetros a la redonda, puesto a que los depredadores son capaces de recorrer grandes distancias en busca de una presa. Pero a pesar del exhaustivo trayecto que recorrimos, no encontramos ni siquiera una maldita comadreja. Lo más extraño es que Algarbe no volvió con nosotros en el regreso. Según el viejo Pepi, habría tomado un atajo de regreso a casa.

Como sea, mañana tendremos la ayuda de Di Santo y con ello, percibo que estaremos más cerca de la verdad.

- Entrada 6 -

Anuncio importante: Difundir

<https://brunildo-blog.blogspot.com/2019/08/anuncio-importante-compartir.html>

19 de Abril de 2019.-

Si son del Limo, lo más probable es que ya lo sepan. Fernando Algarbe nunca regresó a casa.

Cerca del mediodía fuimos interrogados por la policía, y al dar toda la información disponible, iniciamos una partida de búsqueda a lo largo y ancho del monte. Para los que no lo sepan, la localidad del Limo dispone de unos veinte mil habitantes y la fuerza policial, si bien es respetable, no dispone aún de los elementos necesarios para realizar una búsqueda masiva en un terreno tan extenso como en el que nos encontrábamos. Consiguieron el apoyo inmediato de las Fuerzas Nacionales, debido a que el desaparecido es un reconocido bombero; pero tal asistencia arribaría en tres días. Pese a lo ocurrido, todos nos mostramos optimistas, en especial, porque acaba de arribar el investigador Alberto Di Santo.

Tengo la certeza de que con su ayuda lograremos resolver estos misterios, los cuales han de estar, seguramente, conectados.

Final del blog.

- Día 1 -

19 de Abril de 2019.-

Diario Matutino

Alejarme del bullicio de la ciudad para adentrarme en la tranquilidad del campo fue una buena decisión. En parte, una de las razones principales para tomar este caso.

Este muchacho, Mestrallet, me habló con entusiasmo pese a demostrar continuamente su malestar por haber perdido a su mejor amigo, un perro callejero con mezcla Terrier, quien sirvió como mascota y ayudante en el cuerpo de bomberos voluntarios de la localidad del Limo. Busqué su nombre en las noticias y, de hecho, destacó como héroe en el incendio de uno de los depósitos de la empresa familiar Carrera.

Normalmente, los perros altos, ágiles y fuertes suelen ser más aptos para ese tipo de tareas. Por ello, normalmente utilizan pastores alemanes, labradores o dálmatas. Brunildo no cumplía con ninguna de esas características; aun así, se las ingenió para ubicar a cinco víctimas enterradas bajo los escombros. Era un perro enano, pero valiente. Y, aparentemente, muy querido por el público en general.

Pensar en este tipo de cuestiones me tranquiliza. Algunos creerán que son sólo asuntos triviales, pero la trivialidad es un oasis de calma para un alma atormentada. Es muy probable que el caso termine rápidamente, ya que el pobre de Brunildo debe haber sido víctima de algún jaguar del monte. Sin embargo, Mestrallet ha mencionado, repetidamente, que no hay animales salvajes más grandes que una comadreja por esos lugares. Quizás sea la terquedad de un dueño que anhela venganza por su amigo, o quizás sólo quiera material para su blog de internet.

He estado pensando un poco en el pasado. Hace seis años era un condecorado teniente en la gran ciudad de Sinergia. Y ahora me encuentro camino a trabajar en un caso sobre el asesinato de una mascota. Podría creer que me he degradado laboralmente, aunque no lo siento así. Cuando salí de la cárcel después de cinco años de encierro, sentí que no tenía otra opción más que comenzar de cero... y eso, a los 57 años, no es tarea fácil. O quizás sí...

Irónicamente, la razón de mi encierro me permitió conseguir varios casos de

manera independiente. Eso y la escasa pensión que pude arreglar, me permiten llevar una vida decente; o, al menos, mejor de la que merezco.

Debo alejar estos pensamientos del pasado y concentrarme en el presente. En unos minutos arribaré a Limo. Allí, supuestamente, estará esperándome el muchacho Mestrallet, quien habrá de llevarme a su casa en las afueras del pueblo. Espero que el aire del campo sea refrescante.

Diario Nocturno

El caso se torna inesperadamente complicado. Uno de los bomberos que ayudaba en la búsqueda del depredador del bosque, Fernando Algarbe, nunca regresó a casa. Si bien, al atardecer, fui recibido por Mestrallet, también lo hizo el comisario de Limo, Walter Lavalle. Ambos me informaron de lo sucedido y me invitaron a unirme en la partida de búsqueda. Faltaba poco para el anochecer, por lo que rápidamente fuimos a la casa de Mestrallet, la cual serviría de punto de reunión.

Un grupo de treinta a cuarenta personas conformado por rescatistas, guardaparques, policías, bomberos y civiles se unió en la búsqueda. Una organización impresionante para un pueblo tan humilde como el Limo. Descendimos del coche de Mestrallet y nos dirigimos a una carpa que los guardaparques, liderados por Federico Cosentino, armaron de forma eficaz. - ¿Sabe? Algunos se atreven a echarme la culpa por la desaparición de Fernando. - dijo, con un dejo de pesar, Mestrallet. - Pero... - su tono se volvió firme - ¡Yo tenía razón! Hay una bestia en el bosque. ¡Estoy seguro de que hay una conexión con el asesinato de mi perro!

Nicolás Mestrallet era un hombre de 30 años, de un metro setenta, con buena presencia, barba un poco descuidada y peinado de esos que los jóvenes usan hoy en día (como si tuviera un erizo por cabeza).

El terreno en el que se hallaban Mestrallet y su esposa era modesto, pero hermoso. Un viejo acostumbrado al apagado concreto de la ciudad debería ser capaz de reconocer la belleza de un paisaje campestre cuando está frente a él. Y creo que me cuento entre esos viejos; una extensa alfombra de gramilla, salpicada en flores rosas, violetas y amarillas, moteada por varios y pequeños campos de tréboles. Al final de este paisaje, se erigía la casa de superficie rústica, asentada sobre duros zócalos de piedra. La fachada frontal estaba decorada con hermosos arbustos, bancos de madera y mesas de roca.

Frente a la casa se hallaba una tienda de campaña improvisada por los guardaparques provinciales. Dentro de ella había largas mesas, sillas y conservadoras con bebidas y refrigerios facilitados por Mestrallet y su esposa, Lucía Hortas. Al acercarnos, Mestrallet se alejó para atender a los que habían retornado de la búsqueda. Lavallo se quedó conmigo.

- Si me pregunta a mí, - dijo - creo que Mestrallet es un buen muchacho; un poco idiota, pero bueno a fin de cuentas. Sin embargo, la culpa que recae en él está justificada.

Me limité a observarlo mientras hablaba. No parecía sentir desprecio por el joven blogger, pero ciertamente estaba afectado por la desaparición de Algarbe.

- ¿Organizar una búsqueda para cazar a un puma que mató a su perro? Es ridículo... Si me pregunta a mí, las necesidades humanas siempre se deberían anteponer a la de los animales.

‘ Sin lugar a dudas, toda vida humana es más importante.

Al terminar de decir esta frase, se paró en seco y me miró a los ojos.

Claramente incómodo, comenzó a balbucear.

- Aunque... diría que hay ciertas vidas que no vale la pena salvar... Pocos lo dirán, teniente, pero lo que usted hizo... eliminar a esa calaña... le hizo un favor a la sociedad.

Al terminar su sentencia, emitió una leve sonrisa y se unió al resto en la tienda. Para muchos de los que están y estuvieron en la Fuerza es una costumbre seguir llamando por su rango al policía retirado.

Al adentrarme en la tienda, fui presentado con el líder de los guardaparques, Federico Cosentino, y con un bombero veterano, quien era el mentor de Algarbe, Pedro Suppi. Éste último me estrechó la mano con entusiasmo; pero el guardaparques se mostró un tanto receloso, mas, ante todo, respetuoso.

La noche había caído sobre nosotros y un grupo considerable de rescatistas acababa de salir para comenzar la rutina de rastreo en las áreas circundantes que hubiesen sido inspeccionadas durante el mismo día. En mi caso, mañana partiría - al amanecer - con las personas que conocí hoy en una búsqueda que nos llevaría al norte de la estancia Mestrallet. Espero, antes de dormir, poder conversar un poco con mis amables anfitriones. Quizás pueda desvelar, poco a poco, el misterio en el que nos hallamos.

- Día 2 -

20 de Abril de 2019.-
Diario Matutino

Para esta noche, el pronóstico nos amenaza con una gran tormenta que vendrá del sur, por lo que debimos aprovechar al máximo la luz diurna y el clima templado.

Mientras nos preparábamos en la tienda de campaña, recordé la conversación que tuve con Nicolás y Lucía la noche anterior.

- ¿Usted cree que podremos hallarlo, señor Di Santo?

- Puede llamarme Alberto, señora. - respondí - En primera instancia, el accionar de la gente de Limo ha sido la correcta. Hasta que las Fuerzas Nacionales arriben, no hay nada que recalcar.

‘ Han realizado un correcto análisis del último lugar en el que vieron a Algarbe y establecido una tienda que sirve como punto de reunión, además de abastecer a los rescatistas con provisiones y dejar los móviles disponibles las 24 horas por si llegase a comunicarse alguien que nos pueda brindar información sobre el paradero del desaparecido. Además, Nicolás brindó, de manera presta, una foto reciente de Algarbe, la cual no sólo fue impresa y repartida por el pueblo, sino divulgada por diferentes medios de comunicación, incluyendo redes sociales.

Ambos parecieron tranquilizarse ante mis palabras. Sólo no mencioné el hecho de que no utilizasen canes de rescate; bien porque el Limo no disponía de tal recurso, o bien porque los dueños no querrían arriesgar a sus perros a que fuesen atacados por la bestia que mató al perro de Mestrallet en primer lugar.

- Nos alegra tenerlo con nosotros, Alberto. - declaró Lucía.

Emití una sonrisa de cortesía y agradecí su hospitalidad al permitirme quedar con ellos en uno de sus cuartos de invitados.

Al cabo de varios minutos de planificación, nos organizamos en varios grupos y nos dividimos las zonas que habríamos de rastrillar. Lucía siempre quedaba en la tienda, expectante de los móviles que se mantenían cargados a toda hora. Los árboles se erigían ante nosotros como grandes columnas, guardianes anacrónicos y orgullosos. La tierra era cubierta por sus ramas y hojas, adornadas con pequeños grupos de pasto amarillento, danzando levemente con el céfiro. Los pajaritos iban y venían, cantando sus melodías, embelleciendo el cielo.

El grupo al que fui asignado estaba conformado por Mestrallet, el comisario

Lavalle, el bombero veterano Suppi y el experimentado guardaparques, Federico Cosentino. Cada tanto, surgía una discusión sobre qué hacer en caso de encontrarnos con el depredador.

- Varios ambientalistas nos caerán encima si matamos al animal que haya hecho esto. Ya he recibido varios mensajes privados solicitando que, cuando lo encontremos, debería ser capturado y puesto en una reserva natural.

- Nicolás, ¿cómo carajo vamos a capturarlo? Es una suerte que al menos tengamos una carabina por grupo. Va a ser más fácil si simplemente lo matamos. - sentenció el bombero.

En efecto, cada grupo disponía de un arma de fuego. En mi caso, disponía de una Glock, aunque me pareció prudente no revelarlo. La carabina de nuestro grupo era portada por el comisario Lavalle. Suppi llevaba un hacha de bombero, a la cual describía como un arma legendaria que había pertenecido a su padre y, anteriormente, a su abuelo. El arma, a simple vista, parecía un hacha normal. Cosentino llevaba un visor nocturno, handis, GPS, linterna de largo alcance, baterías de larga duración y mochila de campaña. Mestrallet no iba armado.

El guardaparques parecía ser el más preocupado de todos. ¿Quizás consideró la misma posibilidad que yo? Bien el asesinato del perro podría estar conectado a la desaparición del bombero. O bien podría no estarlo. Hasta ahora, los dos únicos puntos de convergencia eran que:

1 - Ambos hechos habían ocurrido en el bosque.

2 - Ambos hechos (presuntamente en el caso de Algarbe) habían ocurrido de noche.

Es lógico pensar que al pobre perro lo haya atrapado un puma o un jaguar. Después de todo, éstos cazan normalmente por la noche. Mestrallet mencionó que su mascota no fue devorada. “Simplemente le mataron.” Es sabido que estos grandes felinos aborrecen a los perros, por lo que no necesariamente habría de matarlos por hambre; sino, más bien, por un odio instintivo.

Pero el caso del bombero desaparecido, Fernando Algarbe, era algo totalmente diferente. Nunca leí un caso en el que pumas o jaguares atacasen a un humano. Quizás el comisario no se haya percatado de esto, pero creo que el guardaparques sí. Creo que la desaparición del bombero está ligada a un factor más... humano. Quizás tenía deudas. Quizás tenía enemigos que lo perseguían. Quizás quería largarse del pueblo en el que hubo vivido toda su existencia porque, simplemente, se cansó. Cuando expuse estos interrogantes a

Suppi, éste me miró extrañado.

- Fernando es un buen muchacho. Lleva una vida sencilla y feliz junto a su mujer. Ama a sus padres, que ya están viejos, y tiene muchos amigos. La gente lo respeta. - meneó la cabeza repetidamente - Irse sin decir nada es algo que él nunca haría.

Los demás dieron respuestas similares (a excepción del guardaparques, quien era tan extranjero como yo).

- Entendemos que intenta cubrir todas las posibilidades, - expresó el comisario - y por eso, nos alegra tenernos con nosotros, teniente. Pero lo más probable es que esto sea la obra de un puma.

‘ Recuerdo cuando era un crío... esos bichos devastaron el ganado de mi padre.

- No creo que eso tenga que ver con la desaparición de Algarbe, comisario. - opinó el guardaparques - Los felinos que deambulan por estas zonas no se caracterizan por el ataque a humanos. De hecho, no hay ningún caso oficial registrado de algo similar.

‘ Me temo que la desaparición está más relacionada a una causa atmosférica, psicológica o física. La noche, en estos lugares, pudo haberle jugado una mala pasada; les sucede incluso a aquellos que son experimentados.

- De igual manera, - comentó Mestrallet - la existencia de tal depredador es un claro riesgo para la comunidad. Es natural querer proteger a los nuestros de tales peligros. Estoy seguro de que el viejo Pepi estará de acuerdo conmigo.

- Si un puma es capaz de degollar a una vaca, no veo cómo no pueda hacérselo a un hombre. - murmuró el comisario.

- No entiendo por qué le dan tantas vueltas al asunto del puma. No tenemos los recursos para capturarlo. La opción más obvia es matarlo y acabar con este problema de una buena vez. Y puede que en el proceso, demos con Fernando. - declaró Suppi.

Mientras seguían discutiendo sobre muerte, decidí alejarme. Deseé sentirme en soledad absoluta. Perder mi mente en la moteada capa de sombras, grácilmente perforada por la luz vespertina del mediodía y desbordar mi alma en el perfume arbóreo que me rodeaba. Pero una pequeña parte de mi intelecto se aferraba al senderismo imaginario que había forjado en un mapa mental que me llevaría al hogar de Mestrallet en caso de un extravío.

Vagué durante varios minutos. Quizás una hora. Las hojas anaranjadas caían de los árboles como copos de nieve y recordé que, como esas hojas, el tiempo

nos caía encima como una tenue lluvia de primavera. Rememoré tiempos mejores, en el que viajaba con Gabriela los fines de semana a un lugar llamado Los Membrillos. El paraje era similar a éste, sólo que más... verde. Gabriela...

De tanto en tanto, la recordaba. Intentaba no hacerlo, pues su pérdida supuso la pérdida de una parte de mi alma. Mas era inevitable... allí estaba... la cicatriz en mi mano. El recordatorio que me dejó ese... bastardo al que maté.

Siempre me consideré una persona lógica, alguien que no se deja llevar por impulsos pasionales. Pero cuando de mi esposa se trataba, no podía evitarlo.

Ésa fue la razón por la cual ejecuté a su asesino. Por un impulso pasional.

¿Qué diría ella si me viera? Intento seguir adelante, Gabriela... pero es... tan difícil. Quizás halle un poco de redención si logro resolver este misterio.

Quizás halle un poco de paz si soy capaz de realizar una buena acción.

Salí de mis pensamientos nostálgicos para reflexionar sobre Algarbe y el perro de Mestrallet, Brunildo. Puede que, después de todo, Mestrallet tenga razón y ambos sucesos estén intrínsecamente relacionados.

Fue en ese momento en que me sentí observado; momento en el que giré y me topé con la bestia que tanto deseamos encontrar. Estaba sentada sobre un colchón de hojas secas, frente a un descomunal árbol que hacía contraste con su dorado pelaje. Con presteza desenfundé mi arma y le apunté. El miedo se había apoderado de mí, mas no apreté el gatillo. El puma no había emitido movimiento alguno, a excepción de sus ojos, los cuales observaban, atentos, a los míos. Sentí como si el tiempo se hubiese detenido, entumecido en una niebla de duda y asombro. ¿Debí disparar? En un brevísimo instante se suscitaron muchos interrogantes. ¿Qué está esperando?, ¿por qué no me ataca? Mis dudas, de repente, se desvanecieron cuando percibí un inconfundible sonido en el aire: el gran felino, sentado en todo su esplendor, estaba ronroneando. La curiosidad que sentí fue abarrotada por una extraña melancolía; sentí vergüenza por los pensamientos mortíferos que hube forjado, pues ante mí, no se hallaba nada más y nada menos que un gato gigante, atraído por mi presencia al igual que yo por la suya.

La criatura nunca fue consciente de cuán cerca estuvo de la muerte a causa de mi despiadado temor. Aquel puma, quizás representaba a todo el reino animal en su magnificencia; un ser terrenal y, aun así, tan ajeno al mundo en el que ahora se hallaba. Inmóvil e impertérrito al tiempo, eterno bajo la luz de un astro que siempre le brindó un manto de regocijo y paz.

Sentí como si algo en mi interior estuviese a punto de desmoronarse; una parte de mí recitó un réquiem por la inocencia humana; y otra deseó ser un foráneo a los accionares de mis congéneres. Pero caí en la cuenta de que yo era parte de ellos. Parte de esa longeva generación que perdió el aprecio por la vida, extraviando esa íntima conexión con el planeta que habitamos. Perdido hace tanto tiempo. Hace tanto tiempo...

Desperté de mis pensamientos como si de un sueño se tratase y pensé en que si alguien nos veía, algo terrible pasaría.

Con presteza, tomé una roca que se hallaba bajo mis pies y la arrojé con fuerza al árbol que estaba detrás del puma. Como un relámpago, huyó hasta perderse entre unos frondosos arbustos.

- Debo confesar, - dijo una voz detrás de mí - que lo he malinterpretado, teniente.

La voz pertenecía a Federico Cosentino, el guardaparques.

- Lo vi todo... - continuó, a medida que iba acercándose - Y creo que ha tomado la decisión correcta. Sin embargo, debo preguntar... ¿Por qué no lo hizo?

Quedé un momento en silencio, pues el interrogante me tomó por sorpresa.

- No quiero otra muerte en mi consciencia. - respondí, finalmente.

El guardaparques se me quedó mirando un instante. A nuestro alrededor, el ambiente era decorado por los sonidos de los pájaros y las ramas que crujían y danzaban con el viento.

- Todos asumen que debió haber sido fácil matar a ese criminal, ¿no? - comentó - El asesino serial de su ciudad natal.

Suspiré.

- Lamento si el tema le incomoda; podríamos...

- No es problema, señor. - dije - La última vez que hablé de esto con alguien fue con los psiquiatras que me asignaron en el penal.

‘ Matar a ese... asesino, no hizo más que convertirme en uno. Perdí mi trabajo. Perdí a mis amigos.... Vengué a mi esposa. Y... en el proceso... perdí mi libertad.

‘ Por eso... ¿Quién soy yo para arrebatarse la libertad a esa criatura? Ellos son... otra nación. Otra realidad.

‘ No quiero otra muerte en mi consciencia.

- Es extraño... - comentó el guardaparques.

- ¿El qué?

- Para usted, teniente, matar a un animal es tan grave como matar a un ser humano. Creo que la gente como usted está en peligro de extinción. Emitió una leve sonrisa y extendió su mano. Sorprendido, también estreché la mía.

- Puede llamarme Federico, teniente.

Sentí una ligera emoción. Una especie de alivio que hacía mucho tiempo no sentía.

- Usted puede llamarme Alberto.

Sonreímos y emprendimos el regreso con el resto del grupo.

- Al igual que usted, Alberto, no quiero que le den caza al puma. - dijo - Pero soy consciente, también, de que es sólo cuestión de tiempo para que den con él.

Comenzó a narrarme que él había previsto esto desde un principio: la captura y el posterior traslado de la criatura a una reserva natural al sur del país. El plan había sido puesto en marcha con la Administración de Parques Nacionales, la cual arribaría el lunes. Trazando un mapa imaginario de la región en la que nos encontrábamos, me dijo que parte de su plan era desviar la búsqueda hacia zonas alejadas de donde habíamos avistado al puma, yendo hacia el norte, donde se encontraba la famosa capilla abandonada.

- Sé que esta pequeña conspiración que le propongo no beneficia a la búsqueda de Algarbe; pero también quiero proteger a la fauna del bosque.

‘ Le ofrezco a usted, Alberto, ser mi compañero de búsqueda en esta misma zona, concentrados íntegramente en encontrar al extraviado. El resto puede cazar fantasmas en zonas más alejadas de ésta.

Como era de esperarse, estuve de acuerdo con él.

Diario nocturno

Ha ocurrido algo perturbador, pero antes de ir a ese evento, narraré lo ocurrido hasta entonces.

El plan del guardaparques dio resultado. Logró convencer al resto de llevar la búsqueda al norte, mientras nosotros retomaríamos la expedición en las zonas aledañas en donde avistamos al puma. Sólo hubo una tenue protesta por parte de Mestrallet.

- ¿Estás seguros? Creo que separar al grupo puede ser algo peligroso. ¿Qué pasa si aparece una manada de jaguares o algo así?

Federico le explicó que era poco probable, por no decir imposible, que algo así sucediera. Además, en ese supuesto, un disparo al aire de algún arma de fuego sería suficiente para dispersar a las bestias.

A todo esto, los relámpagos y los truenos anunciaron una tormenta que habría de arrear toda la noche. Ello nos provocó un gran desaliento, pues deberíamos suspender la búsqueda nocturna y concentrarnos al amanecer. Fue cuando decidimos esto que sucedió algo particular:

Lucía entró corriendo a la casa con el celular en el oído, gritando:

- ¡Están sonando todos al mismo tiempo!

Rápidamente nos dirigimos a la tienda de campaña y los variados *ringtones* inundaron el ambiente. Todas las pantallas indicaban que el emisor de la llamada no era otro más que Fernando Algarbe, el bombero desaparecido. Cada uno de nosotros tomó un móvil y atendió. Expectantes, intentamos escuchar pese al sonido, ahora agobiante, de los truenos y las pesadas gotas de lluvia que impactaban en el techo de los Mestrallet.

Había silencio del otro lado hasta que, finalmente, logramos atisbar una voz lastimosa:

- Me va... a... matar... Me... persigue... Sus... garras...

‘ Oh... Dios... sus garras... van a... atraparme...

‘ Alguien... ayúdeme.

Su voz calló, siguiendo un silencio casi tan desgarrador como las palabras que acabábamos de escuchar. Nos miramos entre nosotros, sin saber qué decir.

Cada estruendo de la tormenta hacía tambalear a nuestros corazones.

- Día 3 -

21 de Abril de 2019.-
Diario Matutino

Mentiría si dijera que alguno de nosotros pudo dormir la noche anterior. Durante horas analizamos lo que había sucedido, teniendo que rever los hechos desde el principio.

Punto 1 - Todo comenzó con la muerte de Brunildo, el perro bombero, a manos de, lo que se supone, un depredador del bosque.

Punto 2 - Cuando se notificó la desaparición del bombero, Fernando Algarbe, uno de los primeros accionares fue la de llamarlo a su móvil, para así intentar obtener un indicio de su ubicación, en caso de que se hubiese extraviado o quedado inmóvil por algún accidente que le hubiera ocurrido. El intento fue en vano, ya que el móvil estaba apagado o la señal no llegaba.

Con esto último en cuenta, se intentó llegar a la férrea conclusión de que este hecho podría estar directamente relacionado con el supuesto depredador del bosque.

Conclusión licuada por el guardaparques, Federico Cosentino, quien sentenció que era muy improbable que un puma o jaguar atacase a una persona adulta.

Punto 3 - Es extraño que en más de 48 horas de búsqueda no hayamos tenido noticia alguna del paradero de Algarbe. ¿Por qué ahora? Me desconcierta ese detalle. Pero más desconcertante es el hecho de que esa llamada la hayamos recibido al mismo tiempo en varios móviles, como si de una conferencia se tratara. ¿La batería duraría tanto tiempo? No soy un experto, pero es un tanto complicado que los móviles modernos perduren tanto tiempo sin que su batería que agote. A menos que Algarbe, siendo precavido, lo haya apagado y usado justo en el momento en que pudo hacerlo.

No sé si estas anotaciones puedan ayudar a esclarecer el misterio, pero por lo menos, escribirlas es terapéutico.

El más rápido en reaccionar fue Nicolás Mestrallet. Él, estando al tanto de la situación, cayó en la cuenta de que con el móvil de Algarbe encendido, quizás podría ubicarlo mediante el GPS. La idea de dejar tal funcionalidad encendida fue de él, pues en el primer día de la búsqueda de la criatura que asesinó a

Brunildo, Mestrallet fue lo suficientemente precavido como para pensar en ello.

La intención era buena, pero la tormenta nos evitó el uso de esa estrategia: nos quedamos sin electricidad. Intentamos usar el internet móvil, pero la señal estaba muerta.

A raíz de esto, el comisario, Mestrallet y Suppi, se dirigieron prestos al vehículo del primero, en dirección a Limo. Intentarían obtener respuestas sobre el paradero de Algarbe usando alguna tecnología de geoposicionamiento.

Federico, Lucía y yo vimos cómo los tres partían por el camino de tierra, con la furiosa tempestad sobre sus cabezas.

Diario Vespertino

Con el ocaso regresaron y nos indicaron, en el mapa, que la señal provenía de los alrededores de la capilla irlandesa, la cual había sido abandonada hace décadas.

El comisario Lavallo dio indicaciones al resto de las patrullas para que preparasen una partida de búsqueda. La misma habría de unírseles en unas dos horas, ya que nosotros, considerados también una partida, marcharíamos de inmediato hacia la capilla abandonada.

Sin objeciones de por medio, partimos, dejando atrás a Lucía, quien habría de encargarse de recibir a quien fuera que necesitara refugio.

Todos llevábamos armas de fuego, a excepción de Federico, quien llevaba una ballesta pequeña.

La noche ya está sobre nosotros, y sólo disponemos de linternas y un par de visores nocturnos para combatir la oscuridad. Pese a esta extraña sombra de misterio, tengo la sensación de que al final lograremos echar algo de luz al asunto.

- Día 3 -

21 de Abril de 2019.-

Diario Nocturno

Anotación Final

Durante minutos, que parecieron años, he intentado hilvanar los hechos ocurridos esta noche. Mis manos aún tiemblan, por lo que albergo la esperanza de que quien encuentre este diario sea capaz de entender lo que he escrito. Siento aún su sombra, acosándome... Si la escritura se detiene en seco, eso querrá decir que he sido asesinado.

No espero que crean nada de lo que escribo, pues lo que hoy aconteció... escapa de la imaginación humana. Las pesadillas son reales... Existen, materializadas, en el mundo en el que vivimos... Si no llego a comunicar la totalidad de los hechos, pido que se alejen de la capilla irlandesa... No, no sólo de la capilla, sino del monte Finbar; especialmente durante la noche, porque el terror... el terror viene de noche.

Comenzaré desde el principio...

La caminata duró horas. La lluvia había quedado atrás, pero el cielo aún estaba tormentoso. El viento corría fresco, transportando esa profunda fragancia que provoca el olor a tierra mojada.

Los cinco que conformábamos el grupo de búsqueda marchábamos silenciosos, teniendo como único sonido el cantar de los grillos y el gorjear de las aves nocturnas.

A medida que avanzábamos en dirección hacia el destino indicado sentíamos un nerviosismo evidente, el cual iba acrecentando. El guardaparques se lamentó que no hubiésemos emprendido la búsqueda con la ayuda de la luz diurna, pero ya había transcurrido mucho tiempo desde que recibimos aquella fatídica llamada de Algarbe... Aún puedo oír su penosa voz en la mente... Un recuerdo fresco y trémulo que, asumo, aún nos acosaba a todos.

Estábamos cerca de la medianoche cuando, finalmente, avistamos la capilla a lo lejos.

- ¿Alguien sabe por qué fue abandonada? - preguntó el guardaparques.

- La razón es simple: - declaró el comisario - cuando se inauguró la iglesia de

Santa Teresita en el Limo, los fieles que acudían a la capilla irlandesa optaron por quedarse en el Limo. ¿Por qué emprender un trayecto tan largo para asistir a una capilla perdida en un monte, cuando podían ahorrarse horas de viaje teniendo una iglesia a mano?

‘ Con el tiempo, la capilla se quedó sin gente; hasta que, finalmente, los curas se fueron.

- Sí, pero dicen que el cura principal que la precedía se negó a abandonarla. - comentó Suppi - Y pasó sus últimos días allí, tan solo como la misma estructura.

- Esos son sólo rumores. - repuso el comisario - Ahora me vas a decir que creés que existe el fantasma errante del cura irlandés... ¿cómo era su nombre?

- Nadie lo recuerda. - contestó Suppi - Su nombre, así como el nombre original de la capilla, quedó en el olvido.

‘ Muchos jóvenes van allí a hacer sacrificios al diablo y cosas así, paganas.

- ¿Rituales satánicos? - inquirió, con pavor, Mestrallet.

- Bueno, - dijo el comisario - a eso no puedo negarlo. Cada tanto recibimos denuncias de adolescentes diciendo que tal o cual ha ido allí a sacrificar algún pobre animal doméstico; pero las pocas veces que empleamos recursos en ir a averiguarlo, resultó ser no más que una pérdida de tiempo. Así que di la orden de que se ignorasen todos los reportes relacionados a la capilla abandonada.

- E irónicamente, - dije - allí nos dirigimos.

El altiplano que recorrimos está rodeado de mesetas y pequeños bosques. El trayecto no fue complicado de franquear, pero el ambiente en el que nos sumíamos nos provocó un terrible malestar en nuestros ánimos: La noche pareció tornarse más oscura. Pese a no haber viento, el frío penetraba en nuestros abrigos y parecía pincharnos la piel. Repentinamente, los grillos dejaron de cantar y los bullicios de los pájaros cesaron.

Comencé a tener pensamientos intranquilos; de desesperación y tristeza. Sentí cómo mis extremidades se enervaron ante esto, y me percaté de que estaba arrastrando los pies, pues mis piernas sentían un peso tremendo. No comprendí el porqué, y quedé aún más confundido cuando me di cuenta de que lo mismo le sucedía al resto.

Quizás las caminatas de los dos días anteriores nos estaban pasando factura. Quizás era el frío repentino.

- ¡Vamos, vamos! - exclamó, con brío, el comisario - Ya estamos cerca.

Revisaremos el lugar y podremos esperar al resto a que se nos una. Luego podremos... - detuvo su habla para tomar aire, pues, prácticamente, estaba jadeando - Podremos organizar algunas partidas en varias direcciones... y así, rogar a Dios que tengamos éxito en la empresa.

Finalmente, frente a nuestros ojos, emergía la antigua capilla irlandesa; un lugar que en otra época hubo sido de construcción humilde y bella, ahora no era más que una tétrica ruina, desgastada por el paso de las décadas y el azote de climas tempestuosos. La enorme puerta de madera estaba carcomida por los bichos y el concreto cubierto por mustias enredaderas que se perdían en espesos arbustos que ladeaban la edificación.

Las luces que proyectaban nuestros equipos generaban siniestras sombras en los viejos muros. Durante unos segundos, nos quedamos en silencio, sin saber qué hacer.

El comisario Lavallo tomó la delantera, guiándonos al ingreso de la capilla.

- ¡Algarbe! - gritó. Mestrallet y Suppi hicieron lo mismo.

Los gritos parecían perderse en un eco que resonaba en todo el valle.

- ¿No es extraño? - comentó el guardaparques.

- ¿El qué? - inquirió Mestrallet.

- No hay sonido alguno, más que los nuestros. - contestó - Ni siquiera el canto de una lechuza...ni el bramar del viento... Nada.

Nos quedamos mirando los unos con los otros, intentando corroborar lo que Federico decía. En efecto, el silencio era absoluto.

- Lo más seguro es que nuestra presencia haya hecho callar o huir a los animales del monte. - comentó Lavallo, en un intento por calmar los nervios de los presentes - Lo que deberíamos hacer es asentar un perímetro para comenzar la búsqueda.

Desde el recinto en que nos encontrábamos, se podían ver algunos bancos de madera roídos y largos tablones polvorientos que supieron pertenecer a un ahora derrumbado techo. Varias plantas crecían del resquebrajado piso de adobe, pero las mismas parecían estar secas. Sobre mi cabeza, podía ver una gran abertura. Por allí, podría haber entrado la luz de la luna y las estrellas, pero el cielo estaba cubierto por nubes borrascosas; aunque la luz de unos relámpagos en la lejanía nos daba una falsa sensación de no estar totalmente cubiertos por la oscuridad. Las lámparas y linternas proveían la luz que nos era necesaria.

Mientras el comisario hablaba, comencé a sentir una extraña sensación en el

pecho, la cual, rápidamente, se dirigió a mi cerebro. Sentí que alguien clamaba mi nombre en un casi imperceptible susurro.

“Alberto...”.

Observé al resto, pero estaban a unos diez metros de distancia, agrupados alrededor de Lavalle. Aquel susurro continuó en un par de ocasiones, y con desesperación, intenté atisbar en la oscuridad de un rincón. Iluminé con mi linterna, pero no había nada allí. Y, extrañamente, de un momento a otro, al igual que la luz del resto de las linternas, comenzó a titilar.

Ante esto, quedamos atónitos.

- ¡Qué raro! - dijo Mestrallet - Antes de salir me aseguré de que las pilas estuvieran recargadas.

- Estaban cargadas. - aseguró Federico - De hecho, yo también hice un chequeo.

Bruscamente, la temperatura descendió; al punto en que el hálito era visible en todos, formando una imagen espectral en el haz de luz que generaban las intermitentes linternas.

“Alberto”. El susurro fue más claro, convirtiéndose, poco a poco, en una voz templada.

“Alberto... tu nueva vida espera detrás del umbral...”. Las palabras eran claras, mas no pude evitar mirar, con temor, a mis costados, pues parecía que hablaba cerca de mis oídos.

- ¿Oyeron eso? - pregunté.

Los demás me observaron y luego intentaron concentrarse en los alrededores. Nadie fue capaz de oír lo que yo escuchaba.

- ¿A qué se refiere, Di Santo? - inquirió Lavalle.

- Esa... esa voz...

“Alberto... ellos no pueden oírme... no pueden porque así lo deseo...”.

- No oigo nada. - comentó Mestrallet.

- ¿Será Algarbe? - inquirió Suppi. Luego, profirió un potente grito - ¡Fernando!

El nombre pareció rebotar en cada rincón del oscuro recinto, desvaneciéndose en un eco aciago que sólo devolvió un silencio absoluto.

- Creo que sería mejor no gritar... - recomendó el guardaparques - No sabemos qué hay ahí afuera.

- Es verdad; - reafirmó Lavalle - será mejor que preparen sus armas, caballeros. Es muy probable que nos crucemos con el jaguar que está cazando

por esta zona.

Cuando el comisario terminó de hablar, una risa gutural sonó en mi mente, estremeciendo mi columna vertebral. Comenzó a hablar, y la misma ya no era la tenue voz que sonó en un principio... La misma retumbaba en mi cráneo como leves martilleos metálicos. Parecía una voz grave, similar al rugir de un trueno, pero entremezclada con un tono agudo, como si de un niño se tratara; furioso, salvaje.

“¿Jaguar? Ustedes, los humanos, son muy... limitados. Pero tú eres diferente, Alberto... A estas alturas, ya debes saber que el responsable no ha sido un simple... mamífero... y que al hombre que buscas... lo buscas en vano...”

“Esto sólo puede terminar en dos posibles desenlaces, Alberto... ¿Quieren encontrar al pobre de Fernando Algarbe? Eso lo puedo hacer posible... pero en el momento en que lo vean... habrán de morir despedazados...”.

Nuevamente, emitió una risa socarrona, provocando un revoltijo en mi estómago.

- Allí, sobre el altar. - señaló Mestrallet.

“¿Qué va a ser, Alberto? Acabo de decir a Nicolás Mestrallet que revise el altar... ¿Qué harás al respecto? Cuando él vaya, el misterio habrá de develarse... pero a cambio, tus compañeros... morirán.”.

Pese a que las luces aún seguían intermitentes, podíamos vislumbrar el ambiente. Mestrallet se dirigió, con precaución, hacia el altar, el cual se hallaba frente a un gran crucifijo de una pared que estaba tapado por unas viejas y polvorientas cortinas.

- ¡Debemos salir de aquí! - exclamé.

Pero fui ignorado por todos, a excepción de Federico Cosentino, quien me observó con una profunda sorpresa.

Mestrallet alcanzó el altar y se quedó unos segundos estupefacto. Levantó un pequeño objeto negro del mismo.

- Es un celular. - dijo - Creo que de Algarbe...

En ese momento, pudimos observar detrás de él y a la altura donde se hallaba la cruz cristiana, dos pequeños orbes rojos brillando en la oscuridad. Fue entonces que las luces de las linternas finalmente se extinguieron, cubriéndonos en una oscuridad total. Pero no a esos orbes rojos. No a esos orbes...

Las nubes, lentamente, dieron paso a la luz de la luna; finalmente, nos percatamos de que esos orbes formaban parte de una cabeza, perteneciente a

lo que parecía ser un cuerpo humano. Pero mucho más alto. Extrañamente, parecía estar suspendido en el aire, o quizás estaba, de alguna manera, sosteniéndose a la cruz.

Paralizados por la terrorífica escena, quedamos en silencio. Mestrallet reaccionó: dio media vuelta para unirse, presto, al grupo.

En un principio, los orbes rojos se movieron muy lentamente, como observando los movimientos de Mestrallet. Pero al cabo de un par de segundos, aquel cuerpo colosal se desprendió de la gigantesca cruz y, veloz como el viento, se interpuso entre nosotros y Mestrallet. La luz natural que entraba por la gran abertura de la capilla nos permitió, con horror, el poder discernir aquella figura: su altura era de unos dos metros y medio; no tenía cabello alguno en su pálida cabeza, aunque sí podía notar algunas protuberancias que salían de ella. Vestía negras y rasgadas túnicas, las cuales danzaban, espectralmente, con un céfiro inexistente. Las rasgaduras de su túnica nos permitieron ver que su cuerpo era escuálido y, también, pálido; al punto en que parecíamos admirar los huesos de sus brazos... pero... lo más espeluznante fueron sus... manos... Sus manos... no eran las manos de un ser humano; en cambio, parecían tres larguísimas garras en cada extremidad. Mestrallet le apuntó con la carabina con intención de disparar; pero la criatura fue más rápida: atravesó su pecho con una de sus extremidades. Las tres garras se bañaron en la sangre de Mestrallet, quien quedó ahogado en un alarido de desesperación.

Lavalle fue el primero en disparar; y todos le seguimos. El fuego de las armas iluminaba intermitentemente el ambiente, intentando provocar que la criatura nos enfrentara. Pero... las balas... le rebotaban o atravesaban su cuerpo sin hacer daño alguno. Posiblemente fui el que más balas descargó, especialmente contra su cabeza... pero todo esfuerzo era inútil. La criatura arrojó con fuerza el cuerpo, ahora sin vida, de Mestrallet y dio media vuelta.

La luz de la luna y las estrellas brillaban en todo su esplendor en el cielo y fue su luz lo que nos permitió discernir a la criatura en su totalidad: Su cabeza no era más que un cráneo, aparentemente humano, pero en los sócalos en donde una vez debieron existir ojos, estaban esos terroríficos orbes escarlatas, los cuales brillaban con un frenesí sangriento; en la parte superior de su cabeza, aquellas protuberancias que vi parecían ser cuernos que formaban una línea recta a lo largo del hueso parietal; sus dientes... parecían formar una inmutable y sombría sonrisa.

Atónitos, durante eternos segundos, presenciábamos a la imponente criatura; hasta que, finalmente, uno de nosotros gritó:

- ¡Mátenlo! - exclamó Lavalle.

Una ráfaga del fuego de nuestras armas volvió a iluminar el ambiente.

Nuestras balas y los virotes de la ballesta de Federico rebotaban en los blancos huesos de la bestia.

- ¡No le hacemos nada! - exclamó Suppi.

El grito pareció llamar la atención de la criatura, quien fue al encuentro del viejo bombero. Suppi, al ver esto, intentó huir desesperadamente; pero la criatura era rápida: con sus descomunales garras rasgó su espalda, esparciendo una lluvia de sangre en el recinto.

Suppi aulló de dolor, y su carabina, al igual que el hacha que llevaba atada en su cinto, fueron lanzadas al piso. Apenas estaba con vida, pues su cuerpo trepidaba frenéticamente.

Cuando la criatura se disponía a rematarlo, la misma fue embestida por el guardaparques, quien intentó un ataque con un cuchillo de salvamento. Pero fue en vano, pues el mismo se hizo añicos cuando intentó incrustarlo a través de las negras túnicas.

Con furia, la criatura golpeó a Federico con la parte dorsal de su mano-garra, lanzándolo cerca de las armas que Suppi hubo arrojado.

- ¡Desgraciado! - exclamó Lavalle.

Con su pistola reglamentaria, pues la carabina ya no tenía cartuchos, disparó con rabia mientras gritaba acercándose a la criatura. Todos sus disparos apuntaron a la cabeza, pero los mismos rebotaban, generando chispas que iluminaban siniestramente el ambiente.

En mi mente retumbó el macabro sonido de una risa gutural, extendiéndose como una mortal infección en lo profundo de mi tórax: con presteza, la criatura avanzó contra Lavalle; éste último ya no tenía balas en su cargador. Paralizado y presa del miedo, cayó en la cuenta de que no tenía armas para enfrentar a su poderoso oponente, quien ya estaba frente suyo.

Con horror, pude observar cómo el comisario Walter Lavalle fue decapitado con un mortífero movimiento de las terribles garras de la criatura...

Todos fueron abatidos. Y yo en pie... sin balas; sin armas a mi alcance; sin esperanzas de sobrevivir a tal demonio. Y éste me observó con sus orbes escarlatas, centelleantes, como estrellas de sangre en medio de tinieblas siderales. Una lúgubre voz surgió de su espantoso cráneo.

- Y su luz se extinguió... y dio paso a la oscuridad...

Por unos segundos, la criatura pareció observar el cuerpo sin vida de Lavalle. Luego, concentró su atención en mí.

- Al menos lo intentaste, Alberto... - su voz se tornó calma y extrañamente conocida - ¿Puedo llamarte Alberto? Siento que nos estamos haciendo... íntimos.

Aquellas palabras provocaron un escalofrío en mi corazón.

- ¿Do... Domingo Milner?

Cuando mencioné ese nombre, una risa fantasmagórica inundó el recinto.

Luego, sus orbes centellearon en mis ojos y su voz volvió a ser árida y gutural.

- ¿No sería eso irónico, Alberto? Sí... imagino que sí... Pero yo no soy el humano que asesinaste.

‘ No... Sé de él porque puedo atisbar en los recuerdos de seres inferiores... es como mirar en un espejo empañado... es como escuchar el susurro de un grillo.

‘ Tú eres el teniente Alberto Di Santo. Esa es la marca con la que eres reconocido... No importa si eso no es lo que deseas. El influjo de lo que tú llamas... sociedad... es lo que termina impregnando el título en tu persona.

- ¿Q-quié eres? - pregunté.

Su voz pareció cargar una falsa condescendencia:

- No es “quién”, pues hace eras perdí mi nombre, sino “qué”. En mi mundo nos llaman Krallen.

Durante un instante permanecimos en silencio.

- Oh... no estás comprendiendo del todo lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

Después de todo, comparado a mi existencia, no eres más que un infante. Pero créeme cuando te digo: algún día lo entenderás...

- ¿Algún día? - repetí - Eso quiere decir... que... ¿no vas a matarme?

Ante mi pregunta, quedó unos segundos en silencio.

- Pues... eso aún... no lo he decidido... - declaró sombríamente - Ya que tú eres la razón de esta... carnicería.

- ¿Q-qué? No... no he matado a nadie, monstruo.

- Oh... pero sí lo has hecho, Alberto... - lentamente se acercó y en sus orbes el color rojo pareció intensificarse - La marca que llevas... me atrajo a ti.

‘ La marca del héroe... ¡Qué extraño y patético es este mundo! Pues de donde yo vengo, los héroes luchan contra legiones de demonios y muertos caminantes. Emplean todos sus recursos, materiales y espirituales, en salvar

aldeas del hambre, la peste y la destrucción. Protegen a la naturaleza y son uno con la tierra que pisan.

‘ En cambio, aquí... los héroes son diferentes. Débiles. Un pequeño canino es aclamado héroe por el simple hecho de... ¿ladrar?

‘ Bastó sólo un movimiento de mis garras para callarlo...

‘ Debo admitir que fue una decepción... no esperaba que el combate fuera tan... efímero. Aun así, ha sido más valiente que muchos humanos que han osado enfrentarme. En mi mundo, ante mi presencia, los guerreros huyen despavoridos; pues no hay criatura viva que supere la fuerza de un Krallen. Mientras la bestia se jactaba de su poder, miré a un costado, donde se hallaba Suppi: de sus heridas dorsales manaban ríos color carmesí. Ya no se movía. - Le has... matado. - dije, casi sin darme cuenta.

La criatura no despegó su mirada de mí. Por un momento, creí que me estaba analizando.

- Vinieron aquí... - dijo, con su voz tormentosa - Buscando respuestas.

Buscando... una verdad en medio de las tinieblas.

‘ Ustedes no son diferentes a los humanos de mi mundo: creen que la verdad es la luz que traerá claridad a sus miserables existencias... Pero... la verdad no es una luz... La única y eterna verdad es una entidad absoluta. Trasciende el aire, la carne y las estrellas. Crees que la luz es la verdad y que la verdad es la luz. Pero yo la he visto. Es límpida como la negrura del olvido. Su universalidad nos cubrirá a todos... Y la mentira se extinguirá.

Sus palabras se aferraban a mi mente como un virus letal y mi cuerpo temblaba levemente ante su sombría figura. No comprendía del todo lo que estaba narrando, pues aún no podía asimilar lo que había ocurrido... la matanza... y fue cuando pude sentir, aún sin despegar mi mirada de la criatura, que Federico estaba con vida.

Con dificultad y sigilo, éste tomó el hacha de Suppi. ¿Qué debía hacer? Pues, ¿cómo podía un hacha triunfar cuando el fuego de nuestras armas falló? El guardaparques, pese a todo, estaba dispuesto a seguir con su cometido.

Miré a otro costado, buscando algún arma que pudiese utilizar. La carabina de Mestrallet estaba lejos, pero era la única que aún tenía municiones.

Pude percatarme de que Federico previó que habría de emprender tal resolución, pues, como una explosión, exclamó:

- ¡Ahora, Alberto!

Incorporado, Federico Cosentino tomó el hacha y pretendió incrustarla en el

cuerpo de la criatura. Pero ésta, con velocidad sobrenatural, esquivó el hachazo y acometió contra él: con su mano-garra izquierda le derrumbó y aprisionó contra el suelo.

Tuve la intención de buscar la carabina; pero esta escena, tan fugaz como un parpadeo, paralizó a mis piernas.

- Es probable que tú seas uno de los últimos en aceptarlo, Alberto... - dijo la criatura, retumbando sus palabras como ecos en mi mente - Creerás en la mentira incluso cuando veas cómo la verdad engulle a todos los que te rodean... Porque la verdad está hambrienta... y vendrá, inevitable como el ocaso, a cubrir los cielos de tu mundo... Y cuando seas uno de los últimos en quedar en pie... Habrás deseado nunca haber nacido en una tierra llena de mentiras...

Su voz era rígida y sus orbes parecían dos núcleos tormentosos, refulgentes como un relámpago.

Inmóvil, Federico miró a mis ojos y gritó:

- ¡Alberto, huya!

Una risa proveniente de aquel cráneo maldito retumbó en todo el recinto. Con horror, vi cómo, con la mano-garra derecha que aún tenía libre, la criatura atravesó el pecho de Federico.

Su grito ahogado inundó mi corazón de furia. Grité y acometí contra la criatura, la cual parecía reír macabramente, mientras sus orbes rojos parecían brillar con una excitación diabólica, danzando en un furor de sangre cósmica. En mi camino, tomé el hacha y sentí una brisa, seguido de un chirrido que rozó mi cabeza, el cual pareció cortar el aire alrededor: La bestia había intentado, conmigo, el mismo movimiento que decapitó a Lavallo. En ese instante, con toda mi fuerza, atiné a dar un hachazo a la mano-garra de la criatura. El hacha se incrustó en el piso y yo me desplomé, sintiendo un chirriante gemido que perforó mis oídos. Sentí que me estaba entregando a un destino funesto, pues el hacha estaba en el piso, lejos de mí, y me encontré indefenso en medio de la oscuridad.

Durante un breve instante esperé mi fin... pero nada pasó, hasta que una voz resonó en mi mente.

- Eres una criatura interesante, Alberto. La única que ha logrado lastimarme... No estaba equivocado en venir a buscarte... Y espero no estarlo al darte este regalo...

Confundido, logré incorporarme.

- ¿Q-qué?

- Mi regalo para ti: el asesinato de estas personas...

‘ Ahora no tienes otra opción más que huir, sumiéndote en las sombras, como yo, esperando el momento... Intentando develar la verdad que aguarda detrás de las vendas que te cubren.

‘ Adiós, Alberto... quizás, algún día, nuestros caminos vuelvan a cruzarse...

No sé durante cuánto tiempo me quedé inmóvil... Minutos, pero que parecieron horas.

Poco a poco, los sonidos de la noche reaparecieron. Grillos. Aves. El viento chocando contra las hojas de los arbustos. Las lanternas, desparramadas a lo largo de la capilla, recuperaron su luz, sólo para revelar la atroz carnicería que se había llevado a cabo... ¿Qué debía hacer?

¡Maldita criatura! Iba a ser incriminado por aquellas muertes, pues, ¿quién, en su sano juicio, habría de creer todo lo ocurrido aquí?

Debo huir...

Pero dejo atrás este diario... que sirva como testigo de lo acontecido. Me llevaré el hacha, la carabina y el equipamiento de guardaparques...

Sobreviviré...

Por un largo rato dejo de escribir, porque atisbo algo extraño al lado del hacha de bombero. Una larga extensión, como una tenebrosa rama color hueso, cuya punta parece tan afilada como una lanza. Siento que me observa. Me llama. Debo tomarla. Aquella aguja solitaria, incrustada en el cemento de una tierra de sombras. Parece tan verdadera. Una única verdad en un mundo lleno de mentiras...

Debo huir...

La oscuridad me aguarda...